STAR WARS®
DARK FORCES™

Rebel Agent



William C. Dietz
&
Ezra Tucker

El agente secreto rebelde Kyle Katarn hará cualquier cosa para vengar la muerte prematura de su padre a manos del Imperio. Cuando Kyle se ve amenazado por 8t88 en un bar de Nar Shaddaa, le sigue la pista al droide y obtiene un misterioso disco que podría ponerlo en la senda hacia el conocimiento de por qué mataron a su padre. Kyle pronto descubre que el disco contiene información acerca de un mapa que conduce al Valle de los Jedi, un lugar con el que su padre había tropezado y había mantenido en secreto. Ahora es una carrera entre Kyle y el Imperio por ver quién puede llegar al mapa (y al Valle) primero.

Basado en los populares juegos interactivos *Star Wars: Dark Forces* y *Jedi Knight*, *Agente Rebelde* es la segunda parte de una trilogía escrita por el aclamado autor William C. Dietz (*The Final Battle*) e ilustrada por el galardonado artista Ezra Tucker (serie de libros infantiles *The Adventures of Little Nettie Windship*).





FUERZAS OSCURAS 2

Agente rebelde

William C. Dietz



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Dark Forces: Rebel Agent*

Autor: William C. Deets

Ilustraciones: Ezra Tucker

Publicación del original: marzo 1998

 5 años después de la batalla de Yavin

Traducción: Garindann

Revisión: dreukorr y OorooMaster

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

20.04.20

Base LSW v2.2

Morgan Katarn, el padre de Kyle, después de descubrir el Valle de los Jedi, transmite una descripción del mismo a un Jedi llamado Rahn, que cae en las manos del Jedi Oscuro Jerec. De la mente de Rahn, Jerec extrae información que le conduce a la granja Katarn. Mientras tanto, el droide 8t88 pone en conocimiento de Kyle un disco misterioso… y una persecución sobreviene. Kyle obtiene el disco y se entera del descubrimiento de su padre… pero llega demasiado tarde para salvar el mapa. ¿O *no*? La respuesta está en 8t88.

Esta flamante trilogía de aventuras ofrece antecedentes, e incorpora elementos, de los juegos interactivos de LucasArts *DARK FORCES* y *JEDI KNIGHT*. *Agente Rebelde* sigue a *Soldado del Imperio* y prepara el camino para *Caballero Jedi*.

DECLARACIÓN

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars



Para Isaac Asimov, John Buchan, Daniel Defoe, Sir Arthur Conan Doyle, Alejandro Dumas, C. S. Forester, Robert A. Heinlein, Aldous Huxley, Franz Kafka, Rudyard Kipling, Andre Norton, Douglas Reeman, Robert Louis Stevenson, Mark Twain, y muchos más.

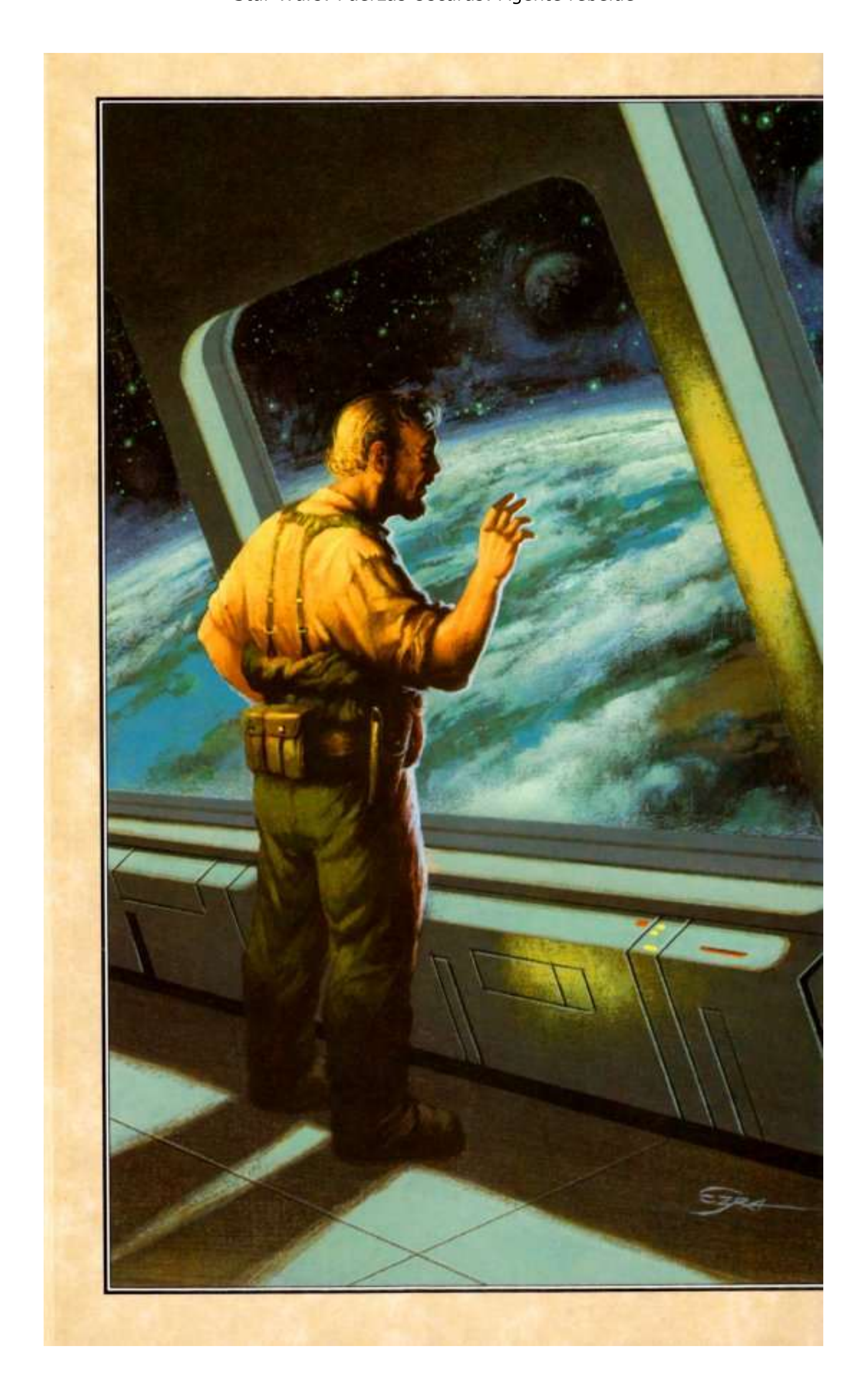
Mi agradecimiento a Ezra Tucker por el arte que embellece este libro; a Justin Chin y el equipo que creó DARK FORCES*; a la eterna ayuda de Lucy Autrey Wilson, Allan Kausch, David Scroggy, Lynn Adair, y Ginjer Buchanan; y por último, pero no menos importante, a George Lucas y las demás mentes que crearon este universo. Que la Fuerza os acompañe.*

BILL DIETZ

Para mi esposa Nancy y mis hijos Noel y Nelson, por su amor y comprensión. Gracias a Dios, David Scroggy, y Lucasfilm *por esta increíble oportunidad.*

EZRA TUCKER





CAPÍTULO 1

Morgan Katarn tenía miedo. Miedo a que se le hubiera olvidado algo importante, miedo a que el planeta que colgaba más allá del ventanal de transpariacero fuera inadecuado y miedo, a pesar de sus considerables esfuerzos, a que los imperiales pudieran encontrar los trescientos cuarenta y siete hombres, mujeres y niños bajo su cuidado y transportarlos a campos de trabajos forzados de los que pocos, si alguno, regresarían.

Todo porque habían ejercido la más básica de las libertades humanas, el derecho de libertad de expresión. Primero en reuniones celebradas en la intimidad de sus hogares, luego en reuniones poco organizadas, y finalmente en Barons Hed, la principal ciudad de Sulon. Como la manifestación terminó antes de que las fuerzas imperiales tuvieran tiempo de reaccionar, los colonos escaparon sin detención, para vergüenza del comandante local.

Sin embargo, gracias a los holos que fueron tomados y a un traidor entre ellos, era sólo cuestión de tiempo antes de que los «agitadores» fuesen identificados y castigados.

A pesar de que Morgan Katarn admiraba la filosofía de resistencia no violenta que los manifestantes propugnaban, y creía que la estrategia funcionaría a largo plazo, temía que el «largo plazo» pudiera durar mil años… un período de tiempo durante el cual millones podrían sufrir y morir. Así pues, él eligió quedarse en casa. Algunos de los manifestantes lo etiquetaron de cobarde y señalaron que la resistencia no violenta a menudo requería más coraje que el combate, pero Morgan se mantuvo fiel a sus convicciones. La resistencia armada había debilitado el agarre del Imperio y la resistencia armada podría destruirlo.

Los imperiales podrían haber respondido a la manifestación de numerosas formas: incluyendo juicios mediáticos, traslado a campos de trabajos forzados o ejecuciones sumarias. Pero los manifestantes lo consideraron improbable… hasta que tres familias fueron masacradas una noche, sus casas ardieron hasta los cimientos y un AT-AT imperial dejó huellas para que todos lo vieran.

En aquel momento Morgan Katarn atrajo la atención de los manifestantes y, con financiamiento proporcionado por simpatizantes rebeldes, organizó un plan de escape. El

esfuerzo que siguió, que entrañaba ocultar a los fugitivos en una estación espacial abandonada, contratar a una nave rompe-bloqueos, escabullirse de Sulon sin ser detectados y hacer el largo e incómodo vuelo a Ruusan, había sido nada menos que una serie de pequeños milagros. Sin embargo, la parte más difícil ya había terminado… o eso esperaba Morgan. Se volvió hacia el capitán Jerg.

El oficial mercante era un hombre alto, algo demacrado, llevaba una gorra de capitán de la era de la República, una camiseta teñida de sudor y pantalones que una vez fueron blancos. Sus pies, por razones que Morgan no había entendido nunca, estaban eternamente descalzos.

—Así que —Morgan le preguntó—, ¿cómo es ahí abajo?

Jerg ofreció un característico encogimiento de hombros.

—Hay algunos indigs de perfil bajo, zonas en ruinas y un montón de inmuebles inútiles. El planeta tiene una atmósfera de clase uno, suficiente gravedad para mantener los pies en el suelo, y algo más… Algo tan especial que ya casi no se encuentra.

Morgan vio el brillo en los ojos del otro hombre, sabía que estaba alardeando, pero hizo la pregunta de todos modos. El éxito, suponiendo que tal cosa fuera posible, dependía de la cooperación de Jerg.

—¿Sí? ¿Qué es?

Jerg sonrió. Sus dientes necesitaban desesperadamente una limpieza.

—Allí abajo no hay ningún imperial… ¿entiendes?

Morgan forzó una sonrisa, que indicaba «lo entiendo», y planteó la pregunta obvia.

—Entonces, ¿cómo lo encontraste? ¿Y quién te dice que los imperiales no?

Jerg se encogió de hombros.

—Ocurrió hace unos diez años. Había un destructor tras nosotros. Tomamos un salto hiperespacial al azar y terminamos aquí. Por lo demás, caramba, tienes edad suficiente para saber que no hay certezas, no hay manera de estar absolutamente seguro de la tripulación o garantizar que un droide sonda imperial no cae para echar un vistazo. Pero no ha sucedido todavía… y eso hace de esto probablemente tu mejor oportunidad.

La respuesta no era especialmente tranquilizadora, pero era honesta, y el hecho de que Jerg y su tripulación continuaran almacenando contrabando en Ruusan era una prueba de la confiabilidad de los contrabandistas. Eso, más el hecho de que las bodegas de la nave estaban frías y atestadas, ayudó a tomar la decisión. Morgan asintió.

—Está bien, entonces… llévales abajo.

El *Cíclope* llevaba dos lanzaderas, las cuales se mantenían en excelente estado, una necesidad puesto que muchas de las cargas de Jerg eran transferidas bajo circunstancias menos que ideales. Y eso era bueno, puesto que cada lanzadera tendría que hacer nueve viajes antes de que los fugitivos y su equipamiento llegaran al planeta. Morgan acompañó a la primera carga de pasajeros.

Los colonos, porque eso era en lo que estaban a punto de convertirse, eran un grupo inusitadamente silencioso… los dientes castañeteaban por los días en las bodegas casi

congeladas y los cuerpos estaban ocultos bajo varias capas de ropa. Los niños, normalmente muy traviesos, estaban retraídos.

Morgan difícilmente podía culparles. La vida en Sulon había sido dura, pero la mayoría de los manifestantes eran de segunda o incluso tercera generación de granjeros, lo cual significaba la seguridad de una casa donde vivir, cualquier posesión que hubieran logrado acumular, y lo suficiente para comer.

Ahora se enfrentaban a empezar de nuevo y, peor aún, en un planeta del que nunca habían oído hablar, con un mínimo de suministros y la amenaza constante del descubrimiento. Era suficiente para deprimir un poco al más decidido optimista. Se formó una fila que surgió a través de la esclusa mientras un miembro de la tripulación verificaba a los colonos con la lista de su datapad.

Morgan vio a una mujer esforzándose por acorralar a tres niños pequeños. La ciudadana Roskin, si recordaba correctamente. El líder rebelde tomó al más joven de los críos en sus brazos y ofreció a la madre del niño una sonrisa de abuelo.

—¿Puedo echarte una mano? Mi hijo es mayor. Pero recuerdo cuando era de este tamaño.

La mujer sonrió agradecida, proporcionó su nombre al sobrecargo y pasó a través de la esclusa. Morgan asintió y la siguió. Una nave había descendido a la superficie, por lo que el hangar parecía medio vacío. La lanzadera restante estaba agazapada como si estuviera lista para la acción. La rampa cedió ligeramente cuando se arrastraron a bordo. El interior olía a pintura y ozono. Veinte filas de asientos atornillables habían sido instaladas en el compartimiento de carga. Una mujer de la tripulación les señaló hacia la parte trasera, y ellos obedecieron. Morgan encontró un asiento para el niño, aseguró el arnés y lo mismo para sí mismo.

Hubo una espera y el chico comenzó a alborotarse. Morgan retiró la multiherramienta de una bolsa de su cinturón, sacó el paquete de energía sujetándolo con la palma de su mano, y ofreció el dispositivo para inspección. Kyle se la había dado a él cinco años antes, y el mango llevaba sus iniciales. El niño agarró la herramienta y se metió un extremo en la boca.

Morgan recordó que Kyle había estado igualmente fascinado por las herramientas de su padre y, más importante, por lo que podían lograr. Cuando era un adolescente, el muchacho podía desmontar, solucionar problemas y reparar cualquier cosa de la granja, incluyendo a WeGé, el droide único en su clase de la familia.

El piloto interrumpió los pensamientos de Morgan con una superficial conferencia de seguridad, elevó la lanzadera sobre sus repulsores y guió la nave hacia fuera a través de las puertas ampliamente abiertas. El compartimiento de carga no tenía ventanas, así que no había nada a lo que mirar.

El muchacho quitó el objeto ahora pegajoso de su boca, dijo algo ininteligible, y permitió que la herramienta se deslizara de sus manos. Morgan se tensó contra el arnés y consiguió hacerse con el dispositivo antes de que se alejara. Sus pensamientos volvieron a Kyle.

Sólo había dos cosas que lamentaba sobre su vida: la muerte prematura de su esposa, y el hecho de que la falta de recursos financieros hubiera obligado a Kyle a una elección entre la vida como un agricultor de subsistencia y la Academia Militar Imperial de Carida, una institución muy conocida por su plan de estudios de ingeniería, disciplina inflexible, y capacidad para producir el tipo de fanáticos que él trataba de derrotar.

Morgan recordó el día en que se separaron, el aspecto de Kyle con su uniforme y lo difícil que fue mantener la voz firme. «Quiero que recuerdes, hijo, cuando estés en la Academia, lo muy orgulloso que estoy de ti».

Kyle asintió, dijo todas las cosas correctas, y abordó la primera de una serie de naves que lo llevarían a Carida. El tiempo pasó, pero las preguntas continuaban fastidiándole: ¿Qué harían los imperiales de su hijo? ¿Un hombre del que estar orgulloso? ¿O un monstruo capaz de asesinar personas en sus camas? ¿Y de quién sería la culpa? ¿De Kyle? ¿O suya?

El niño gorgoteó, sonrió simpáticamente, y bizqueó. Morgan le devolvió la sonrisa.

—No sé nada de Kyle, pero a ti no te atraparán.



«Fuerte Ninguna Parte», como a la tripulación de Jerg le gustaba llamarlo, tenía la forma de una estrella de seis puntas. Un cañón bláster multipropósito se había montado en cada una de las puntas de la estrella, las torretas esféricas garantizaban que cualquier atacante, independientemente de la dirección de su aproximación, entraría en un eficaz fuego cruzado.

Los cañones, además de baterías de misiles subsuelo y paredes de tierra apisonada, hacían la fortaleza inexpugnable para algo menor que una incursión imperial a gran escala. Un elemento de disuasión más que suficiente para los piratas y los nativos raramente vistos.

Una serie de cavernas interconectadas se utilizaban para almacenar los cargamentos de Jerg y los suministros necesarios para el mantenimiento del *Cíclope*.

El piloto presentó los códigos necesarios, recibió aprobación, y descendió la lanzadera hacia una X descolorida por el sol.

La rampa tocó duracreto, apareció una luz, los arneses fueron liberados, y los pasajeros pudieron desembarcar. Muchos parecían aturdidos cuando salieron de la nave, tambaleándose bajo el peso del sol del mediodía y quitándose capa tras capa de ropa.

Morgan les siguió fuera de la nave, localizó a aquellos en los que había reconocido el potencial del liderazgo, y les dirigió a través de una puerta blindada. La tierra parecía dura, como si hubiera sido medio cocida y luego dejada secar bajo el sol.



Las montañas eran una presencia apenas visible en el oeste. Una calzada tan vieja que sólo la simetría de la vegetación que la perfilaba servía para revelarla se angulaba para encontrarse con ellos. Los colonos observaban el paisaje áspero, escudriñaban el sol, y mantenían para sí sus pensamientos mientras subían una colina. Orugas mecánicas nuevas lideraban la marcha.

Los suministros fueron apilados como había solicitado Morgan, a la vista del fuerte pero más allá del alcance de su influencia directa, una necesidad si los recién llegados iban a establecer su independencia y a proteger a sus hijos de los aspectos más sórdidos de la vida en la fortaleza.

El sitio ocupaba una elevación que miraba hacia uno de los muchos páramos de color rojizo-anaranjado del planeta. La ubicación, además de los materiales de construcción, y el agua fresca y limpia que manaba desde el pozo perforado recientemente, era suficiente para levantar el ánimo de los colonos. Se contaron chistes y las discusiones comenzaron. Veinte minutos más tarde, los colonos recién desembarcados estaban trabajando duro revisando los planes de Morgan, discutiendo sobre cómo dividir las tierras circundantes, y luchando por el poder dentro de un gobierno que no habían formado todavía. Morgan sonrió. Las cosas iban por buen camino.

Morgan se quedó con los colonos durante tres días locales, dio la bienvenida a las olas sucesivas de colonos, garantizó el trato justo de los recién llegados por los «primerizos», ayudó a levantar refugios temporales, y guió grupos a través de las cavernas donde se utilizarían espejos y cable de fibra óptica para canalizar la luz del sol desde la superficie. Morgan era granjero por sí mismo, y cuando explicó cómo la luz solar podría combinarse con fertilizante y riego por goteo para producir cultivos sanos, le creyeron.

Finalmente, cuando se hizo evidente que algunos de los colonos se habían vuelto *demasiado* dependientes de su liderazgo y otros se irritaban bajo las restricciones que había impuesto, Morgan supo que era el momento de dejarles por un tiempo.

Pidió prestado un skimmer. Era de más de diez años de antigüedad, abollado por el uso intenso y casi despojado de su pintura amarilla. El nombre *Vejestorio* había sido pintado a mano sobre la proa del deslizador, y eso parecía contar su historia. Pero las apariencias pueden engañar. Morgan realizó su propia inspección y descubrió que el skimmer, como todo el equipo de Jerg, estaba en excelente estado.

Los asientos traseros habían sido quitados para dejar espacio a la carga, por lo que Morgan tenía un montón de espacio para guardar su material prestado de acampada, una caja llena de piezas, las herramientas necesarias para montarlo todo, y cuatro recipientes de cinco litros de agua. Esto sería más que suficiente si tenía cuidado.

Los nativos no se suponían hostiles, pero Morgan tomó un rifle bláster para estar seguro, junto a un equipo de comunicaciones y equipamiento de supervivencia.

Morgan sabía que, como en la mayoría de los ambientes desérticos, el mejor momento para viajar era la noche. Pero quería ver el paisaje. Viajando por la mañana y la tarde, esperaba evitar la peor parte del calor y disfrutar de las vistas.

Se fue tan temprano por la mañana que las estrellas aún se veían, y el centinela sacudió la cabeza asombrado. Él pensaba que cualquier persona que se aventuraba en las tierras baldías, sin tener la obligación de hacerlo, había perdido el juicio.

Morgan, que no había tenido nada parecido a unas vacaciones en más de quince años, se regocijaba de su libertad. El deslizador zumbó, las estrellas giraron, y el viento acarició su rostro. Era fresco y llevaba el aroma de los arbustos bajos (de los cuales se podría extraer aceite aromático si los colonos se preocupaban de darles una oportunidad) que cubrían gran parte de la tierra.

A falta de un mejor destino, Morgan decidió seguir la vieja calzada. Debió tomar considerables recursos construir tal carretera… Así que, ¿adónde conduciría? ¿A una ciudad? ¿Llena de ruinas? Eso esperaba.

Los miembros de la tripulación de Jerg, los cuales no esperaban con interés sus turnos en Ruusan, hacían lo que se requería, pero no se aventuraban más allá de lo absolutamente necesario. El estudio inicial, realizado años antes, reveló una forma de vida inteligente de perfil bajo, y eso era todo lo que necesitaban o querían saber.

Morgan, quien nunca se cansaba de aprender, se deleitaba con la oportunidad de explorar y observar. El paisaje asumía una suave y casi surrealista cualidad a medida que la luz de primera hora de la mañana lo pintaba con tonos lavanda y oro. El aire era fresco y limpio, completamente diferente del rancio y reciclado disponible a bordo de la nave.

La sensación de intoxicación era tan fuerte que se rio en voz alta, aumentó la aceleración, y vitoreó cuando el skimmer se lanzó adelante. ¡Era bueno estar vivo!

Pasaron las horas, el sol colgaba alto en el cielo, y Morgan buscó un lugar para detenerse. Tenía hambre y, más importante, mucho, mucho calor. Había incluido un toldo semirígido en su equipo, y era el momento de desplegarlo.

Morgan escaneó el terreno por delante, divisó una interesante formación rocosa, y se dirigió hacia ella. La roca, que eso era lo que parecía ser, parecía una hogaza de pan semienterrada. El sol acababa de pasar su cénit, lo cual significaba que la «gran hogaza» arrojaba un poco de sombra hacia el este. Morgan dirigió el deslizador hacia la protección de la roca y sintió el descenso de la temperatura.

El trabajo siempre había llegado antes que la diversión en la vida de Morgan, y algunos hábitos son difíciles de romper. Dio instrucciones al ordenador de a bordo para realizar un diagnóstico rutinario sobre la fuente energética del deslizador y forcejeó con el toldo para colocarlo en su lugar. Fue entonces, y sólo entonces, cuando se tomó un tiempo para comer.

El refrigerador, que tenía su propia fuente de energía, era extremadamente eficiente. La cerveza estaba fría, así como el jugo de frutas local y el sándwich relleno.

Habiendo comido hasta saciarse, y habiendo guardado el equipo, Morgan decidió circundar la roca. El hito era tan prominente y estaba tan cerca de la carretera que estaba seguro de que tenía que haber sido notado. Tal vez, sólo tal vez, encontraría algo de interés.

La grava crujía bajo sus botas, un insecto zumbaba alrededor de su cara, y gotas de sudor salpicaban la frente de Morgan. Una ola de aire caliente y sofocante recorrió la zona procedente de las llanuras, revolvió los arbustos bajos, y perdió su voluntad de vivir.

Aparecieron fisuras en la roca. Algunas eran lo suficientemente grandes como para meter la mano dentro, aunque él no lo hizo. Parches de liquen se aferraban aquí y allá, y un animal se escurrió en su madriguera. Interesante, pero no lo que había esperado. Ninguna pintada, ni pictografías, ni marcas de herramientas.

Finalmente, después de haber dado la vuelta a tres cuartas partes de la roca y concluyendo que no tenía secretos ocultos, Morgan encontró lo que había estado buscando… señales de vida.

Lo primero que notó fue que, si bien la cobertura azul-verdosa del suelo crecía de manera bastante uniforme en todas partes, este trozo de tierra estaba desnudo. Muy desnudo, y cubierto con extraños senderos estriados, lo cual hizo que concluyera que eran objeto de uso continuo.

De igual interés era el hecho de que veinticinco o treinta agujeros habían sido excavados en la zona. Todos eran de poca profundidad, y algunos contenían pedazos de un tejido semitransparente que producía un olor desagradable y que disminuía en tamaño a medida que los insectos tallaban el tesoro en porciones a su medida y se lo llevaban. De todas formas, ¿qué era todo eso? Y, más importante, ¿qué lo creó? ¿Y por qué?

En un primer momento, Morgan pensó que los agujeros eran demasiado simétricos para ser obra de animales, pero eso fue antes de recordar los nidos casi idénticos que construían los alasplanas de Sulon y se dio cuenta de que su suposición era errónea. No tenía ninguna razón para creer que seres inteligentes estuvieran relacionados con los agujeros, pero de alguna manera lo *sentía*. Morgan había luchado por reprimir tales presentimientos durante toda su vida adulta.

Morgan había sido siempre consciente de la Fuerza. Cuando fue niño, sin nadie para guiar sus acciones, había usado sus habilidades para animar juguetes, para entretener a su hermana pequeña, para empujar a gente en la dirección que él quería que fueran y, por último, en un acto que cambió el resto de su vida, para desequilibrar a un abusón. No mucho, sólo un poco, para que su primer golpe fuera más eficaz. Y la estratagema funcionó. ¿Cómo podría haber sabido Morgan que el abusón se tambalearía hacia atrás? ¿Que tropezaría con una raíz? ¿Que caería diez metros hasta las rocas de debajo? ¿Qué moriría como resultado?

Nadie supo lo que realmente ocurrió ese día, y nunca nadie lo sabría, a excepción de Morgan. Y lo que él sabía, o *creía* saber, era que él era demasiado débil, demasiado imperfecto como para confiársele tal habilidad, un talento que nunca dejaba de atormentarle, de transmitirle información que él no quería recibir, de recordarle aquel día terrible.

De repente paranoico, Morgan miró hacia arriba y escaneó el horizonte. El desierto brillaba y, con la excepción de un único jinete del viento, estaba vacío de vida. O eso parecía. Pero la Fuerza decía lo contrario.

Morgan volvió al skimmer, sus pasos no fueron tan prudentes como a él le hubiese gustado, y se alegró al ver todo tal y como lo había dejado. La decisión de abandonar el plan original y viajar durante la peor parte del día de repente pareció natural.

Las siguientes horas fueron tan desagradables como las primeras habían sido agradables. Al seguir la calzada, Morgan se vio obligado a encarar el sol. Las gafas protectoras ayudaban pero no lograban eliminar el deslumbramiento. La pantalla solar proporcionaba sombra, pero no podía contrarrestar el calor.

Aún así, el tiempo pasó, y los kilómetros se desenrollaban. La puesta de sol encontró a Morgan en el punto donde el desierto se reunía en dunas. El camino había desaparecido para entonces, perdido por debajo de toneladas de arena a la deriva. Morgan dirigió el deslizador entre un par de montículos esculpidos por el viento, encontró un lugar abrigado en forma de U, y detuvo el vehículo.

El rebelde sabía que podría haber, y probablemente había, mejores sitios para acampar de vuelta en las colinas, pero encontrarlos en la oscuridad sería difícil, si no imposible, y estaba cansado.

Le tomó casi una hora asegurar el skimmer y encontrar el equipo que necesitaba. La cena consistió en un guiso y cerveza helada. Era refrescante, pero la temperatura bajaba mientras se la bebía, y eso le hizo tiritar. Se puso una chaqueta, vació la lata, y comenzó a hacer un poco de té.

El sol desapareció tras una duna montañosa mientras Morgan lavaba los platos y preparaba los ingredientes para el desayuno. Encontró las lámparas utilitarias, las conectó al panel de distribución del skimmer, y accionó un interruptor. La oscuridad retrocedió al instante.

El viento cambió y sopló desde el norte. Morgan se estremeció, metió las manos en los bolsillos, y percibió que algo se acercaba.

En circunstancias normales, habría rechazado la Fuerza. Pero esto era diferente. Estaba solo, lejos de cualquier ayuda, y extremadamente vulnerable. El talento y la información que facilitaba la Fuerza eran repentinamente bienvenidos.

El rebelde trató de parecer casual mientras se acercaba al *Vejestorio*, apagaba las luces, y agarraba el rifle. Sintió el metal fresco y reconfortante mientras el humano buscaba una vara luminosa y se alejaba. Los intrusos, si había alguno, se acercarían al vehículo, y no tenía ninguna intención de estar allí cuando llegaran.

La arena se movía bajo las botas de Morgan mientras subía por el costado de la duna. Tal vez sería capaz de ver quién o qué criatura o criaturas eran desde un punto de vista superior.

Ruusan tenía tres pequeñas lunas, a las que la tripulación de Jerg llamaba «las trillizas». El primer satélite apareció sobre el horizonte oriental cuando Morgan llegó a la cumbre esculpida por el viento de la duna. La brisa agitó el cuello de su chaqueta.

La luz de la luna proyectaba un resplandor surrealista sobre el desierto, y Morgan lo utilizó para hacer un reconocimiento. Algo, o todo un grupo de algos, había entrado en el área. No podía verlos, pero *sabía* que estaban allí.

Entonces, justo cuando una segunda luna se unió a la primera, vio lo que había ido a buscar. Los nativos tenían forma de balones medicinales. Había cincuenta o sesenta de ellos, todo sea dicho, moviéndose con el viento, dirigiéndose a su posición.

La sola idea era muy amenazante. Morgan alzó el rifle, apuntó al organismo en cabeza, y supo que no podía disparar, no sin provocación. Bajó el arma, rebuscó los electrobinoculares, y los encendió. Aunque más grandes, las criaturas aparecían como poco más que gotas verdes cuando las observó en infrarrojos.

La tercera luna apareció, añadiendo aún más luz a la escena. Ahora Morgan se dio cuenta de que los nativos poseían aletas especializadas de piel que actuaban como veletas. Los nativos podrían desplazarse en cualquier dirección que eligieran elevando, bajando o girando sus aletas.

Los indigs, pues no tenía otro nombre para ellos, tenían una cualidad fantasmal. Se desplazaban con el viento y viraban como un grupo. Buscaban pequeños obstáculos tales como rocas, los golpeaban de manera que arrojaban sus cuerpos en el aire, y trataban de flotar tan lejos como les era posible.

Algo en la manera en que se movían transmitía tal libertad que Morgan deseó poder estar entre ellos, rodando por la noche, brincando con alegría.

Era ese comportamiento más que cualquier otra cosa lo que causó que Morgan sonriera y echara el rifle sobre su hombro. Estaba a medio camino bajando la duna antes de que los riesgos asociados a ese tipo de acción se le ocurrieran.

Los brincadores, ese nombre parecía más apropiado, desplegaron veletas, giraron a la derecha, y avanzaron hacia la duna. En el momento en que Morgan llegó abajo, los nativos estaban a un centenar de metros de distancia y comenzaron a reducir la velocidad.

Morgan no tenía clara la dinámica del proceso pero observó en silenciosa fascinación cuando unos tentáculos aparecieron desde su interior, se curvaron sobre sus cuerpos en forma de globo, y se retorcieron cuando tocaron el suelo. Morgan teorizó que la sutil manipulación de los tentáculos, además de la fricción con la arena, les permitía frenar.

Los seres con forma de bola hicieron un alto, parados sobre tentáculos juntos, y abrieron sus enormes ojos captadores de luz. Fue entonces, cuando el rebelde miró sus inmensas pupilas, cuando se dio cuenta de que las criaturas eran nocturnas. Uno de los nativos «caminó» hacia adelante con los tentáculos, produjo una serie de ruidos silbantes, y esperó una respuesta.

Morgan se encogió de hombros impotente.

—Lo siento, amigos, no lo entiendo.

Un segundo globo se acercó, utilizó un tentáculo para alisar la arena y otro para escribir. Morgan estaba gratamente sorprendido. La sintaxis era extraña, las palabras arcaicas, pero no obstante, entendibles. Las tradujo a medida que aparecieron.

—Finalmente, has venido —Morgan examinó el texto de nuevo. Las palabras parecían sugerir que los brincadores habían estado esperándole. Pero eso era imposible. Agarró la vara luminosa con su mano izquierda y usó la multiherramienta como un lápiz—. ¿Estabais esperándome?



El nativo leyó las palabras, las borró, y escribió su respuesta.

—«Y un Caballero vendrá, una batalla se librará, y los prisioneros serán liberados». Así dice el poema de las edades.

Morgan frunció el ceño. Parecía que los nativos le habían confundido con un personaje mencionado en el poema de las edades… fuese lo que fuese eso. Escogió sus palabras con cuidado.

—Perdonadme… pero estáis equivocados. Yo no soy, ni nunca he sido, un Caballero Jedi.

Esta declaración pareció desconcertar al brincador, pero sólo momentáneamente. Hubo una gran cantidad de silbidos y trinos cuando él, ella o ello consultó a los otros miembros de la tribu. Luego, con un gran sentido de la dignidad, el nativo escribió su respuesta.

—Un Caballero alienígena llegará desde el este. Él volará por el aire, pasará la noche en la ciudad de Olmondo, y solicitará indicaciones para llegar al Valle. Así está escrito. Los Caballeros pueden manipular la Fuerza; tú manipulas la Fuerza, por lo que eres un Caballero.

Morgan sintió una oleada de asombro. ¿Podían los brincadores manipular la Fuerza? Dudaba de que fuera el caso, pero parecía claro que al menos algunos de ellos podían *sentirla,* lo que explicaba cómo habían conseguido localizarle. Morgan barrió las palabras. Otros nuevas las reemplazaron.

—Es cierto que tengo la capacidad de detectar fluctuaciones en la Fuerza y que he volado a través del desierto, pero la similitud termina ahí. Por favor, permíteme señalar que no me quedé en la ciudad de Olmondo. Tampoco he preguntado por ninguna dirección.

El brincador leyó las palabras, intercambió silbidos con sus compañeros, y escribió una sola palabra:

—Espera.

Morgan observó con asombro cómo los brincadores bailaban en todas direcciones, formaban un círculo, y empezaban a cavar. La mitad de sus tentáculos terminaban en apéndices con forma de delta que actuaban como pequeñas pero eficientes palas. La arena voló, y apareció un cráter.

Entonces, justo cuando Morgan estaba a punto de preguntar qué estaban haciendo, la actividad se detuvo. Un brincador empujó suavemente al humano por detrás; él tropezó y se detuvo frente a la depresión recién formada. Su luz se tambaleó sobre el suelo, se deslizó en el cráter, y se posó en algo completamente inesperado… la parte superior de un obelisco de piedra. Era negro, y escritura alienígena descendía perdiéndose en la arena.

El líder de los brincadores, suponiendo que fuese eso, escribió con un tentáculo y señaló con otro, no en la dirección del artefacto descubierto recientemente, sino directamente hacia abajo.

—Olmondo.

Morgan sintió agua helada fluir por sus venas. ¡Olmondo! ¡Una ciudad estaba enterrada bajo sus pies! ¿Quién sabía lo alto que era el obelisco? ¿Veinte? ¿Veinticinco metros? Cómo los brincadores sabían dónde cavar era un completo misterio, al igual que el grado en que sus acciones estaban alineadas con el poema. ¿Era todo el asunto una coincidencia o algo más? ¿Y si el abusón hubiera vivido? ¿Y si Morgan hubiera aprendido a usar su talento, hubiera estudiado con un maestro, y hubiera obtenido el título de Caballero? ¿Podría el destino haberle traído aquí para completar una misión preparada cientos de años antes? No había manera de estar seguro.

La pregunta parecía bastante inocente, pero se planteó la posibilidad muy real de que el brincador se estuviera burlando de él:

—¿Estás listo para las indicaciones?



Morgan se levantó temprano, preparó un desayuno espartano, y fue a buscar a los nativos. Mientras que los instintos humanos le habían conducido a encontrar seguridad entre las dunas, los brincadores habían preferido pasar la noche en las llanuras.

Rodeó la misma duna que había subido la noche anterior, esperando ver plenamente a los brincadores anidados en la arena, pero se llevó una decepción. En lugar de los brincadores, se encontró con una serie de depresiones poco profundas, cada una cubierta por lo que parecía una tienda de plástico modelada cuidadosamente que estaba hecha de un fino y semitransparente tejido, el mismo tipo de tejido que vio junto a la roca en forma de hogaza de pan. A diferencia de la mayoría de tiendas, cada una de estas contenía un extraño cono invertido.

Una inspección más cercana mostraba que el sol de la mañana ya había calentado el aire dentro de las tiendas de campaña hasta el punto en que gotas de agua habían comenzado a formarse en la superficie interior de los conos. Morgan podía ver que a medida que las gotas de agua se hicieran más grandes, a la larga se deslizarían por la súper escurridiza superficie hasta el depósito revestido de tejido de la parte inferior de la depresión. Más tarde, cuando los brincadores emergieran desde el escondite al que se hubiesen retirado, un suministro de agua estaría listo y esperándoles.

El destilador solar del equipo de supervivencia del skimmer operaba con el mismo principio. Era un interesante ejemplo de la manera en que el entorno puede dar forma a la evolución. El humano tuvo cuidado de dejar las depresiones tranquilas.

Morgan escaneó toda el área, pero no pudo encontrar ningún rastro del obelisco negro. Los brincadores habían vuelto a enterrar el monumento para no poner en riesgo el descubrimiento. El humano se sentía honrado por la amplitud de su confianza y deseó haber podido pasar más tiempo con ellos.

Como el día anterior, las horas de la mañana eran bastante agradables. El aire era fresco y vigorizante, y tenía elevado el ánimo. El camino, memorizado de las indicaciones recibidas la noche anterior, llevaba a Morgan hacia las colinas. La tierra le

pareció virgen al principio, consistiendo en rocosas laderas cubiertas de líquenes; duras y aplanadas mesetas; y cañones profundos tallados por las inundaciones.

Pero con el paso del tiempo, y los ojos de Morgan acostumbrándose al entorno, vio indicios de un pasado lejano. ¿O no? ¿Había tallado la naturaleza las terrazas aparentemente uniformes que interrumpían una distante colina? ¿Podría ese montón de rocas haber sido parte de un edificio alguna vez? ¿Estaba recorriendo el lecho de un antiguo río, o una carretera antigua? No había manera de estar seguro.

Sin embargo, una cosa era cierta. Cuando el sol salía, y Morgan se adentraba más profundamente en lo que para él eran «las tierras baldías», la Fuerza se espesaba y adquiría sustancia.

Con ella vino el peso de sus propias dudas, fracasos y deficiencias. ¿Creía él en el destino? ¿Y era este su particular destino?

La posibilidad de que pudiera ser llenaba a Morgan de pesar. ¿Qué había dicho el poema? «Y un Caballero vendrá, una batalla se librará, y los prisioneros serán liberados». ¿Qué batalla? ¿Qué prisioneros? Era el poema poco más que un galimatías histórico, o era algo importante, algo para lo que debería haberse preparado… El humano esperaba que fuera lo primero… pero temía lo segundo.

Las horas pasaron, una antigua calzada apareció, y él la siguió cuesta arriba. El aire, que debería haberse vuelto progresivamente más ligero con el aumento de altitud, se volvió más denso en su lugar… *tan* denso que al humano le resultaba difícil respirar y se preguntaba por qué el skimmer seguía sin problemas. Revisó los indicadores y los verificó otra vez. Todos estaban en verde.

Entonces, mientras el camino daba un giro a la derecha y pasaba entre pilas de escombros, sintió algo cosquilleando en la parte posterior de su mente.

El toque fue inicialmente ligerísimo pero evolucionó hacia un zumbido constante. La vibración aumentó hasta que su carne escoció y sus dientes empezaron a castañetear.

Morgan quería volverse, quería huir, y sabía que esa era la forma en que se *suponía* debía sentirse. A alguien, o a algo, no le gustaban los visitantes y sabía cómo mantenerlos alejados.

La peor parte era el conocimiento de que mientras que él tenía el talento natural e innato necesario para manejar la situación, no era suficiente. Carecía de los conocimientos y de la experiencia necesaria para hacer uso del talento. Siendo ese el caso, Morgan podía hacer poco más que observar y transmitir sus observaciones a algún otro.

La carretera dio paso a una zona abierta custodiada por imponentes formaciones rocosas que parecían centinelas. La curiosidad y un sentido de conexión personal lo atrajeron. El skimmer desaceleró y se deslizó hasta detenerse.

Morgan vio una apertura, sus bordes eran desiguales por la roca quebrada, y *supo* que el misterio yacía debajo.

El humano dejó el skimmer y se introdujo por el agujero. La atmósfera se espesó, volviéndose arena movediza, y tiró de sus piernas. Voces, tan distantes que las palabras se fusionaban en un solo gemido, hicieron palpitar su cabeza.

La apertura, creada cuando se había derrumbado el techo de una cueva, era de medio kilómetro de ancho. Un único haz de luz llegaba a la parte inferior, las sombras escondían el resto.

Las escaleras estaban cubiertas de escombros pero todavía eran navegables. Se curvaban a la derecha. Las voces continuaban gimiendo, y algunas crecieron distinguiéndose de otras. Empujaban, pinchaban y tiraban de su conciencia. Estos eran los prisioneros del poema, las entidades que había sido enviado a rescatar, pero carecía de recursos para ayudarles.

Finalmente, habiendo rodeado en su descenso la mitad del eje vertical, las escaleras llegaron a su fin. Morgan caminó por el fondo del Valle, pasó por debajo de un arco a modo de entrada, y fue sorprendido por lo que vio.

Un rayo de luz solar descendía para iluminar el suelo del Valle y los cientos y cientos de monumentos que lo cubrían. Algunos eran poco más que losas verticales, hechas de roca que había sido parte del techo de la cámara. Otros eran más elaborados, desde tumbas cuadriculadas hasta estatuas bellamente esculpidas, templos en miniatura y capiteles cubiertos con jeroglíficos alienígenas.

El humano sabía sin que se lo dijeran que este era un lugar de muerte, una prisión llena de espíritus sin liberar, y un repositorio de un inimaginable poder. Un poder tan vasto, tan terrible, que podría extinguir un sol, sumergir todo un sistema solar en la oscuridad, y condenar a miles de millones a la muerte. Pero sólo si caía en manos equivocadas…

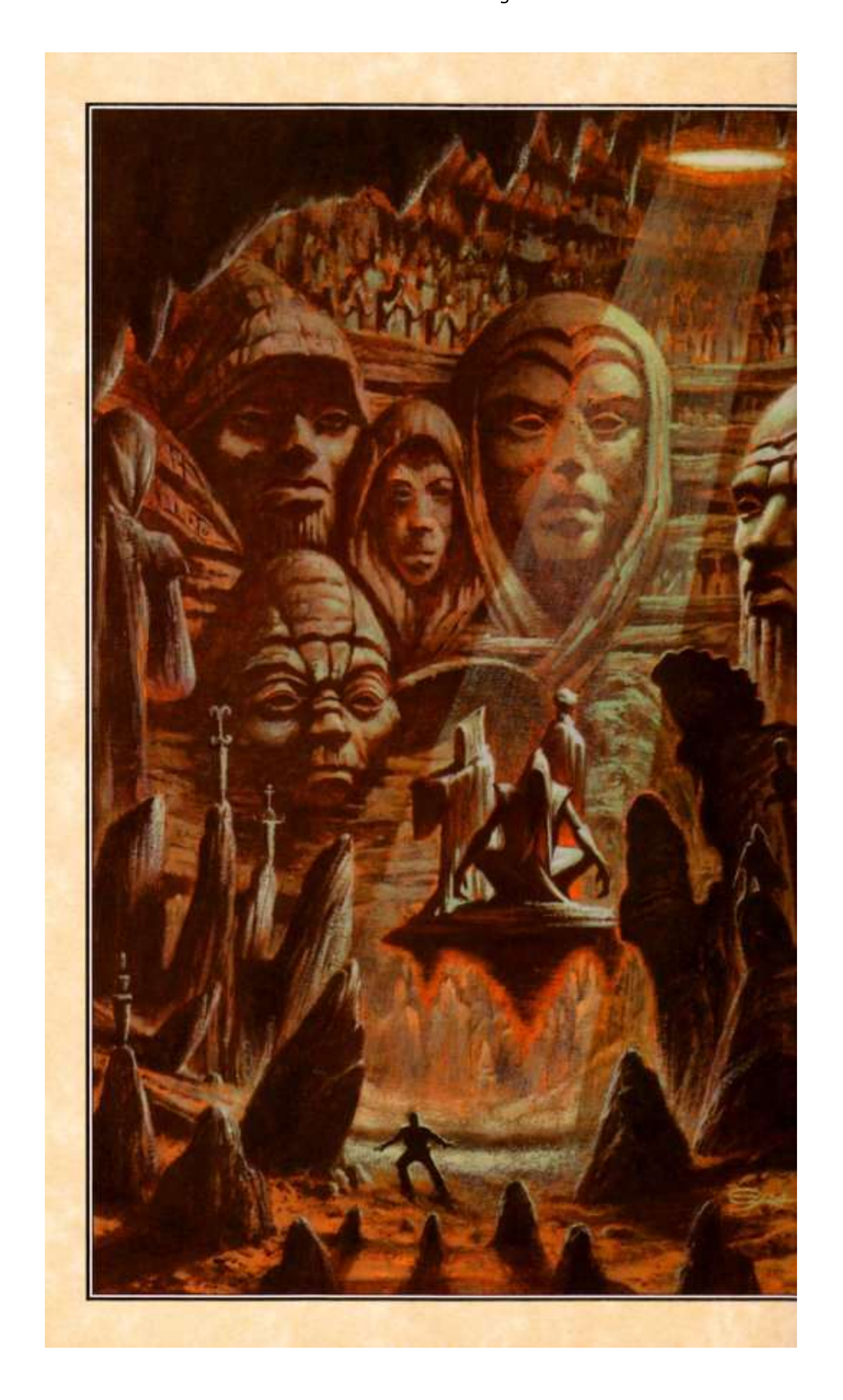
Sacó la multiherramienta de su funda con la intención de grabar una advertencia en el arco pero no la pudo controlar. El dispositivo cayó de entre sus flojos dedos y golpeó el suelo.

El gemido entró en un *crescendo*. Morgan colocó las manos sobre sus oídos, pero el sonido se originaba en su interior. Retrocedió, su cabeza se partía de dolor, sabiendo que había fallado. Todo lo que podía hacer era esperar que un *verdadero* Caballero Jedi descubriera el lugar, luchara la batalla que debía ser librada, y liberara a los prisioneros de su cautiverio.

Lágrimas fluían de los ojos de Morgan y mojaban su barba mientras subía las escaleras y se abría camino hacia el skimmer. Pasase lo que pasase, se dijo a sí mismo, sin importar cuántas excusas acudieran a sus labios, no podría escapar del hecho de que había fallado.

Llevó horas que los lamentos desaparecieran, que la atmósfera lo liberara de su agarre empalagoso, y que la Fuerza se sintiera como debía.

Durante los días que tardó en llegar a la fortaleza y las semanas que pasaron durante el viaje de regreso a casa, Morgan nunca olvidó el Valle o a los espíritus atrapados allí.



Tan fuertes fueron sus sentimientos que la experiencia estaba todavía muy presente en su mente muchos meses más tarde, cuando sus actividades en favor de la Alianza llevaron a Morgan a contactar con un Jedi llamado Rahn.

Había sido un día largo, y habían terminado de cenar. WeGé retiraba los platos de la mesa mientras un fuego crepitaba en la chimenea y bailaban sombras a través de las paredes. Cuando la conversación tomó un giro filosófico y el momento pareció correcto, Morgan dio el paso decisivo.

Las palabras fueron vacilantes al principio, pero Rahn era un buen oyente, y estaba claramente interesado… tan interesado que se inclinó hacia delante y colocó la barbilla sobre sus puños. Rahn tenía la piel oscura, los pómulos altos, y los dientes muy blancos. Sus ojos brillaban de emoción.

—¡Sí! Continúa. El Maestro Yoda me habló de ese lugar, y yo lo busqué. ¿Qué encontraste allí?

Morgan terminó la historia y observó, fascinado, cómo Rahn paseaba arriba y abajo. La energía parecía crepitar a su alrededor. Sus ropas se arremolinaron y fueron atacadas por las chispas del fuego.

—Esto es importante… muy importante. Tan importante que debo reunir un equipo para investigar. Necesitamos expertos para explorar y entender ese lugar. Luego, contigo como nuestro guía, haremos el viaje necesario.

Morgan recordó la caverna y se estremeció ante la idea. Aún así, si eso significaba la libertad para las voces que continuaban llenando su cabeza, entonces tendría que ir.

—Lo que tú digas. Te facilitaré las coordenadas.

—¡No!

La respuesta fue tan vehemente que Morgan se sorprendió. Rahn vio su confusión y levantó una mano.

—Lo siento, amigo mío, pero el conocimiento está más seguro contigo. Mucho más seguro. Yo debo viajar. Y están aquellos que esperan encontrarme. Oculta lo que sabes y deja instrucciones para alguien de confianza. A aquellos que siguen el lado oscuro les gustaría nada menos que encontrar este lugar y utilizarlo para el mal.

Rahn se fue al día siguiente, y aquel que nunca fue Caballero grabó su secreto en piedra y lo dejó para su hijo. Entonces, al igual que incontables granjeros antes que él, aró y plantó. El invierno esperaba, y la gente tenía que comer.

Fue asesinado unos meses más tarde.

CAPÍTULO 2

El planeta fue un lugar hermoso, poseyendo largos días soleados, montañas cubiertas de nieve, ríos caudalosos y grandes y fértiles valles. Valles que fueron despejados, cultivados, y poseídos por cuatro generaciones de colonos.

Pero eso fue antes de la Rebelión, antes de los recursos que consumió, y antes de que uno de los droides de reconocimiento de minerales de la Corporación SoroSuub se colocara en medio del campo Braal del granjero Zytho, comprobara el suelo, y literalmente diera con un filón.

Poco más de tres meses locales pasaron antes de que los cruceros bajaran desde la órbita y los colonos fueran «pagados» por sus granjas y enviados a un mundo desértico en el extremo del Borde.

Los cruceros apenas hubieron salido de la órbita cuando un par de cargueros de SoroSuub aparecieron y enviaron lanzaderas a la superficie. Diez mil máquinas retumbaron saliendo de sus vientres de duracero, establecieron sus posiciones a través de satélites de posicionamiento global, y se movieron estruendosamente hacia sectores preasignados. Cada una podía tragar, procesar y entregar cincuenta toneladas de mineral al día. El Emperador obtendría sus armas… y los propietarios de las acciones recibirían su dinero. Nada más importaba.

Esto explicaba por qué los caminos estaban en mal estado, muchas de las casas de campo una vez pulcras habían comenzado a ceder, y los campos anteriormente verdes habían sido transformados en pozos cavados por máquinas.

Nada de esto tenía ningún interés en particular para los tres Jedi o los soldados que les acompañaban. Su atención estaba en el Jedi llamado Maw. Estaba en la proa del primer esquife, tenía las fosas nasales dilatadas mientras probaba el viento, parecía el mascarón de proa de una nave bárbara. Un ocasional ondeo de mano era suficiente para impartir sus deseos. El timonel dirigía en consecuencia.

Los esquifes eran perfectos para la tarea. Las grandes plataformas abiertas albergaban motores repulsores y marcaban excelentes tiempos sobre las colinas suavemente

onduladas. Aunque vulnerables al fuego de tierra, brindaban una visión clara del territorio circundante y, gracias a toldos semirrígidos, ofrecían protección contra el sol del verano.

Maw sonrió y permitió al viento soportar una pequeña parte de su peso. A pesar del hecho de que los rebeldes eran listos y hábiles cubriendo sus pistas, no ocultaban lo que sentían. Su miedo envíaba ondas a través del lado oscuro de la Fuerza, ondas que Maw seguiría interiormente hasta que lo que las causaba fuera localizado y exterminado.

Sariss y Yun observaban con diversión. Aunque igual de despiadados, se sentían un tanto superiores y veían a Maw con el mismo afecto que los cazadores reservan a sus rastreadores.

Sariss era una mujer atractiva de altura media. Ella llevaba el pelo varonilmente corto y, como su mentor, Jerec, vestía siempre de negro. Negro, con sólo un toque de rojo en los labios, el cuello y las uñas. Su interés en la adquisición y ejercicio del poder la hacía una de los lugartenientes de mayor confianza de Jerec… aunque también suponía una amenaza para el Jedi Oscuro.

Yun, un Jedi tan joven que apenas parecía haber superado la adolescencia, se sentaba a su derecha. Ella era su mentora y el centro de su universo moral. El hecho de haber sido invitado a ir, además de ser tratado como un igual, inflaba su innato sentimiento de superioridad.

Una unidad de comunicación crepitó. Un oficial tocó un botón, vio un rostro bien conocido, y dijo:

—Sí, señor.

Sariss detectó la rigidez en su voz y supo quién era la persona que llamaba. Ella aceptó la unidad portátil y vio que estaba en lo correcto.

—Jerec. Que amable por llamar.

—¿Los habéis capturado ya? —la falta de un saludo era intencional, uno de los muchos recursos que Jerec utilizaba para mantener a los demás desconcertados. El Jedi era alto, casi regio en la forma en que se movía, y tan demacrado que su piel casi translúcida parecía haber sido rociada sobre la superficie de su cráneo. Una tira de cuero negro ocultaba las cuencas donde habían estado sus ojos, y unos tatuajes se curvaban alejándose de su delgada boca. El *Venganza* estaba en órbita, pero sus sensores llegaban al suelo.

Sariss esbozó una sonrisa. *Él* sabía que *ella* sabía que *él* ya sabía la respuesta a la pregunta. La cuestión, al igual que muchas de las cosas que decía Jerec, estaba destinada a someterla.

—No, milord, pero pronto.

Jerec sonrió. Nadie excepto Sariss se refiría a él como «milord». Era parte de su interminable intento de manipularlo, y él lo disfrutaba. Él comandaba solamente la nave bajo sus botas, pero necesitaba más. Mucho más. Sus palabras fueron frías y dijeron más de lo que pretendía.

—Bien. Empiezo a cansarme de esperar.





Rahn miraba sobre la popa del skimmer chamuscado por los blásters. Una barba de tres días cubría su mandíbula. Su túnica una vez blanca estaba roja de sangre rebelde y negra donde un disparo de bláster había chamuscado su hombro. Podía *sentir* a los que le seguían… y sabía lo que eran.

Rahn se volvió hacia la proa. Sus compañeros incluían a Duno Dree, un joven y no muy experimentado piloto; a Nij Por Ral, un corpulento profesor de lingüística antigua; a Cee Norley, una experta en armas delgada como el alambre; y a Rolanda Gron, un técnico klatooiniano. Ellos buscaban ánimo, y él les ofreció una sonrisa. El viento atrapaba las palabras del Jedi y las lanzaba hacia ellos.

—Tenemos una oportunidad… *si* podemos ganar algo de tiempo, *si* podemos llegar a la nave, si podemos sacarnos de encima los cazas TIE. Este es mi plan… —Los rebeldes escucharon y se pusieron rapidamente de acuerdo.



Tal era la confianza de las personas a bordo que los esquifes imperiales seguían el camino tranquilamente, casi sin prisas. Los rebeldes podían correr, pero no podrían ocultarse. No con Maw haciendo el trabajo. Se acercaron a una intersección. Crueles señales identificaban el lugar donde murieron treintaiséis campesinos en un vano intento de defender sus tierras. Sariss ni se dio cuenta. Sus pensamientos estaban centrados en sí misma… y en la tarea que tenía por delante.

Maw no percibió la belleza que le rodeaba. No vio los campos todavía sin violar, ni los árboles moteados por el sol, ni la curva de un río cercano. Solamente percibía miedo, el cual lo atraía como la sangre a un carroñero.

Yun encontraba el talento de Maw desagradable, equiparaba a su compañero Jedi con un perro de batalla nek, olfateando a su presa. Él prefería manifestaciones más elegantes de poder, tales como la manera en que la brisa trataba de evitar todo contacto con su cabello cuidadosamente peinado, o la manera en que un soldado se esforzaba en satisfacer un anhelo inexistente. Una manipulación bastante interesante en la que él tenía…

El misil golpeó cuando el segundo esquife hacía frente a la subida por detrás de ellos. Yun se perdió la explosión en sí pero se giró a tiempo para ver escombros volar por el aire y caer al suelo. La fuerza imperial había sido reducida en un cincuenta por ciento. La emboscada llevaba el nombre de Rahn escrito por todas partes. Al menos uno de sus compañeros había sabido controlar su miedo. Él, o ella, había pasado desapercibido.

Yun se sujetó a una baranda cuando el esquife se volvió hacia la amenaza. Sariss estaba de pie, con los ojos entrecerrados y los puños cerrados.



Norley todavía estaba observando cómo llovían los efectos de su obra, aún con el lanzador de misiles vacío en el hombro, cuando el primer esquife comenzó a girar.

La experta en armas dejo caer el primer tubo, agarró un segundo y se lo llevó al hombro. El esquife se estabilizó y se detuvo. El dedo de la rebelde buscó el disparador. Algo acarició su cuello. Ella se estremeció y resistió la tentación de comprobarlo.

—Aguanta… aguanta… céntralo en el objetivo. —Eso es lo que el sargento técnico Hooly había dicho una y otra vez… y eso fue lo que hizo ella. La caricia se sentía suave, como las bufandas que su madre vestía. Luego comenzó a apretar, a apretar y a apretar más.

Norley soltó el lanzador, se llevó las manos a la garganta, y jadeó en busca de aire. Era muy tarde. Sus ojos habían comenzado a abultarse, y su piel había adquirido un tono azulado para cuando el disparo de bláster perforó un agujero a través de su pecho.

Sariss vio caer a la rebelde, gruñó una orden y se preparó para el giro. La proa dio la vuelta y el esquife aceleró. Se había perdido, y ganado, tiempo. Una rebelde había sido sacrificada. *¿Por qué?* La respuesta era obvia. Los fugitivos tenían una nave. Todo lo que necesitaban era el tiempo suficiente para llegar a ella. Sariss gruñó al timonel. Los segundos seguían escapándose.



La nave, el mismo navío que llevó al equipo a Dorlo, era pequeña pero adecuada a sus necesidades. Transcurrieron preciosos segundos mientras los rebeldes apartaban el camuflaje, subían la rampa y se aseguraban en el interior.

Duno Dree tenía el pelo rubio oscuro, pecas que salpicaban la parte superior de la nariz, y pelusa en ambas mejillas. Decía tener veinte pero tenía, en realidad, diecisiete años. Cortó la secuencia de prevuelo al cincuenta por ciento, echó un vistazo a los indicadores mientras pulsaba interruptores, y deseó ser la mitad de piloto de lo que decía ser. Había pilotado los cargueros intrasistema de su padre durante seis años. Bueno… tres, teniendo en cuenta que la mitad del tiempo lo pasó en la escuela. No era suficiente.

El viaje había parecido un paseo al principio, una aventura para contar a sus hijos, no la misión de vida o muerte en que se había convertido. El equipo había aterrizado en Dorlo para convencer a Nij Por Ral de que se les uniera. Algo que había acordado hacer, pero con evidente reticencia.

Parecía ser que los droides mineros de SoroSuub habían descubierto un antiguo muro de cinco kilómetros de largo, y la empresa había contratado al profesor para descifrar la escritura que cubría su superficie. No para preservar los restos de lo que fue una gran cultura sino para tomar ventaja en cualquier conocimiento disponible. Por Ral había decidido tolerar el esfuerzo en lugar de ver el artefacto destruido. Marcharse ahora, y hacerlo sin obtener permiso de la empresa, era sacrificar todo por lo que había trabajado.

Dree pulsó el último interruptor, escuchó el sonido de los repulsores, y cómo estos empujaban contra el suelo. No abrigaba ilusiones sobre lo que sucedería a continuación.

Era demasiado tarde para decir la verdad, demasiado tarde para decirle a Norley lo mucho que ella le importaba, y demasiado tarde para refugiarse en el negocio de su padre.

La nave despegó, giró sobre su eje y se dirigió en la dirección del camino. Norley estaba muerta, y los imperiales lo pagarían.



Maw vio la nave primero, rugió en desafío, y ondeó el sable de luz sobre su cabeza. La nave disparó sus cañones bláster, esculpió zanjas parejas a ambos lados del camino y desapareció.

El esquife corcoveó cuando entró en la estela de la nave, se desvió del curso y chocó contra un muro de piedra construido a mano. Maw saltó antes del impacto, Sariss salió despedida y Yun se lastimó un muslo. Con la única excepción del timonel, a quien Maw decapitó, hubo pocas bajas.



Los cazas TIE estaban esperando en el punto donde desaparecían los últimos vestigios de la atmósfera del planeta y el espacio comenzaba. Dree puso la nave en un giro, presionó al máximo los motores, y cayó en una trampa cuidadosamente preparada.

Como todas las naves de su tamaño, el *Venganza* tenía instalados varios proyectores de rayos tractores. Aunque normalmente reservados para tareas relacionadas con el atraque y el mantenimiento, podían utilizarse para inmovilizar cualquier nave lo suficientemente imprudente como para entrar dentro de su alcance. El único problema era el hecho de que consumían mucha energía y requerían operadores expertos. El *Venganza* no carecía de ambas cosas.

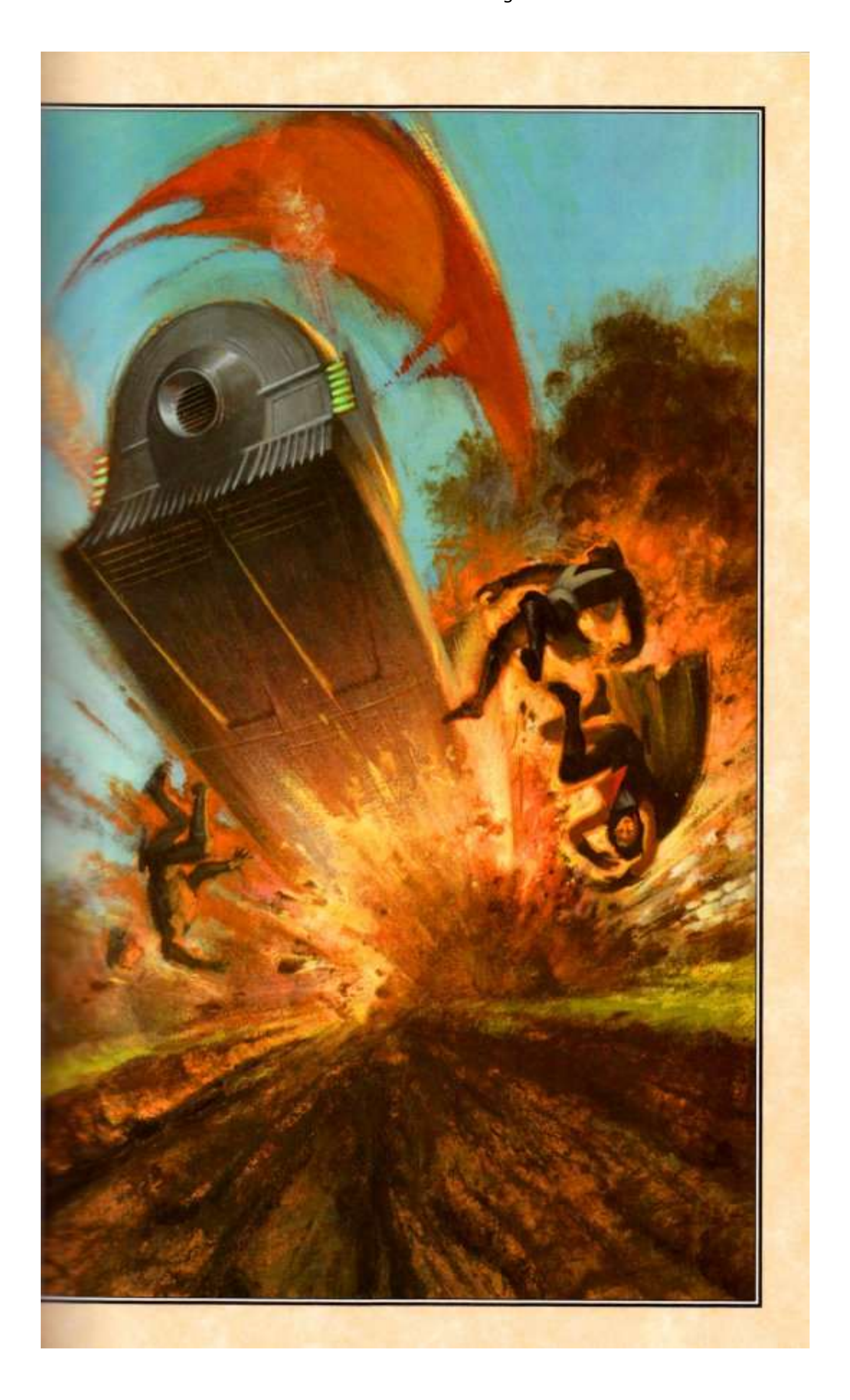
Dree maldijo cuando su nave perdió impulso. Luchó por controlar los desbocados motores y deseó estar en casa con su familia. Pitaron los sensores, una lanzadera se acercaba, y él era incapaz de detenerla.



Boc, también conocido como Boc el Primitivo, estaba de un humor excelente. ¿Y por qué no? La vida era buena. Disfrutaba atormentando a otros seres vivos y aguardaba con interés las siguientes horas.

Una luz verde apareció cuando la lanzadera de asalto se acopló con la nave rebelde. Boc se quitó el arnés, se levantó y se adelantó. Se preguntaba que estarían pensando los comandos. Los imperiales, de los cuales el noventa y nueve por ciento eran humanos, tenían una fuerte tendencia xenófoba y desconfiaban de los alienígenas.

Su especie, los twi’leks, tenían apéndices gemelos que salían de la parte posterior de la cabeza, lo que explicaba por qué los intolerantes se referían a ellos como «cabezas de gusano».



Sin embargo, los soldados eran *suyos*, y no al revés. Suyos para usarlos, abusar de ellos, conservarlos, o gastarlos. Podía hacer cualquier cosa que quisiera con sus cuerpos humanos, y el pensamiento le daba placer cuando tenía la oportunidad de hacer valer su superioridad.

—En pie, escoria. Hay trabajo que hacer.

El Jedi lideraba en vanguardia, y se habría asombrado al saber que los soldados le respetaban por ello, incluso sentían *afecto* por él. No es que eso importara, ya que sus opiniones carecían de valor alguno.

Una orden fue enviada a los rebeldes:

—Tirad las armas, abrid la escotilla y rendíos. Tenéis sesenta segundos para hacerlo.

Sesenta segundos pasaron y nada sucedió. Boc se encogió de hombros, se movió hacia la escotilla y observó a un equipo especialmente entrenado perforar un agujero a través de la barrera e introducir un inyector por la abertura recién creada. El gas somnífero hacía un sonido siseante mientras entraba en la nave rebelde.

Luego, con sus oponentes inconscientes, fue una simple cuestión de forzar la escotilla, atar a los rebeldes en camillas, y meterlos en la lanzadera.

La nave rebelde fue dejada a la deriva, y la lanzadera de asalto estaba realizando la aproximación final al hangar del destructor estelar, cuando el oficial ejecutivo autorizó un ejercicio de fuego real. La Batería Turboláser Cinco se apuntó un impacto directo. La tripulación vitoreó y la nave cesó de existir.



Rahn abrió los ojos y levantó la mirada desde su posición en la cubierta. Algo, no estaba seguro de qué, le devolvía la mirada. Tenía dos cabezas… un momento… dos cabezas *y* dos cuerpos. Uno era de dos metros de altura, y el otro mucho más pequeño… *tan* pequeño, que se colgaba del arnés de combate de la criatura más grande. Ambos llevaban sables de luz, y eso sugería Jedi. El más pequeño habló.

—Levántate.

La mano de Rahn fue al lugar donde su sable de luz debería colgar. No la primera arma, la que dejó para el hijo de Katarn, sino la segunda, la que fue de Yoda. La criatura más pequeña, que era conocida como Pic, sonrió.

—Gracias por el sable de luz… date prisa. O lo usaremos contigo.

Rahn luchó por ponerse en pie. El gas somnífero tenía efectos secundarios. La cabeza le dolía así como la quemadura de bláster. Se abrió una escotilla. El gigante tenía un sable de luz de gran tamaño. Lo utilizó como un puntero. Un gruñido tomó el lugar de las palabras.

Rahn forzó una sonrisa.

—Una criatura de pocas palabras. Que refrescante.

Pic frunció el ceño.

—Cállate.

Rahn asintió agradablemente y caminó hacia el pasillo. Un escuadrón de comandos estaba parado detrás de sus acompañantes. Estaban desaliñados, y Gron estaba sangrando por un corte reciente. El Jedi comenzó a decir algo pero se detuvo cuando fue empujado por detrás.

Fue una larga marcha por pasillos relucientes, pasaron más allá de la bahía médica y del centro de control de armas, dirigiéndose hacia el puente. Un droide utilitario cruzó frente a ellos, y miembros de la tripulación pasaban en la otra dirección. Ninguno de ellos tenía el más mínimo interés en quiénes eran los prisioneros o qué les pasaría. Rahn nunca se había sentido tan solo y aislado. Más que eso… nunca se había encontrado una concentración del mal como la que tenía por delante.

Se sentía como si la Fuerza hubiera sido vuelta del revés. El oscuro núcleo interno era un lugar seductor en el que el poder podía residir, pero a costa del espíritu.

Y allí, como una sombra en la sombra, esperaba el que llamaban Jerec. Una vez un hombre, pero ahora menos que eso… o eso le parecía a Rahn. La Fuerza se agitaba mientras el Jedi Oscuro maquinaba, odiaba, deseaba y conspiraba.

Pero el Lado Luminoso de la Fuerza también estaba presente, y Rahn extraía de él su poder, se envolvió en un manto de blancura, y sonrió mientras la oscuridad se retiraba ante él.

Duno Dree, Nij Por Ral y Rolanda Gron le seguían detrás, sus rasgos abatidos, sin saber que una batalla había comenzado.

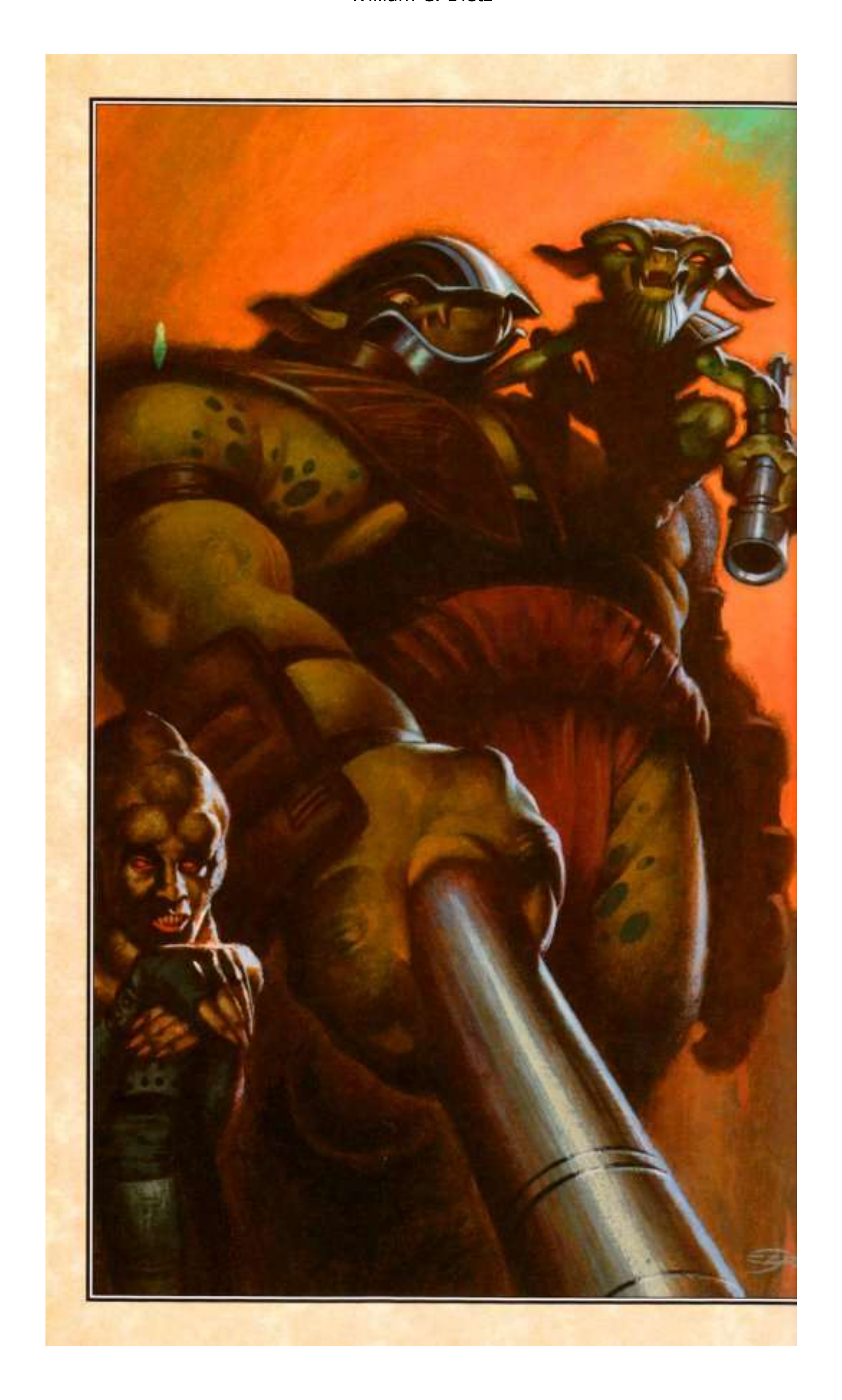
Jerec esperó como él había elegido esperar, con su espalda hacia la trinchera de mando y sus ojos no existentes en las estrellas de más allá. Era un truco, pero uno eficaz. Al menos la mitad de la tripulación creía que podía ver, a pesar de que sus ojos claramente faltaban. La manipulación divertía al Jedi Oscuro y alimentaba su gigantesco ego.

Hubo una considerable cantidad de gritos y pisotones cuando un sargento condujo a los prisioneros hacia el puente y parloteó algún sinsentido militar. Independientemente de lo que su posición parecía implicar, Jerec nunca había pasado más de un día en el ejército. Veía sus rituales aburridos.

El Jedi esperó a que el escándalo cesara y un poco más. *Quería* girarse, *quería* extraer el conocimiento de sus cerebros, pero se negó a rendirse a tal debilidad. No, se requería disciplina para controlar *su* espíritu, así como los pertenecientes a sus subordinados, subordinados que tenían más poder del que ellos suponían, o tenían probabilidades de conocer, ya que los celos, envidias, y una casi universal lujuria por el poder les mantenía alejados. Es por ello que él nunca mostraba signos de debilidad, nunca revelaba lo que realmente quería, incluso cuando otros pensaban que lo sabían.

Finalmente, cuando su auto-impuesta penitencia fue satisfecha, Jerec se giró. El Capitán Sysco estaba esperando.

—Señor, los prisioneros están listos para ser interrogados.



Jerec asintió. Sintió a Rahn de la misma forma en que unas manos sienten el fuego, como una presencia que puede calentar la piel o quemarla más allá de todo reconocimiento. Incluso *aquí*, incluso *ahora*, el hombre era peligroso. El miedo corrió por las venas de Jerec y le hizo enfurecer. Se suponía que los demás debían reaccionar de esta manera, especialmente cuando *él* llegaba. ¿Pero él? ¡Nunca!

Rahn observó a los otros Jedi acercarse. La tristeza llenaba su corazón. Aquí había un espíritu tan malvado que rivalizaba con el del Emperador Palpatine. Para lograr sus objetivos, hundiría mundos civilizados en una oscuridad tan completa que mil años pasarían antes de que la luz se las arreglara para amanecer. La cabeza del Jedi continuaba doliéndose, y sentía su hombro caliente. Apartó a un lado ambas sensaciones y esperó el asalto.

Seis Jedi adicionales, incluyendo a Yun, Sariss, Maw, Boc, Gore y Pic, emergieron de las sombras y añadieron su poder a la creciente sensación de amenaza. Duno Dree, Nij Por Ral y Rolanda Gron se revolvieron inquietos.

Jerec, con pasos cuidadosos, se detuvo a cinco metros de sus súbditos y los miró a través de sus ojos hacía tiempo muertos.

—Rahn… al fin nos encontramos. ¿Y quiénes pueden ser estos tristes especímenes? ¿Sirvientes, tal vez?

—Hablo por mí mismo —gruñó el técnico klatooiniano—. Me llamo Rolanda Gron, y no sabrás nada por mí.

Jerec pareció considerar las palabras del técnico. Asintió en acuerdo.

—Será como desees. Matadlo.

Rahn se lanzó hacia Jerec, pero unas manos le contuvieron rápidamente. La extraña pareja conocida como «los gemelos» arrastraron los pies hacia delante. Gore caminando y Pic a cuestas. El klatooiniano trató de retroceder mientras que la pareja se acercaba, pero los guardias lo mantuvieron en su lugar. Gore activó su sobredimensionado sable de luz y parecía listo para atacar cuando Pic saltó hacia el pecho del técnico. Aterrizó, siseó, y clavó una daga en la garganta del científico.

El klatooiniano pareció sorprendido, sintió la sangre brotar a través de sus dedos, y cayó hacia atrás. Pic montó sobre el cuerpo caído, recuperó el cuchillo, y lo limpió en las ropas de su víctima. Sus pies de tres dedos dejaron rastros a través de la sangre. Saltó a una de las piernas del tamaño de un tronco de árbol de Gore y trepó hacia arriba.

—Entonces —dijo Jerec razonablemente—, ahora que lo que está en juego ha quedado claro, responde a mis preguntas por favor. Tengo razones para creer que sabes del Valle de los Jedi, que puedes haber estado allí. ¿Dónde está? Proporcioname las coordenadas del planeta, o la ubicación donde las coordenadas se pueden encontrar, y morirás misericordiosamente. Niégate a mi solicitud, y el sufrimiento durará mucho tiempo. La decisión es tuya.

Rahn había pasado gran parte de su vida meditando. Sabía que había cosas peores que la muerte.

—No.

Jerec se volvió hacia Yun.

—Muéstranos tu fuerza.

Con la cabeza erguida y los ojos brillantes, el Jedi más joven se adelantó. Su sable de luz chisporroteó a la vida. Nij Por Ral se tambaleó y cayó de rodillas.

—¡Por favor! ¡Te lo ruego, perdónanos! Rahn tiene la información que buscáis… no yo.

Yun, consciente de que todos los ojos estaban puestos en él, se detuvo, listo para atacar. Sus ojos se clavaron en los de Rahn.

—Entonces, ¿qué será viejo? ¿Las coordenadas, o muerte?

Rahn, sabía que estaba ejecutando a Por Ral con tanta certeza como si él sostuviera el sable de luz en su propia mano, cerró los ojos.

—Muerte.

El experto en lingüística gritó cuando la brillante barra de energía azul se hundió en su hombro. Volvió a gritar cuando la hoja fue retirada de su carne todavía humeante. Yun estaba avergonzado por su fracaso en dar una muerte limpia. Levantó el arma sobre la cabeza y la dejó caer. Este golpe fue exitoso.

Jerec habló cuando el cuerpo destrozado golpeó la cubierta.

—No ha sido muy bonito. Pero la muerte raramente lo es. ¿Qué hay de la clemencia de la que los hombres cómo tú parloteáis? No veo cómo tus métodos difieren de los míos. Dame las coordenadas.

Rahn se giró hacia Duno Dree. El joven estaba parado, caían lágrimas por sus mejillas, su cuerpo temblaba de miedo. Rahn conocía al muchacho, sabía lo que podría haber sido, y se encontró con sus ojos.

—Díselo, Duno… díselo por ambos.

Los ojos de Dree parecieron hacerse más grandes cuando se volvió hacia Jerec. El Jedi Oscuro no podía ver la cara del muchacho, pero sintió la determinación del joven y escuchó su respuesta.

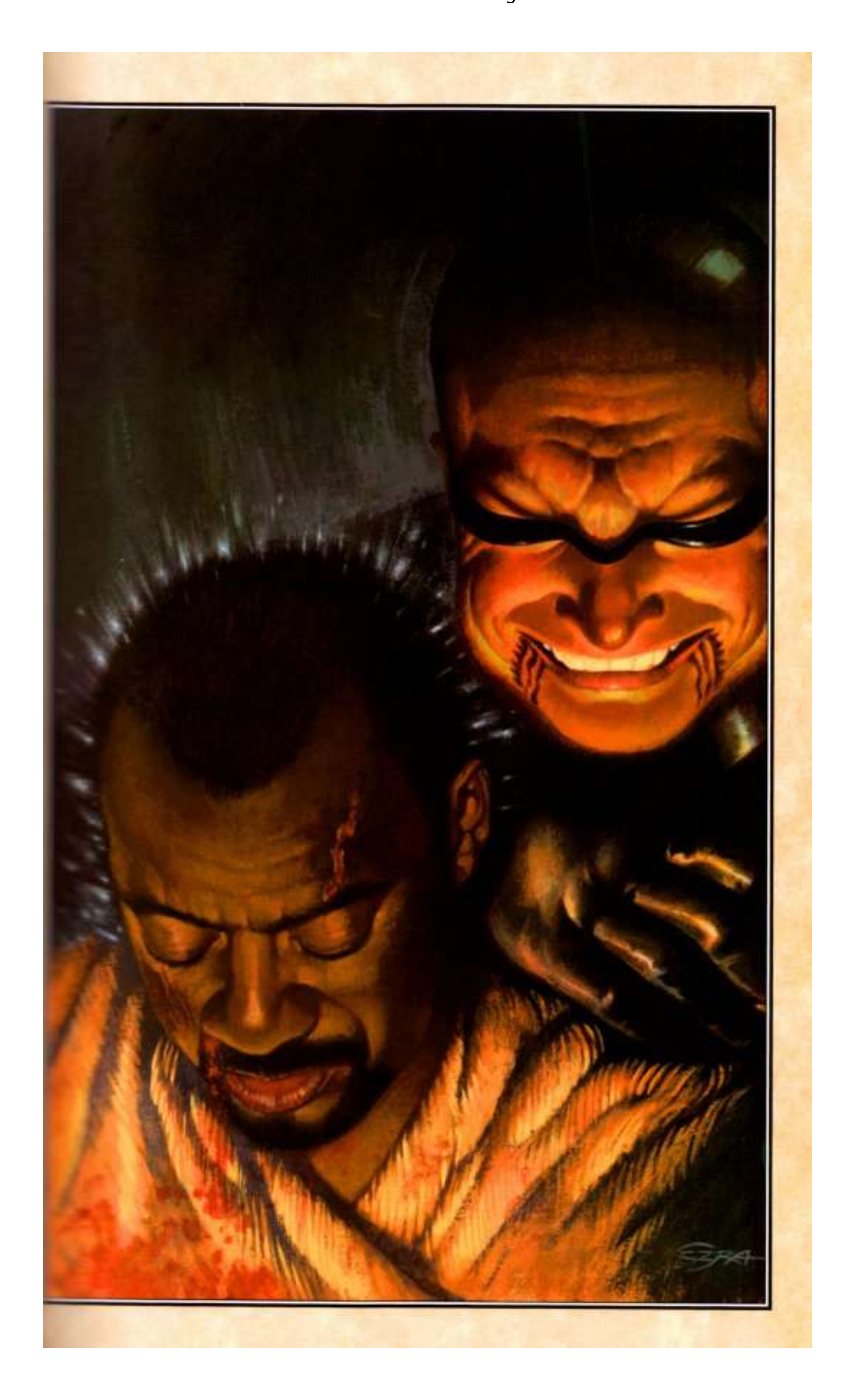
—No.

Boc el Primitivo aceptó el papel de verdugo esta vez. Dree cerró los ojos. Pudo oír los pies arrastrándose y olió el aliento del Jedi. Unas manos se movieron con rapidez, el cuello del joven se quebró, y finalmente se derrumbó.

Rahn se tambaleó hacia delante cuando fue liberado. Maw estaba esperando. Los golpes llegaron duros y rápidos, más de los que él pudo contar y más de los que quería saber. Sus rodillas golpearon el acero, y la sangre salpicó la bien pulida cubierta. Unas botas aparecieron, giraron en su dirección y se detuvieron. Él miró fijamente su propio reflejo y se preparó para la patada. Nunca llegó.

Jerec se puso sobre una de sus rodillas y susurró al oído del otro Jedi. Las palabras olían a menta.

—Dame lo que pido… o lo tomaré.



Rahn sintió el poder del otro hombre y temió que lo que había dicho fuera verdad. Tal vez Jerec *pudiera* tomar aquello que quería, a pesar de los deseos de Rahn. Él prefería la muerte y trató de provocarla.

—¿Por qué esperar? ¡Abáteme!

Jerec tocó el hombro de Rahn como si le consolara.

—En su momento viejo, cuando haya terminado contigo.

Rahn sintió algo suave envolverse alrededor de su cuello. Comenzó a ahogarse y deseó morir. Sus ojos buscaron los de Yun, y el otro Jedi apartó la mirada. Rahn dio la bienvenida al abrazo de la muerte, y estaba a más de medio camino de la tumba cuando el oxígeno inundó de nuevo sus pulmones.

Jerec estaba de pie. Una rara sonrisa tiraba de sus labios.

—Gracias, viejo. Te gustará saber que Morgan Katarn viajó aquí antes que tú, sufrió como tú y se llevó el secreto a la tumba. Sin embargo, gracias a que *tú* le diste instrucciones para dejar un registro, sabemos qué buscar.

Diciendo esto, Jerec se dio la vuelta. Rahn accedió a la energía que fluía a su alrededor y la lanzó.

Yun sintió su sable de luz volar desde su cinturón y lo vio brillar a través del espacio intermedio. Se gritaron advertencias, los cuerpos se movieron, pero el daño estaba hecho. Rahn cogió el arma, se puso en pie y la encendió. El aire chisporroteó cuando una barra de energía azul brillante apareció sobre el hombro de Rahn.

Boc llegó a él, torpe al principio, luego inesperadamente elegante. Ejecutó una serie de giros de distracción, se detuvo, y acuchilló hacia una cabeza que ya no estaba allí.

Rahn se agachó, hizo un barrido a las piernas de su oponente y vio sangre volar. Boc intentó avanzar, se preguntó qué pasaba y cayó. Yun tiró de él. Sería después, en la enfermería, cuando Boc sabría que un tendón le había sido cercenado.

El Capitán Sysco frunció el ceño, sacó su arma y estaba a punto de disparar cuando Jerec tocó su brazo.

—Gracias, capitán, pero no. La práctica les hará bien.

Sysco se preguntó si Boc estaría de acuerdo, asintió obedientemente y enfundó el arma.

—Práctica. Sí, señor.

Sariss fue la siguiente, ofreció una serie de movimientos clásicos y fue bloqueada en cada ocasión.

Maw rugió una advertencia, cargó hacia la refriega y desapareció en un mar de sangre. Los médicos habían llegado para entonces y apartaron su torso del combate. Sus piernas, yaciendo una sobre la otra, quedaron atrás.

Gore eligió ese momento para atacar por el lateral. Rahn sintió su presencia, se volvió, y arrancó de un golpe la espada de luz de las manos del Jedi. Pic siseó y estuvo a punto de saltar en la brecha cuando intervino Jerec. Una ráfaga de energía tiró a Rahn hacia atrás. Este cayó, patinó, y trató de levantarse.

La energía crujió cuando un sable de luz cobró vida. Había algo como de pájaro en la aproximación de Jerec. Levantó el arma y la llevó hacia abajo. Rahn vio una explosión de luz, la cara de un viejo amigo, y saboreó su libertad.

Jerec miró a su alrededor como si realmente pudiera ver, y cortó la energía de su sable de luz. El aire apestaba a ozono y a sangre.

—Limpiad el desorden, poned rumbo a Sulon, y organizad algo especial para comer. El Valle es nuestro —los talones de Jerec hicieron un sonido claqueante mientras salía del puente. El resto de los Jedi, los que todavía eran capaces de caminar, le siguieron.

—Sí, señor —dijo Sysco, pasó por encima de las piernas de Maw, y se dirigió a su camarote. Había una botella de licor bonadano escondida en el cajón de su escritorio. Parecía un buen momento para abrirla. La tripulación del puente, con sus expresiones neutrales, lo observaron alejarse. Era una escena que nunca olvidarían.

CAPÍTULO 3

El Descanso del Borde era más que un bar, era una institución, un lugar donde los miembros de todas las razas conocidas podían encontrar sus bebidas intoxicantes favoritas entre la colección de 1241 botellas, garrafas, tubos, frascos, jarras, inhaladores y cubetas del establecimiento. Y entonces, con el apropiado estimulante o depresor en la mano, garra, o tentáculo, los miembros podían retirarse a uno de los más de cien reservados, algunos de los cuales habían sido diseñados para dar cabida a especies específicas.

Una vez acomodado, el cliente promedio sería capaz de encontrar al menos un par de muestras de la cocina nativa de él, ella o ello. Eso (combinado con la indulgente política del establecimiento respecto a las armas y su uso) hacía del Descanso un lugar ideal para hacer negocios. *Cualquier* tipo de negocio, yendo desde lo mundano a lo absolutamente ilegal, lo cual explicaba por qué el droide conocido como 8t88 se detuvo, miró el jeroglífico alienígena sobre la puerta, y entró.

Sus servos chirriaron cuando el droide hizo una pausa para orientarse. Llamaba la atención por su aspecto algo anticuado y por el hecho de que hubiera llegado solo. ¿Dónde estaba su dueño?

La cuestión tendría que esperar. Pero se asumía que todas las máquinas estaban necesariamente subordinadas a los seres que tenían «inteligencia natural». Una idea absurda pero común que ofendía todos los circuitos del cuerpo de 88. Originalmente diseñado para contabilidad y otras tareas administrativas, el primer 88 se volvió eventualmente anticuado y fue desguazado.

De algún modo, y el actual 88 no estaba muy seguro de cómo ocurrió, su cabeza y procesador originales desaparecieron y fueron sustituidos por los de una unidad que parecía demasiado pequeña para su cuerpo de dos metros. ¿O era al revés? No había manera de estar seguro.

8t88 sólo tenía vagos recuerdos de su anterior existencia. Sin embargo, odiaba la forma descuidada en la que sus partes fueron reconfiguradas. Con esto en el procesador, 88 acumulaba riquezas, una gran cantidad de riquezas, que utilizaba para encontrar y

castigar a la persona o personas responsables de su desfiguración. No era el tipo de cosa de la que se preocuparía un droide común, pero 88 era cualquier cosa menos común.

Nadie cuestionó la presencia del droide, lo que no resultaba sorprendente en un establecimiento donde el dicho «ocúpate de tus propios asuntos» no era un tópico sino una estrategia para mantenerse con vida.

8t88 se volvió y se encaminó por un pasillo. Pequeñas luces blancas parpadeaban a lo largo de los márgenes. El bar se mantenía oscuro para ocultar las muchas capas de mugre y para proteger la privacidad de los clientes. Anillos rojos, azules y verdes se curvaban a lo largo de los soportes de las columnas espaciadas uniformemente y se reflejaban en los azulejos del techo.

8t88 cambió a infrarrojos y observó mientras cuerpos, armas y platos de comida entregados recientemente se transformaban en relucientes manchas verdes. El hombre que estaba buscando, un cazador de recompensas conocido como Boba Fett, estaría en algún lugar de la parte posterior, observando a aquellos a su alrededor, jugando un día más al interminable juego de comer o ser comido.

8t88 esperó a que un ribetiano brillantemente ataviado pasara, y recorrió un pasillo. La cadera del droide hizo un sonido chirriante y atrajo la atención. Una multiplicidad de ojos le cotejaron con listas mentales, lo analizaron en busca de armas, y calcularon su valor de mercado actual. Una vez satisfechos, volvieron a sus propios asuntos.

La mayoría de los seres alrededor de 88 eran biológicos o, si poseían partes mecánicas, en su mayoría biológicos. 8t88 se compadecía de ellos. El proceso de morir había comenzado el día en que nacieron, eclosionaron o decantaron. Sí, la ciencia podría retrasar su desaparición, pero la entropía sería inevitable. Excepto para las máquinas, que podían ser reconstruidas y por lo tanto vivir para siempre. La idea agradó a 88 y dio lugar a lo que los otros percibieron como una mueca.

El cazador de recompensas estaba sentado en una mesa arrinconada, de espaldas a la pared, su mochila propulsora yacía en el asiento de al lado. A un humano podría haberle molestado el visor con forma de T y el hecho de que este oscureciera el rostro del cazarrecompensas, pero 88 no sentía tal incomodidad. Había escuchado a los humanos referirse a los ojos como el «espejo del alma», pero él no tenía ni idea de a lo que se referían. Su voz era plana y sintetizada.

—¿Boba Fett?

El humano asintió.

—¿Y tú eres?

—Un cliente potencial. Me llaman 8t88.

Fett hizo un gesto hacia el lado opuesto del reservado.

—Descansa un poco. ¿Te representas a ti mismo o a otra persona?

—¿Eso importa?

El cazador de recompensas se encogió de hombros.

—No. Sólo era curiosidad. Nunca he trabajado para una máquina antes.

Sin carne para suavizarla, la sonrisa de 88 adquiría una cualidad amenazante.

—Entonces vete acostumbrando… las máquinas son el futuro.

—Quizá sí —respondió Fett con calma—, o quizá no.

—Un hombre llamado Kyle Katarn entrará en este bar en una hora o así. Tiene información que quiero.

Boba Fett se reclinó. La luz cruzó por la superficie del visor.

—¿Y? Pídesela.

—Puede que él no quiera dármela.

—¿Y ahí es donde entro yo?

—Exacto.

El cazarrecompensas se mantuvo en silencio durante treinta segundos completos.

—No lo creo.

—¿Por qué no?

—Porque he oído de Katarn. Algunos dicen que es un aliado del Imperio, mientras que otros afirman que trabaja para la Alianza.

—¿Y? Tú has trabajado para el Imperio.

—Cierto, pero la Alianza ha estado en racha en los últimos tiempos. ¿Quién sabe? Podrían llegar a la cima. De cualquier modo, voy a quedarme fuera de esto.

—¿Es tu última palabra?

—Así es.

8t88 se levantó y caminó hacia el pasillo. Estaba a punto de irse cuando Fett se aclaró la garganta.

—Una cosa más…

El droide se volvió. Una rótula chirrió en señal de protesta.

—¿Sí?

—Lubrícate.



Kyle Katarn acabó su trago, se limpió la boca con el dorso de la mano y activó el cubo. ¿Reproducía el holo por… qué? ¿Quinta vez? El hombre con barba era su padre, y el niño era él. Un *Kyle* más joven e inocente antes de irse a la Academia Militar Imperial de Carida, *antes* de que los imperiales asesinaran a su padre, *antes* de la incursión en el centro de investigación de Danuta. Cinco años habían pasado desde entonces, aunque parecían cincuenta, y la búsqueda continuaba. ¿Quién había asesinado a su padre? Él, ella o ello pagaría muy caro su error. Tal vez esta era la noche en que la verdad saldría a la luz.

El holo osciló. Morgan era transparente, pero sus palabras eran cálidas y fuertes:

—Quiero que recuerdes, hijo, cuando estés en la Academia, lo muy orgulloso que estoy de ti.

Algo chirrió cuando un droide se deslizó en el otro lado del reservado. El sintetizador sonó plano y carente de emociones.

—Qué conmovedor.

El holo desapareció. Las sombras escondieron los ojos de Kyle. Sacó un pequeño droide rastreador de su bolsillo, pulsó el botón de su parte trasera, y permitió que el dispositivo se escabullera. Buscó la pierna de 88, activó un imán interno y se puso a trabajar. Si el droide más grande sintió algo, no dio ninguna señal de ello.

—No malgastes mi tiempo, 88. Propusiste esta reunión. ¿Quién mató a mi padre?

8t88 pasó a infrarrojos, comprobó si los cazarrecompensas habían ocupado sus lugares y vio que no lo habían hecho. ¡Malditos idiotas! Boba Fett habría llegado a tiempo. Maldijo la intransigencia de los humanos. Todo lo que podía hacer era ganar tiempo.

—Cuando alguien desea información, acude a mí.

Kyle sacó la pistola de la oscuridad. La luz recorrió la longitud del cañón.

—¿Y?

El droide habló rápidamente.

—Paciencia. Él es un Jedi Oscuro.

El arma permaneció como antes, sólo a unos centímetros de la placa visora de 88.

—¿Jedi?

—Jedi *Oscuro*. Se le conoce como Jerec. Tiene grandes planes para el renacer del Imperio.

8t88 vio dos manchas verdes aparecer en el reservado de más allá. La ayuda, si se podía decir así, había llegado.

Kyle sintió su corazón latir un poco más rápido. ¡Jerec! ¡El mismo Jerec que asistió a la ceremonia de graduación de Acantilado! ¿El mismo Jerec que le buscó, puso una medalla en su pecho, y le habló como si fuera un viejo conocido?

«Saludos, Kyle Katarn. Has logrado mucho para alguien tan joven. El reconocimiento es dulce, ¿verdad? Sin embargo, recuerda que el reconocimiento es un regalo entregado por aquellos que tienen poder a los que no lo tienen. Este es sólo el primer escalón… Sube por la escalera con rapidez, únete a los que poseen poder, y reclama lo que es tuyo. Yo estaré esperando».

Kyle no fue consciente en aquel momento, pero su padre había sido asesinado semanas antes. ¿Jerec había sido consciente? ¿Consciente no sólo de ello sino de la razón para ello? ¿Jerec asesinó a su padre?

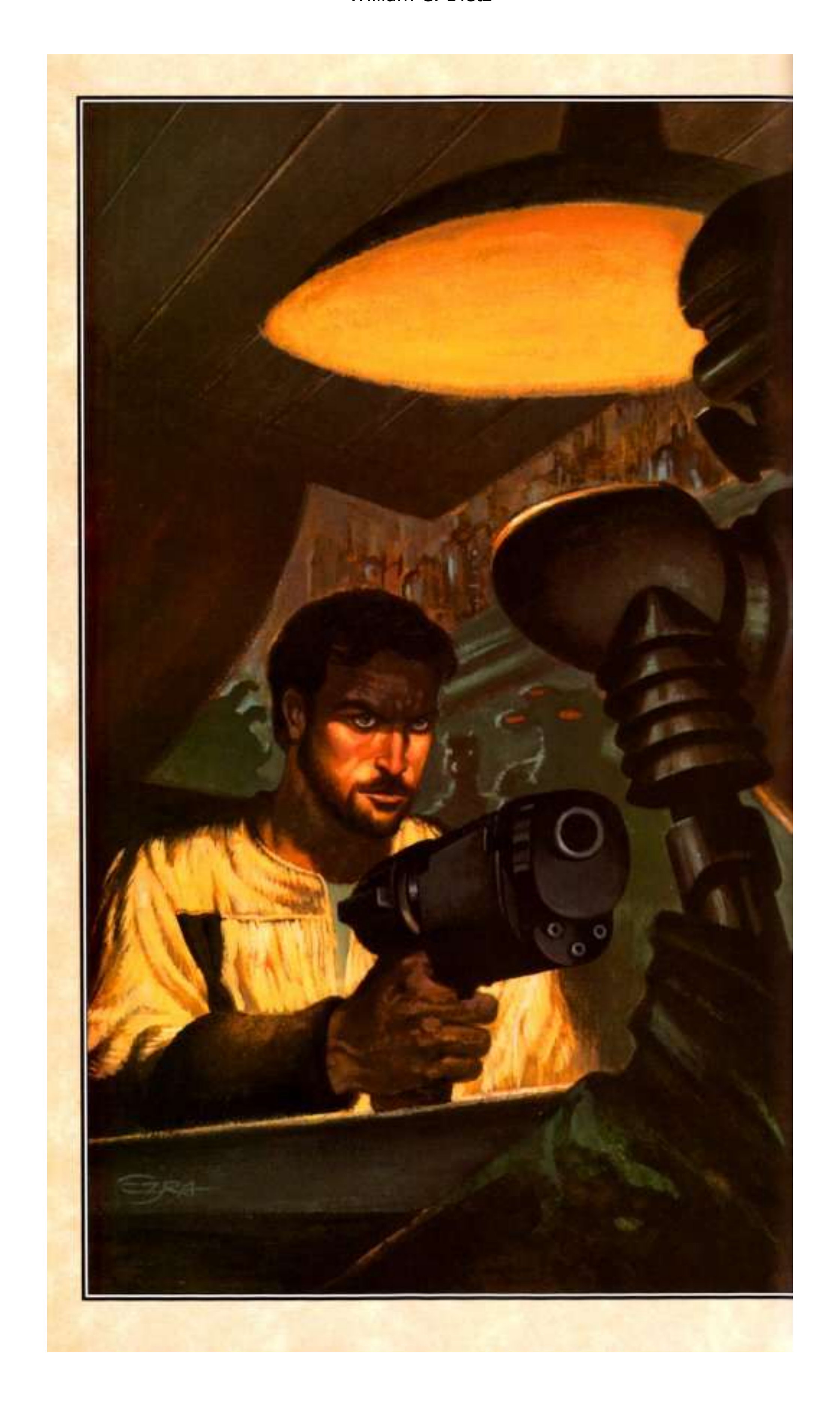
El rebelde no hizo más que plantearse la pregunta cuando alguien presionó un bláster contra su nuca. Algo o alguien se echó a reír, y 88 hizo un ruido chasqueante.

—¡Huy! Eso parece incómodo. Tomaré el bláster para que nadie salga herido.

Kyle dejó ir el arma y observó al droide colocarla en el extremo de la mesa.

—Ahora, ¿dónde estábamos? Ah sí, nuestro amigo Jerec. Tiene muchos planes, Jerec. Por desgracia, tú no entras en ninguno de ellos. Pero no carezco de corazón. ¡Ups! Error mío… ¡Yo no *tengo* corazón! Aún así, podría dejarte vivir, si respondes a mis preguntas.

8t88 sostenía un disco. Era de aproximadamente seis centímetros de diámetro y brillaba bajo la luz.



—¿Te resulta familiar? Bueno, debería. Encontré docenas de estos en la casa de tu padre.

Kyle intentó coger el disco, pero unas manos le frenaron. El droide no pareció darse cuenta.

—Soy muy bueno con los códigos, pero este se me escapa. Quizás podrías ser tan amable de proporcionarme algún consejo. ¿O debo permitir a mis amigos disfrutar de los aspectos más sórdidos de sus personalidades?

Kyle miró el disco y se preguntó lo que habría en él.

—¿El lado sórdido? He vivido en él. Hazme lo que quieras.

8t88 sacudió la cabeza.

—Qué lástima. Cuál es el dicho… ¿de tal padre, tal hijo? No es un pensamiento muy agradable, dada la forma en que tu padre terminó sus días. Que tengas una velada agradable.

El droide se deslizó hacia un lado, se puso en pie y fue hacia la puerta. Alguien se rio entre dientes cuando otro cuerpo tomó el asiento recientemente desocupado. Era un gran, y sus tres ojos montados en tallos estaban inyectados en sangre. Su voz sonaba como una trituradora de grava engranada en una marcha corta.

—¿Me recuerdas? Le llevó tres meses curarse a esta quemadura de bláster.

—No puedo decirte que lo haga —respondió honestamente Kyle—, pero las calles están llenas de basura… y es difícil diferenciar un pedazo de otro.

El gran apenas estaba empezando a responder cuando Kyle extendió la mano sobre su hombro, agarró al segundo cazarrecompensas, un apestoso rodiano, y tiró. El diminuto alienígena hizo un arco por el aire y se estrelló sobre la mesa. El bláster tomó vida propia. Se deslizó por la superficie desgastada y acabó en la mano de Kyle. El gran parpadeó en rápida sucesión.

—Nunca saldrás vivo de aquí. ¡Nar Shaddaa será tu tumba!

Kyle sonrió.

—No estoy interesado en irme. No hasta que concluya algunos negocios con 8t88…

Los cazarrecompensas observaron al rebelde deslizarse para salir del reservado, ponerse en pie, y retirarse.

—Gracias por todo. Deberíamos comer algún día.

Nadie se rio.



Jan Ors guiaba el *Cuervo Oxidado* a través de las partes altas de la ciudad. Había todo tipo de peligros navegacionales (torres, pórticos, plataformas y puentes aéreos) construidos para comodidad de sus dueños, sin tener en cuenta el bien público. Parecía como si una constelación entera de luces rojas de advertencia flotara a su alrededor. Por no hablar de los signos a veces engañosos que podían guiar a pilotos a su destino… o a una bahía de carga aislada donde podrían ser asesinados y sus cargas robadas.

No es que el *Cuervo* atrajera mucha atención, especialmente a la luz de su humilde condición y su aspecto maltrecho. Originalmente era un carguero, había tenido muchos roles desde entonces y había sufrido en el proceso. Sin embargo, era de construcción corelliana, más rápido de lo que parecía y armado hasta los dientes, por lo cual era perfecto para el tipo de trabajos que la Alianza asignaba a su red de agentes.

Jan frunció el ceño, mordió su labio inferior, y cortó el impulso. Una nave robot de forma esférica se elevaba como una burbuja desde el fondo del mar. Sus repulsores iluminaban estroboscópicamente la oscuridad por debajo mientras luces circundaban su amplia sección media. Estática crujió a través de los altavoces de la cabina a medida que la otra nave subía sin rozar las torres cercanas. Una luz se encendió en una torre distante, haciendo que el ventanal de la nave se oscureciera.

Jan comprobó los sensores, escudriñó la noche, e hizo avanzar la nave. La agente rebelde no había avanzado más de un centenar de metros antes de que una formación de tres naves se cruzara en su camino. Las turbulencias hicieron que el *Cuervo* se bamboleara, y Jan luchó por controlarlo. Una voz llenó sus oídos.

—Esto no es ningún aparcamiento. Vuela o aterriza.

Las naves, dos cazas TIE y un bombardero TIE, se marcharon antes de que Jan pudiera responder. Los imperiales, que no faltaban, eran tan arrogantes como siempre. Puede que el Imperio estuviera contra las cuerdas en algún otro lugar, pero no había evidencia de ello en la ciudad vertical. Luchar contra ellos, y lo que representaban, había consumido la mayor parte de su vida, una vida que habría llegado a un final prematuro en el asteroide AX-456 ocupado por los rebeldes si alguien distinto al Cadete Líder Kyle Katarn hubiera liderado la incursión para recapturarlo.

El acto piadoso de Kyle y su posterior amistad habían constituido la base de una exitosa asociación, una en la que él siempre encontraba nuevas maneras de meterse en problemas… y ella de sacarle de ellos. Cuando se lo permitían, en todo caso…

El viaje a Nar Shaddaa servía como un ejemplo excelente. Jan se opuso a la idea y creyó que había convencido a Kyle sólo para descubrir que se había ido sin ella. ¿Qué encontraría? ¿Algunos restos de malhumor? ¿Un tiroteo en toda regla? ¿O al pequeño «¿por qué preocuparse por mí?» en acción? No había forma de saberlo. Kyle era bueno en muchas cosas, pero el trabajo en equipo no era una de ellas.

Un robot de aterrizaje controlado remotamente apareció, ordenó a Jan que lo siguiera, y la guió hacia las plataformas públicas de aterrizaje. Luces relucían estroboscópicamente, y ella las siguió al interior.



Kyle sacó un pequeño comunicador del bolsillo de la cadera, se colocó el auricular en la oreja y oyó un sonido cliqueante. Se volvía más débil cuando giraba a la derecha y más fuerte cuando se orientaba a la izquierda. 88 y el localizador que tenía adherido a su

pierna estaban en movimiento. Había un flujo constante de tráfico peatonal, y el rebelde se abría camino a empujones.

Un twi'lek pasó con sus vestiduras resplandecientes mientras discutía con un comerciante ithoriano.

No había forma de saber quién o qué montaba en la silla de mano de pesadas cortinas, sólo que él, ella o ello debía ser pesado, a juzgar por los droides de construcción elegidos para soportar la carga.

Un oficial imperial apareció, su rango escondido bajo una capa, seguido de cerca por sus guardaespaldas. Kyle sintió los músculos de su estómago tensarse y dejó que su mano cayera hacia la funda de duelo de su cintura. La ciudad vertical no reconocía ninguna autoridad salvo la propia, y el Imperio le requería por deserción, traición, asesinato, y otros crímenes demasiado numerosos como para mencionarlos.

Kyle chocó con un kubaz de larga nariz, ignoró los improperios dirigidos a su espalda, y pasó más allá de una hilera de turboascensores.

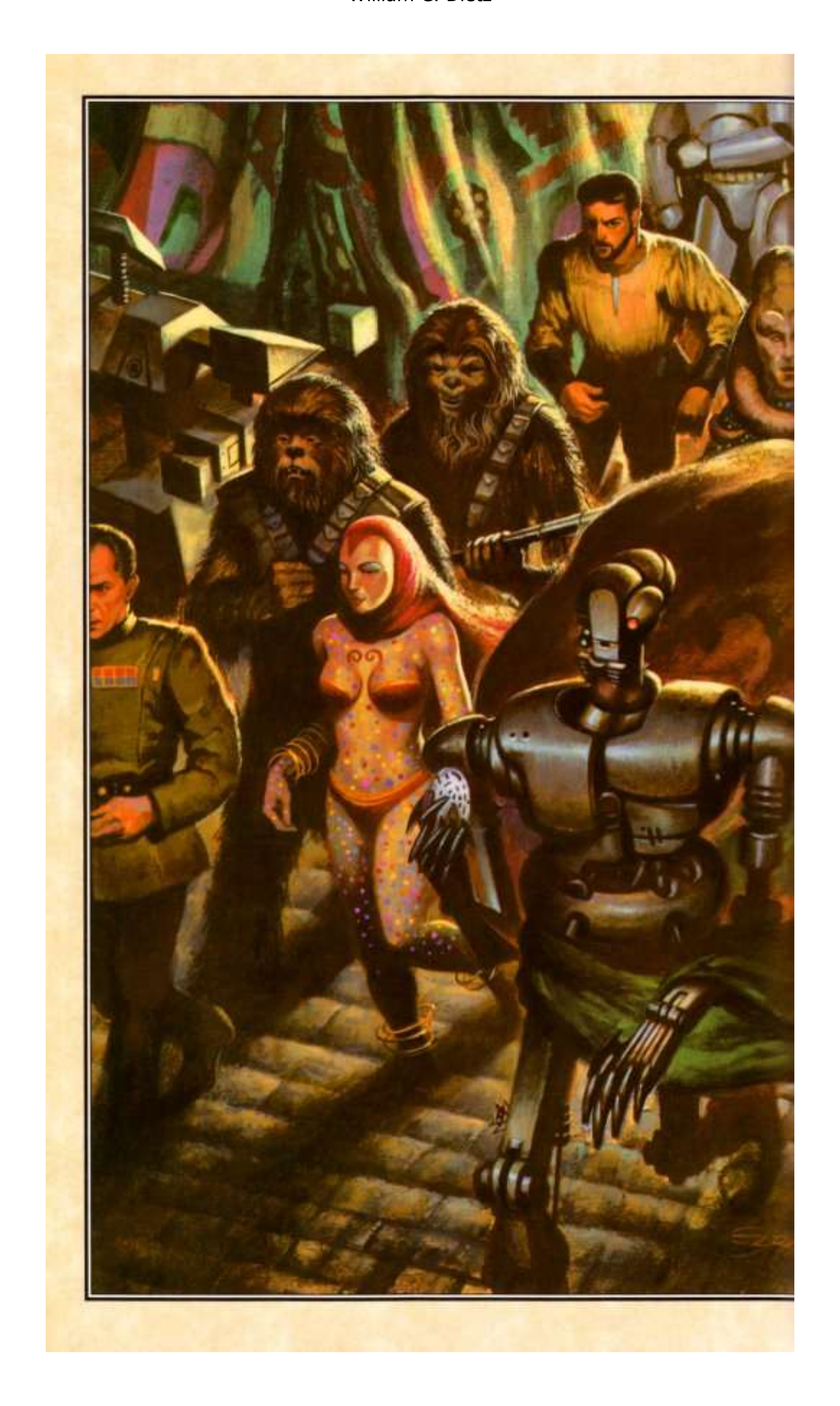
El cliqueo había perdido parte de su premura. El rebelde dio media vuelta, se abrió camino hacia una plataforma de turboascensor ya repleta, y sintió su estómago dar un vuelco cuando se disparó hacia arriba. De todas formas, ¿hacia dónde iba 88? No había manera de estar seguro, pero las plataformas de lanzamiento estaban por encima, y eso sugería una nave. Una vez que 88 se hubiese ido, sería casi imposible recuperar el disco.

El cliqueo se acrecentó y se volvió constante. El droide estaba cerca, *muy* cerca, pero aún más allá de su alcance. El agente maldijo entre dientes cuando la plataforma paró e hizo una pausa mientras una hembra whiphid subía a bordo. Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, el turboascensor reanudó su viaje.

Kyle esperó a que las palabras «Cubierta de Lanzamiento Tres» aparecieran en el arco de entrada y saltó fuera cuando lo hicieron. El localizador era tan ruidoso que Kyle se quitó el receptor del oído. El pequeño comunicador era un excelente sustituto. No había ninguna manera de saber si Jan estaba en las proximidades. Pero podría escucharla siempre y cuándo ella llamara. El rebelde estiró el cuello, vio a su presa desaparecer a través de un portal circular y se apresuró a interceptarla.

8t88 había compuesto cinco mentiras diferentes para justificar su fracaso. ¿Cuál podría creerse Jerec? El droide se preguntaba esto mientras caminaba a través de un portal y descendía un tramo corto de escaleras. Se vio obligado a hacer una pausa. Los clones eran humanos, vestían poco más que harapos, y estaban unidos por pequeños tramos de cadenas. Eran criaturas miserables con incluso menos libertad que un droide común. Un guardia gamorreano emitió una serie constante de gruñidos y resoplidos. Los presos mantuvieron los ojos en la cubierta.

guardaespaldas, un ejemplar muy musculoso conocido por el nombre de Grentho, vio algo y fue a examinarlo. El rastreador se aferró tercamente al principio, luego se liberó y trató de escapar. El humano sujetó el dispositivo con forma de escorpión entre un pulgar muy encallecido y un índice manchado de nic-i-tain.



Mientras 8t88 esperaba a que los esclavos pasaran, el más brillante de sus dos—¡Ey, jefe! ¡Mire lo que he encontrado en su pierna!

8t88 reconoció la pequeña máquina instantáneamente, ordenó al guardaespaldas que la destruyera y echó un rápido vistazo alrededor. Kyle Katarn apareció como si hubiera estado esperando la señal, moviéndose para interceptarlo.

El rastreador chilló cuando Grentho acabó con su vida mecánica. Polvo acarreado por el viento salpicó la piel aleada de 88. Cláxones sonaron cuando una lanzadera imperial invadió la bahía. Como a la mayoría de los su clase, a 88 le gustaba la precisión. El hecho de que la nave se ajustase al horario previsto le complació. Varias clases de unidades de comunicaciones habían sido incorporadas en el cuerpo del droide y él usó una de ellas para contactar con el piloto.

—La puntualidad es una virtud, teniente. Me encargaré de comentárselo a sus superiores. No hay necesidad de aterrizar. Sólo baje la rampa.

La lanzadera retumbó obedeciendo y movió la rampa. Kyle sacó su arma, saltó a la plataforma de abajo y gritó sobre el estruendo.

—¿Qué? ¿Te vas tan pronto?

Chispas volaron cuando la rampa tocó la cubierta. 8t88 sintió un repentino deseo de burlarse del humano. Extrajo el disco de un compartimiento de almacenamiento y lo agitó sobre su cabeza.

—¿Es esto lo que quieres? ¡Ven y cógelo!

Los guardaespaldas estaban alcanzando sus armas cuando Kyle disparó. El rayo de energía arrancó el brazo de 88 con precisión casi quirúrgica. El droide contempló con horror cómo la extremidad ahora cortada giraba a través del aire, arrojando líquido hidráulico en todas direcciones, y finalmente tintineaba golpeando la cubierta.

Kyle observó el brazo rodar hacia el borde de la plataforma, oscilar, y desaparecer. El disco, todavía dentro del puño fuertemente cerrado del droide, siguió al brazo en su viaje.

8t88 agarró su muñón, localizó el tubo similar a una arteria, y lo pellizcó cortando el flujo. Apareció un soldado de asalto, envolvió un brazo alrededor de la cintura de 88 y ayudó al droide a subir. La rampa dejó de tocar la plataforma y comenzó a retraerse.

Un rayo de energía pasó más allá del hombro de Kyle, rozó a un weequay que pasaba, y chamuscó el mamparo de detrás. La no muy inteligente criatura rugió indignada, agitó su pica hacia un grupo de artistas de la arena bith y provocó una estampida.

Kyle devolvió el disparo. Grentho abrió sus brazos como si recibiera a un amigo y cayó de espaldas. Humo se elevó desde el agujero en su pecho.

Al segundo guardaespaldas no le fue mejor. Consiguió subir a la rampa y se dirigía hacia la escotilla cuando un soldado de asalto le disparó en la cara. Se desplomó hacia atrás, cayó de la rampa, y se estrelló en la plataforma de abajo.

La lanzadera se elevó con sus repulsores llameando, giró y se alejó. Kyle envió un disparo de despedida, vio movimiento por el rabillo del ojo y se zambulló para cubrirse. Voló por el aire, deseando que la cubierta estuviera hecha de algo más suave que el duracero, mientras el fuego de bláster chamuscaba la plataforma en la que había estado.

La lanzadera se había ido, y un bombardero TIE imperial había sido desplegado para ajustar cuentas. Se estrelló boca abajo contra otra plataforma, y luchó por respirar.

Todo lo que Kyle podía hacer era ver cómo el bombardero TIE se elevaba y giraba en su dirección. No había ningún lugar donde esconderse. El rebelde miró fijamente el cañón láser y esperó el destello de luz coherente. Todavía esperaba cuando fuego de cañón golpeó por detrás al bombardero. Este se tambaleó y se desvió hacia una pared. La explosión resultante iluminó la zona, disparó varias alarmas y activó los sistemas de emergencia de la torre.

Inyectores instalados en la pared cubrieron los restos con espuma mientras droides de rescate, médicos, y de contención caminaban, rodaban y, en un caso, se deslizaban al rescate.

Sin embargo otra nave apareció a la vista, y Kyle, determinado en seguir luchando, levantó el arma. Estaba a punto de disparar cuando reconoció la proa en forma de pico de la nave. Aunque no era especialmente bonito, el *Cuervo* era una visión bienvenida. Jan estaba preocupada, aliviada y enfadada, todo al mismo tiempo.

—¡Siempre estás en problemas!

El rebelde enfundó el arma.

—No después de que me rescates.

La piloto sonrió a su pesar.

—Vi a los buitres reunirse sobre algo y me imaginé que serías tú. ¿Cómo te las arreglarías sin mí?

Kyle analizó los restos todavía humeantes.

—¡No quiero ni pensarlo! No duraría mucho, eso seguro.

Las alarmas de la cabina comenzaron a sonar, y Jan revisó las pantallas.

—Se acerca más compañía. Salta a la rampa y escaparemos.

Kyle negó con la cabeza.

—Gracias, pero no, gracias. ¡Encuéntrate conmigo en la parte superior! El disco cayó desde la plataforma. Voy a por él.

Jan quiso preguntarle, «¿qué disco?». Quería averiguar qué lo hacía tan importante. Pero ella sabía que Kyle no tenía tiempo para contárselo. Que le zurzan, de todos modos. Era valiente hasta el punto de la temeridad y se probaba a sí mismo constantemente incluso cuando había superado las pruebas… primero, en la Academia Militar Imperial, y más tarde con la Alianza, donde su larga lista de logros era credencial suficiente, o debería serlo.

Todo esto y mucho más pasó por la mente de Jan en un abrir y cerrar de ojos. Algún día habría tiempo para hablar, pero no ahora. Suponiendo que vivieran tanto.

—Entendido… ten cuidado. Nos vemos en la parte superior.

El *Cuervo* giró sobre su eje, hizo una pausa y se fue.

Kyle examinó sus alrededores, vio lo que parecía una escalera de mantenimiento y corrió en su dirección. Era resistente, hecha de duracero y soldada a una pared exterior. Examinándola más de cerca, Kyle vio que la escalera había sido construida para dar

cabida a los bípedos y, a juzgar por el mecanismo de guía montado a su lado, a un droide de mantenimiento altamente especializado. ¿Y si llegaba hasta la mitad y el droide aparecía?

El rebelde miró hacia arriba, miró hacia abajo, y debatió qué hacer. Esta decisión, como tantas otras, fue decidida por él. Soldados de asalto entraron a paso ligero por el otro extremo de la plataforma, se detuvieron, y esperaron órdenes. El suboficial tenía una voz de patio de armas y le gustaba usarla.

—Muy bien, ¡dispersaos y encontradlo! Han puesto precio a su cabeza, por lo que podríais ser ricos por la mañana.

Las palabras del suboficial fueron una motivación más que suficiente. Los soldados de asalto habían sido convocados desde locales nocturnos cercanos y, aunque no estaban del todo sobrios, parecían suficiente para la tarea en cuestión.

Kyle echó una mirada, se volvió sobre el abismo, y localizó el primer travesaño con los pies. Los peldaños estaban muy juntos, como para dar cabida a seres con las piernas más cortas, y fríos como el hielo. El rebelde deseó tener guantes y estiró las mangas para cubrir sus manos, utilizándolas como aislamiento.

La ciudad se levantaba a su alrededor mientras el agente bajaba hacia las profundidades. Con un leve giro de la cabeza, Kyle pudo ver todo tipo de estructuras verticales, cilíndricas, rectangulares, e incluso trapezoidales conectadas por puentes suspendidos, pasos elevados y arcos. Todo estaba tan entrelazado que Kyle tenía la impresión de múltiples troncos que se elevaban de un conjunto común de raíces, como si toda la ciudad fuera parte de un único organismo en el que una amplia variedad de simbiontes y parásitos lograban florecer. ¿Y eso en que le convertía?, se preguntó. ¿Una infestación momentánea?

La idea le hizo gracia. Casi se rio en voz alta cuando una ráfaga inesperada amenazó con hacerle caer. Al menos se sintió como una rafaga, aunque no había nada de natural en el gigante que la causó o acerca de la forma en que el aire golpeó el cuerpo de Kyle.

La nave era demasiado grande para usarla dentro de los estrechos confines de los cañones inferiores de Nar Shaddaa y había forzado su uso sin tener en cuenta la seguridad de los que vivían en las torres circundantes. Un foco de búsqueda barrió el cuerpo de Kyle, se detuvo en la pared a su lado, y regresó. Una voz amplificada y audible sobre los repulsores de la nave surgió.

—¡Hey, tú! ¡El hombre de la escalera! ¡Alto ahí!

Kyle ignoró la orden y aumentó su velocidad de descenso. Un rectángulo de luz blanca apareció a la vista y desapareció. Kyle tuvo la impresión de una mujer vestida de blanco, un oficial mon calamari y un droide cromado. Todos con expresión sorprendida, y la mujer, si ella era típica, asustada.

La gente de la nave estaba molesta. Fuego de cañón barrió la pared bajo las botas de Kyle. No tenía más remedio que subir, incluso si eso significaba regresar a la plataforma de aterrizaje de arriba. ¿O no? Kyle subió hacia la ventana, se detuvo y se asomó a la habitación. Los ocupantes habían huido.

El que comandara la nave se ofendió por la pausa y disparó. Kyle se revolvió hacia arriba, oyó las ventanas de transpariacero hacerse añicos, y vio luces aparecer en la habitación. ¿Soldados de asalto? No, un droide de mantenimiento, enviado para noquearlo.

La nave, incapaz de mantener su posición durante más de unos segundos, había caído dos o tres plantas y estaba en proceso de subir otra vez. Kyle se agachó, echo un vistazo a la ventana y saltó lateralmente.

La maniobra fue más difícil de lo que había pensado que sería. Sus brazos golpearon el alféizar, sus piernas patearon la pared, y la nave flotó a unos metros de distancia. Estaba tan cerca que podría haber sido capaz de ver las caras de la tripulación si se volvía para mirar. ¿Qué estaban haciendo? ¿Esperando a que cayera?

El droide, consciente de sus circunstancias, gimió mientras la nave rugía. La explosión llegó cinco segundos después.

La nave era tan grande, tan poderosa, que tomó cada pedazo del valor de Kyle lanzar una pierna sobre el alféizar, ignorar los cortes que había sufrido, y lanzarse al apartamento recientemente devastado. La nave se dirigió a él vía los altavoces. Él saludó con la esperanza de que siguieran sin disparar. Escombros yacían por todas partes, agujeros habían sido abiertos a través de las paredes, y un fuego ardía en una esquina de la habitación.

No fue nada grácil la forma en que cayó por la ventana, se arrastró hacia la puerta todavía abierta, y se lanzó a través de ella. Apenas la había atravesado cuando la nave disparó. El apartamento recientemente desocupado pareció estallar.

Kyle se puso en pie, corrió por el pasillo, y oyó cómo la nave continuaba disparando. Ventanas rotas, paredes desaparecidas y cocinas explotadas mientras los imperiales sondeaban el interior del edificio. ¿Cuántos habían muerto? Los imperiales ni lo sabían ni les importaba.

El pasillo llegó a su fin; el agente se metió en una salida de incendios y se dirigió hacia abajo. El ataque y el ruido que lo acompañaba se desvanecieron poco a poco.

Era tentador tomarse un momento para reflexionar sobre lo que había pasado, para comprobar todas las heridas que había sufrido, pero Kyle sabía que no debía hacerlo. Los imperiales no se detendrían ante nada, y los refuerzos estaban en camino. Bajó las escaleras de dos en dos.

Kyle consideró usar los turboascensores después de tres o cuatro pisos, pero sabía que sería peligroso y en su lugar siguió por las escalinatas, tubos de caída libre y escaleras de mano. Y no estaba solo. A lo largo del tiempo, otros seres habían sido forzados a salir a los callejones de la ciudad. Ahora ellos los llamaban hogar.

Aun así, tan amenazantes como algunos de ellos parecían, la mayoría no tenían deseos de mezclarse con el lunático de ojos salvajes que salía a toda velocidad de la oscuridad, con sangre oscura coagulada a lo largo de un lado de su cara y la ropa colgándole hecha jirones.

Aparecían como instantáneas, sus expresiones de miedo, odio, o sorpresa se grababan a fuego para siempre en la memoria de Kyle mientras ellos salían de los túneles, le enseñaban los colmillos, o saltaban apartándose de su camino. La gravedad y su propia inercia le hacían continuar descendiendo.

No había mucho tiempo para pensar, para analizar su progreso, pero ciertas cosas eran evidentes. La ciudad estaba construida en capas. Al descender a las profundidades de Nar Shaddaa, Kyle estaba viajando hacia atrás en el tiempo.

El metal bajo sus botas cambiaba a un tono diferente a medida que las viejas aleaciones reemplazaban a las nuevas.

Los siempre presentes grafitis oscilaban de los habituales a jeroglíficos alienígenas y viceversa.

Unos murales hablaban a través de las capas de mugre, contando historias de un pueblo muy rico, una cultura que tenía el arte en tan alta estima que embellecía incluso el más insignificante de los pasadizos.

Restos, incluyendo el casco de una antigua nave espacial, hablaban de los tiempos difíciles también, cuando alguien o algo fue encadenado con grilletes firmemente anclados y pasó días arañando su nombre en la pared.

Cuanto más lejos iba Kyle, más calor hacía… tanto calor que la humedad corría por las paredes, cubriendo de óxido todo a la vista, y sentía su ropa pesada sobre su cuerpo.

La fuente del calor no era un misterio. A medida que Kyle se acercaba a la superficie de la luna, entraba en el reino de los masivos puertos de escape de la ciudad. Construidos para ventilar el excesivo calor emitido por las anticuadas centrales energéticas de Nar Shaddaa, las chimeneas eran una de las razones por las que los residentes de la ciudad habían elevado las estructuras alejándolas de la superficie rocosa de la luna.

El cuerpo de Kyle exudaba sudor mientras bajaba por una antigua escalera de piedra, pasó a través de una puerta destrozada y sobre un extraño esqueleto. El rebelde activó una vara luminosa y llevó el haz de luz al área por delante de él.

Había agua por todas partes, goteando, borboteando y chorreando, como si fuera parte de una conspiración para enmascarar los sonidos que sus enemigos hacían. El agente tragó saliva y sacó el bláster. Su peso era reconfortante.

Una serie de giros a la izquierda sacaron al rebelde de la torre introduciéndolo en un espacio abierto. Una chimenea de escape se elevaba a la izquierda de Kyle, a su derecha los restos de lo que parecía ser un templo, y una plaza se abría frente a él.

La lluvia era caliente y pegajosa. Empapó el cabello de Kyle y corrió por su cara. Moviéndose con cautela, con sus ojos buscando movimiento, el agente se abrió paso hacia delante. Un paisaje compuesto de charcos lo rodeaba. La lluvia los convertía en océanos en miniatura con olas moviéndose en todas direcciones.

La luz se reflejó en algo, y Kyle utilizó el dorso de la mano armada para limpiarse el agua de la frente. La vara luminosa vaciló, le dio un golpecito, y la luz regresó. ¿Podría ser? ¡Sí, allí estaba! ¡El brazo de 88 estaba con el muñón plantado en el suelo y el puño hacia arriba! El disco brillaba con luz reflejada.

Kyle se abrió paso chapoteando y estaba extendiendo la mano para alcanzar el disco cuando un trandoshano emergió bruscamente del agua junto a él. Estaba armado con una vibrohacha y sabía cómo usarla. Parecía que lo que el rebelde había tomado por un charco era mucho más profundo… lo suficientemente profundo como para ocultar a un cazador de recompensas.

Kyle se volvió en la dirección de su atacante, levantó el bláster, y sintió cómo era arrancado de su mano.

El trandoshano estaba orgulloso por la manera en que había desarmado a su oponente desde abajo y planeaba partir el cráneo del humano con un golpe descendente. Un golpe, una muerte. ¡Esa es la manera del guerrero!

Kyle, que no tenía ningún deseo de ser partido como un trozo de leña, se lanzó a un lado. Vio el brazo de 88 y se lo llevó consigo. El agua amortiguó la caída del rebelde, salpicando hacia los lados y derramándose dentro de nuevo.

Furioso por la manera en que el cobarde humano había tratado de evitar lo que el cazarrecompensas veía como un golpe mortal justo y merecido, el trandoshano cargó.

Kyle giró sobre su espalda e instintivamente levantó las manos. La vibrohacha hizo un sonido metálico al chocar contra el brazo de 88. El trandoshano rugió, levantó su arma, y bizqueó cuando Kyle le dio una patada entre las piernas.

El chapoteo resultante trajo ayuda desde las sombras.

—¿Porg? ¿Eres tú? ¿Qué está pasando?

Kyle maldijo, agarró la vara luminosa que estaba flotando, y la apagó. El agente sintió los segundos consumirse mientras buscaba a tientas el contorno familiar del arma. Entonces recordó el truco, el que había aprendido por accidente y había utilizado en el Descanso del Borde. ¿Funcionaría?

El agente se obligó a concentrarse, a dejar de lado el miedo y a *sentir* el bláster en su mano. Repentinamente estuvo allí, con la culata por delante, listo para usarse. Sacó el arma del agua y se preguntó si dispararía.

El aqualish llevaba una luz montada en un rifle bláster y surgió al espacio abierto andando como si fuera dueño del lugar.

Kyle apuntó justo por encima de la luz, disparó al cazarrecompensas en el pecho y vio rebotar el disparo. ¡Armadura! Un disparo en la cabeza, entonces…

El trandoshano se incorporó. Fue una mala decisión. El aqualish disparó primero, el humano después. El trandoshano recibió ambos disparos. El agua hirvió alrededor de la vibrohacha aún en funcionamiento.

El aqualish no sólo estaba sorprendido sino que momentáneamente fue presa del desconcierto y pagó el precio. Kyle le disparó en la cabeza, hizo una pausa para asegurarse de la muerte, y se tomó un momento para sacar el disco del puño todavía cerrado de 88.

Luego, con los gritos de más refuerzos resonando en sus oídos, Kyle decidió correr. Sabía que la vara luminosa podría delatar su posición. Pero se vio obligado a utilizarla. Era eso o herirse a sí mismo con obstáculos invisibles.



Kyle atravesó un antiguo cementerio, zigzagueando entre lápidas suavizadas por la lluvia, y se dirigió hacia un arco apenas visible.

El ruido apenas se notaba al principio pero creció en volumen hasta el punto en que sacudía la tierra bajo los pies de Kyle. *Pum. ¡Pum! ¡PUM!* Sonaba como el latido de un corazón, como si la luna estuviera viva y Kyle hubiera descubierto su pulso.

La fuente del sonido era un misterio al principio pero poco a poco reveló ser una rampa que ascendía en espiral, delimitada por luces muy espaciadas entre sí. Rápidamente se hizo evidente que la cinta transportadora emergía de las profundidades de la corteza del planetoide, la rampa seguía hacia arriba y entregaba mineral a los muelles de carga muy por encima. Kyle había oído hablar de las minas y sabía que desempeñaban un papel importante en la historia de Nar Shaddaa, pero no tenía ni idea de que todavía siguieran operativas.

Mientras que al rebelde no le importaban las minas o el mineral que producían, la cinta transportadora ofrecía innegables posibilidades.

Pasó bajo el arco y subió sobre pilas de piezas lentamente oxidadas que, como los huesos de algún monstruo extinto, yacían esparcidas donde una máquina había caído cincuenta años antes. Una vez libre de su inquietante presencia, se dirigió hacia el punto donde la cinta transportadora emergía del subsuelo. Una carcasa de metal cuidadosamente sellada impedía el acceso.

El agente encontró una escalera de mano. Vibraba en armonía con la maquinaria de encima. Kyle subió rápidamente, llegó a una plataforma de mantenimiento y se detuvo para comprobar si le seguían. Luces, parecía que dos o tres, oscilaban pasando a través del cementerio. Kyle maldijo y se volvió hacia la cinta.

El mineral era de color rojo anaranjado y se movía a dos o tres kilómetros por hora. Saltar a la cinta sería relativamente fácil. Pero entonces, ¿cómo escapar? Miró por encima de su hombro. Las luces estaban más cerca ahora, las primeras habían dejado atrás el cementerio.

Kyle aseguró su bláster y saltó.



Los cazas TIE atacaron el *Cuervo* minutos después de que Jan abandonara la torre. Había dos de ellos y, como el bombardero TIE que ella había destruido minutos antes, mostraban un increíble desprecio por la seguridad de los ciudadanos de Nar Shaddaa. ¿Más de la misma vieja arrogancia… o desesperación nacida de las derrotas recientes? Era una pregunta interesante pero mejor guardarla para más adelante.

Jan giró el *Cuervo* a la derecha, puso la masa de una gran torre entre ella y los cazas, y aplicó más potencia. Unas luces se emborronaron a pocos metros, y su disparo en respuesta destrozó una hilera de ventanas.

El sudor perlaba la frente de Jan. ¿Ahora qué? No podía volar en círculos para siempre. Debía haber un modo mejor. Entonces lo vio, un pináculo distante aún en construcción, los veinte pisos superiores esperaban aún las paredes.

Jan se mordió el labio mientras se zambullía en un cañón bien iluminado. El primer caza TIE se apartó de la torre, intentó un disparo con deflexión, y falló. Uno de los extremos de un puente suspendido cedió y cayó. El extremo libre se estrelló contra un edificio, cortando su última conexión, y desapareció en el abismo.

Jan se preguntó cuántos habrían muerto y continuó intentando alejarse de los imperiales. Zigzagueó entre edificios, consiguió ventaja y luchó por ampliarla. Unos segundos extra más. Era lo único que necesitaba.

El pináculo se elevaba hacia el espacio, el monumento al ego de alguien y un lugar perfecto para esconderse. Jan apagó las luces de navegación del *Cuervo*, dio un giro brusco y se acercó al edificio por el otro lado.

Tomó cada pedacito de su habilidad usar la cantidad correcta de velocidad, guiar la nave por una ranura rectangular, y aterrizarla.

Los cazas TIE pasaron más allá del edificio, no la localizaron, y volvieron atrás. Esta vez eran más lentos y más metódicos pero estaban buscando lo que no debían; una nave volando. Jan esperó, con la esperanza de escapar.

Entonces, uno de los cazas divisó a Jan (o, más probablemente, el calor generado por su motor), y fue a investigar. Jan hizo rechinar los dientes, esperó a que el imperial llenara el rectángulo frente a ella y disparó su cañón. El caza TIE explotó. Las llamas bloquearon la ruta de escape principal de la rebelde.

Sabiendo que la otra nave la encontraría a menos que se moviese, Jan encendió los repulsores del *Cuervo* y se deslizó hacia un costado. Hubo un ruido áspero cuando la superficie del casco se arañó contra el techo, seguido de silencio cuando la agente hizo las correcciones necesarias y buscó una vía de escape.

Estalló energía cuando el caza TIE número dos localizó a la rebelde y disparó. No había mucho que Jan pudiera hacer… a menos que…

Como en todos los edificios altos de Nar Shaddaa, había un hueco para los turboascensores en el centro del pináculo. Un *gran* hueco para turboascensores, capaz de transportar toneladas de suministros a los niveles superiores. Este edificio no era una excepción.

Jan deslizó el *Cuervo* en dicho hueco, lanzó un suspiro de alivio, y se precipitó hacia arriba. El caza TIE, aún en posición y disparando, pareció completamente desprevenido cuando la nave rebelde emergió por la parte superior del edificio y lo rodeó. Disparó los cañones y el caza TIE se golpeó contra un lado del edificio, estalló en llamas y cayó como un cometa. Los restos iluminaron el cañón de abajo.



Kyle estaba hundido hasta las rodillas en el mineral, se agachó para evitar una riostra, y miró hacia arriba a través de la penumbra. Parpadeó cuando la lluvia le alcanzó los ojos. ¿Qué era esa estructura, de todos modos? ¿Una cubierta… o algo mucho más inquietante? Lo que fuera hacía mucho ruido, como si el mineral estuviera siendo aplastado o forzado a través de algún tipo de clasificador.

Por mucho que el agente hubiera disfrutado el viaje, no tenía ningún deseo de quedarse enredado entre la maquinaria. Esperó a la siguiente riostra, saltó tan fuerte como pudo y logró conseguir agarrarse. Hizo una dominada, lanzó una pierna a través de la viga y tiró del resto de su cuerpo hacia la parte superior.

Un rápido escaneo reveló una pasarela a veinte metros. Todo lo que Kyle tenía que hacer era caminar a lo largo de la viga y subir a bordo. Cometió el error de mirar abajo. Era un larga, larga caída. Las luces se balanceaban a medida que sus perseguidores subían una escalera de mantenimiento.

El rebelde maldijo, corrió a lo largo de la viga y pasó a la pasarela. Fue una buena decisión, una que le permitió viajar más rápido. La pasarela llevó a Kyle a una escalera que daba acceso a una plataforma de mantenimiento y a un montacargas cercano. ¡Por fin! Algo en lo que podría descansar.

Una ola de fatiga recorrió a Kyle, y sin el flujo constante de adrenalina para mantenerlo en marcha, se derrumbó en un rincón. El ascensor se paraba de vez en cuando para permitir que un droide subiera o bajara, pero no había señales de persecución. ¿Eso significaba lo que Kyle esperaba? ¿Que les había cansado? ¿Que la persecución había terminado?

La plataforma desaceleró, las palabras «acceso a la azotea» aparecieron en el panel indicador, y el elevador se detuvo. Kyle se puso en pie, esperó a que las puertas se abrieran y se asomó afuera. Nada. Lamentaba no tener el auricular y la unidad de comunicaciones. Ambas cosas habían desaparecido, perdidas en la oscuridad de abajo.

Las puertas comenzaron a cerrarse y zumbaron cuando Kyle usó el bláster para mantenerlas abiertas. Sintieron la resistencia, se abrieron, y le permitieron pasar. El ataque se produjo sin previo aviso cuando un disparo de bláster perforó un agujero a través del hombro de Kyle. Se tambaleó y trató de responder pero se sentía muy, muy cansado. El bláster parecía tan pesado que apenas podía levantarlo. Los cazarrecompensas eran poco más que un borrón. Retrocedió, sintió sus hombros golpear la puerta, y esperó el disparo que acabaría con su vida.

Una voz sonó dentro de su cabeza.

Encuentra la paz en tu interior. Nada puede tocarte allí. La Fuerza te protegerá.

Kyle había oído hablar de la Fuerza y supo instintivamente que «el truco del arma», como él pensaba en ello, se basaba en una fuente de energía externa a sí mismo. Ese conocimiento, además de la extrema desesperación, le hizo escuchar.

Kyle llamó a la Fuerza, se convirtió en uno con ella, y sintió que los eventos empezaban a ralentizarse. Ahora había tiempo, un montón de tiempo para evaluar a los cazarrecompensas desplegados delante de él, levantar su arma y abrir fuego.

El rebelde se sintió ajeno de alguna manera, como atestiguar la vida de otra persona. Observó cómo un rodiano se desplomaba, un gamorreano caía y un humano se derrumbaba.

Una sensación de engreída invencibilidad se asentó en Kyle cuando sus enemigos cayeron como el trigo ante una guadaña. ¡Nadie podía hacerle frente! Nadie era tan inteligente, tan poderoso, tan…

De repente y sin previo aviso, la ralentizada y casi ensoñadora batalla se reprodujo en avance rápido. Un haz de energía chisporroteó pasando al lado de la cabeza de Kyle y él comprendió su error. La Fuerza era una fuente de protección, no de… Una granada explotó, la cubierta desapareció, y su cabeza se golpeó contra el metal.



Jan había aterrizado en la plataforma tres horas antes, pero había sido obligada a abandonarla cuando otras naves llegaron. Tarifas astronómicas, aplicadas por minutos, la dejaron sin otra opción.

Siendo ese el caso, la rebelde había regresado cada media hora o así, aterrizando cuando podía, explorando la zona, y llamando por radio cuando no podía.

Era un aburrimiento, una tarea frustrante, del tipo que siempre acababa haciendo, todo porque lo único peor que trabajar con Kyle era trabajar sin él.

El *Cuervo* estaba en su aproximación final cuando la granada explotó. Jan vio el destello de luz y adivinó el resto. Kyle había llegado, y alguien quería detenerlo. Dio potencia a los motores y trató de comunicarse.

—*Cuervo* a Kyle, ¿me recibes? Cambio.

Silencio.

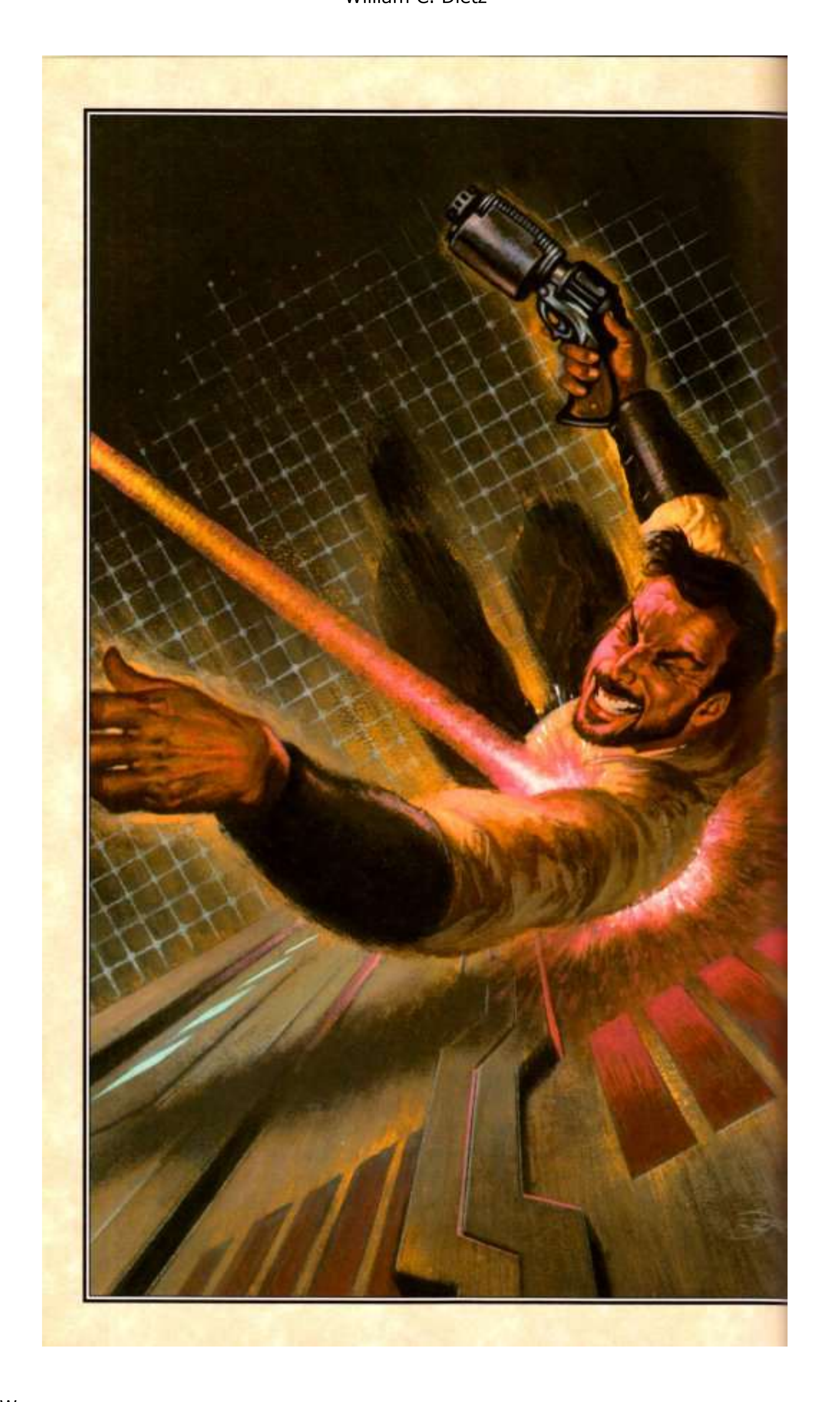
Jan sintió su corazón latir más rápido, activó las armas del *Cuervo* y sentenció a muerte a cualquiera que tratara de detenerla.

Los cazarrecompensas, los que quedaban en pie después de que Kyle adelgazara sus filas, escucharon la nave y se volvieron. Había tres, y ellos, además del cuerpo desplomado sobre los elevadores, era todo que Jan necesitaba ver.

Blásters escupieron fuego mientras la rebelde llevaba la nave a la izquierda, disparaba el cañón de proa, y hacía pivotar el morro a la derecha. Luz coherente surgió, abriendo agujeros a través de los pechos de los cazadores de recompensas y chamuscando la cubierta de detrás. Se tambalearon, giraron, y cayeron, todo sin acercarse al cuerpo inmóvil de Kyle.

El *Cuervo* aterrizó sobre los cuerpos de los cazarrecompensas como un ave carroñera. La rampa cayó y Jan salió con un bláster en cada mano. Un cazador de recompensas, el único aún vivo, vio la expresión en la cara de la agente y siguió haciéndose el muerto.

Jan, con cuidado de mantener un ojo en los alrededores, se abrió camino hacia el cuerpo, todavía inconsciente, de Kyle, enfundó uno de los blásters y utilizó la mano para comprobar su pulso. Era débil pero constante. Como con muchas heridas de bláster, el agujero fue cauterizado cuando el rayo de energía pasó a través de él, y aunque estaba cubierto de sangre, el cráneo de Kyle parecía intacto.



Jan suspiró aliviada, colocó el bláster restante en su cintura y agarró a Kyle por debajo de las axilas. La cabeza de su compañero se movía arriba y abajo mientras la agente lo arrastraba hacia la nave y subían la rampa. Él era más grande que ella, y Jan se vio obligada a detenerse de vez en cuando para recuperar fuerzas.

Finalmente, con la rampa retraída y Kyle asegurado en una litera, despegó. El *Cuervo* se balanceó sobre el abismo, se elevó hacia la oscuridad del espacio, y dejó Nar Shaddaa atrás. Kyle necesitaba ayuda… y Jan la encontraría.

CAPÍTULO 4

La nave hospital *Misericordia*, un acorazado anticuado, dos fragatas de asalto, un escuadrón de cañoneras corellianas, y un surtido navío de apoyo orbitaban un mundo recientemente devastado. Ciudades de cristal coloreado, ahora reducidas a escombros, se fusionaban con llanuras de tierra fundida por el calor. Este era sólo uno de los muchos planetas echados a perder durante los últimos años.

El *Misericordia*, que fue «liberado» mientras todavía estaba bajo construcción, era enorme. De más de dos kilómetros de largo y un cuarto de kilómetro de ancho, podía albergar hasta cinco mil pacientes, además del equipamiento, droides y el personal necesario para dirigirlo y mantenerlo.

Sin embargo, a pesar de su considerable tamaño, el *Misericordia* estaba gravemente superpoblado. Más de seis mil heridos rebeldes estaban metidos dentro de su casco. Llenaban los pabellones y se esparcían por los pasillos, donde permanecían sentados o yaciendo en camas improvisadas. Peor aún era el hecho de que los pacientes que deberían haber sido sumergidos en uno de los 4250 tanques de bacta de la nave se veían obligados a esperar.

Eso significaba que antiguos y menos efectivos procedimientos médicos tenían que ser utilizados. Y eso significaba que algunos de los heridos sufrirían incapacidades permanentes, ya que la terapia de bacta, cuanto más se retrasaba, menos eficaz se volvía.

Jan sintió un nudo en la garganta mientras se abría paso a través de los corredores atestados y vislumbraba cuerpos partidos en dos, cabezas sin rostro, y seres tan quemados que no podía determinar si eran humanos o miembros de otras especies.

El hecho de que ella no fuese inmortal, que podría haber sido una de ellos, le revolvía el estómago. Jan sabía que nunca olvidaría los pasillos del *Misericordia*, los sacrificios que sus compañeros rebeldes habían hecho, o el verdadero precio de la libertad.

Tardó quince minutos en llegar a la sala de bacta 114. Tres unidades de reemplazo se habían puesto en servicio y se colocaron en el pasillo. Contenían lo que quedaba de la tripulación de doce personas de una cañonera. La nave, la *GS-138*, había sido emboscada

mientras estaba en una incursión de alto secreto. Los restos y algunas cápsulas de escape era todo lo que quedaba cuando llegó la ayuda.

Los supervivientes, incluyendo un hombre, una mujer y un varón mon calamari, estaban suspendidos en bacta y afortunadamente inconscientes. Medallas colgaban de los cables improvisados que conectaban sus tanques a los sistemas de monitorización computarizados de la nave. Notas, dibujos, e instantáneas estaban pegadas a los tanques. Un médico de aspecto cansado se volvió para saludarla. Era calvo y con un poco de sobrepeso.

—¿Sí?

—Estoy buscando a un paciente llamado Kyle Katarn.

A pesar de que no había ninguna señal externa de su condición especial, la sala 114 se reservaba para los miembros de los contingentes de Inteligencia y Operaciones Especiales de la Alianza. Aunque no era especialmente agradable pensar en ello, el hecho era que algunos heridos eran considerados más importantes que otros, y Kyle (si no de total confianza, un agente competente y probado) estaba en la lista de candidatos para recibir tratamiento médico de alta prioridad. Siendo ese el caso, había ciertas medidas de seguridad en el lugar.

El médico se consideraba a sí mismo una especie de experto en lo que se refería a tipos misteriosos. El traje de vuelo civil, la pistola no estándar, y los ojos encantadores apuntaban a una conclusión: un espía venía a ver a otro espía. A veces se ponían nerviosos, por lo que había que tener cuidado. El médico mantuvo su voz neutral.

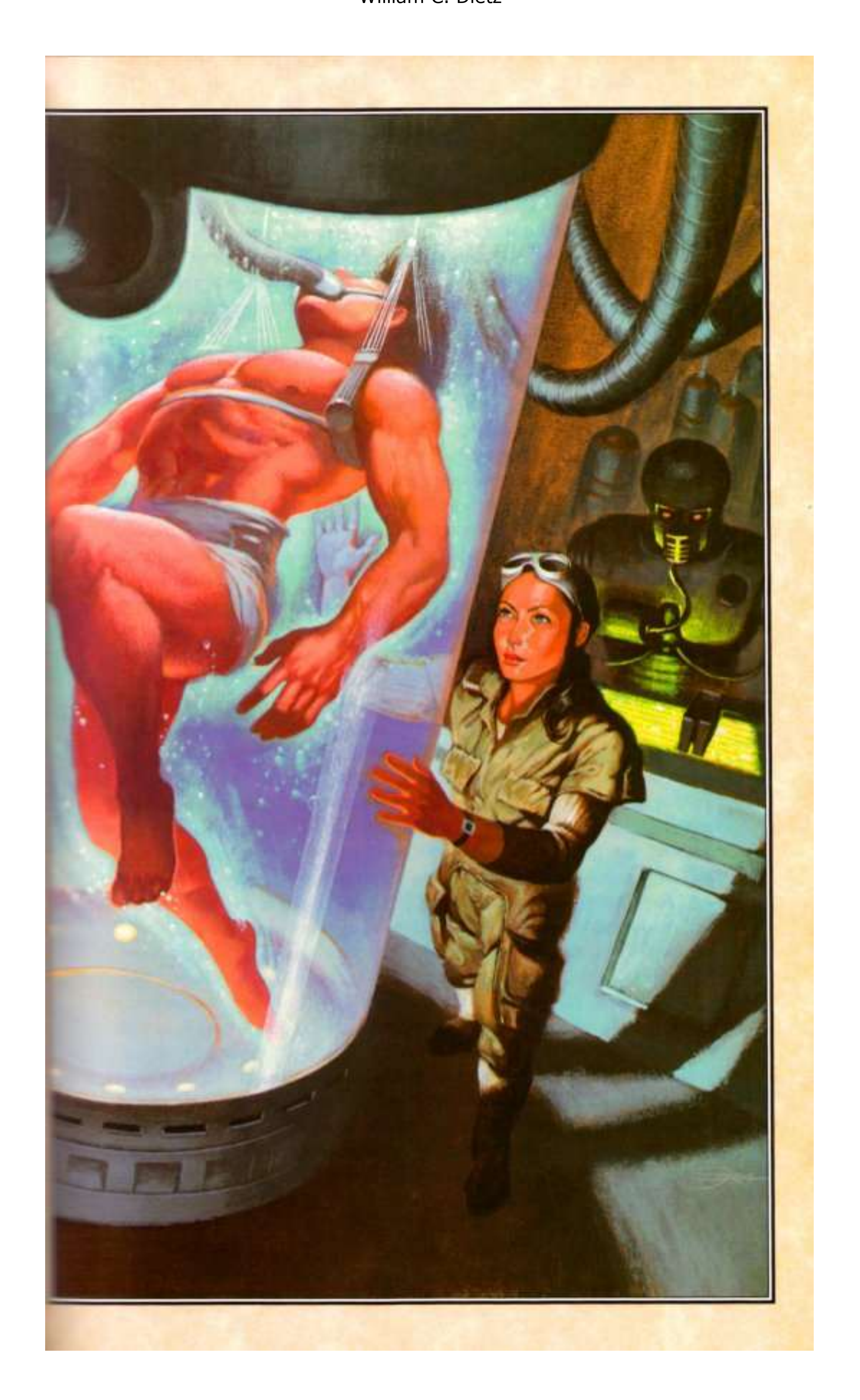
—¿Puedo ver su identificación?

Jan le entregó su tarjeta y vio cómo la pasaba por el lector. El médico comprobó la lectura y asintió hacia una escotilla.

—Su amigo está en el tanque veintitrés. Le sacaremos más tarde hoy. Eso es positivo, ya sabe. Estará en pie y caminando pronto.

Jan le dio las gracias al médico, activó la puerta y caminó dentro. Un droide de mantenimiento estaba trabajando en un tanque vacío, y aparte de ruidos suaves de herramienta, la sala estaba tranquila. El aire tenía un olor ácido que habría sido agradable si no fuera por las vistas que le acompañaban. Los tanques estaban numerados y contenían cosas que Jan no quería ver, cosas que flotaban como especímenes en frascos. Algunos parecían intactos, pero otros tenían evidentes heridas. La agente se alegró de que estuvieran dormidos.

El tanque 23 parecía como aquellos a su alrededor excepto por el hecho de que nadie había dejado medallas ni notas en él. Kyle flotaba ahí, su cuerpo acurrucado en posición fetal, sus cabellos flotando como algas a la deriva. Parecía inocente, más un muchacho que un hombre.



La agente se acercó a la unidad y colocó las manos sobre la superficie de transpariacero del tanque. Estaba fresca y húmeda, como piel recién lavada o el casco de una nave espacial. Algo se atragantó en la parte posterior de su garganta cuando Jan recordó los tres largos días en que la condición de Kyle había vacilado entre bien y mal. Ella estabilizó la herida del hombro, pero la conmoción le llevó a vomitar y a períodos de inconsciencia, síntomas que la nave algo limitada en referencias médicas señaló como graves.

Pero consiguieron llegar a espacio rebelde, y mientras Kyle entraba en el tanque de bacta 23, Jan se derrumbó en una litera. Doce horas de sueño la dejaron descansada pero preocupada. No tenía ni idea de qué había estado haciendo Kyle en Nar Shaddaa o de por qué había ido tras el disco. Este no era el tipo de admisión que quería hacer a sus superiores. Especialmente cuando *ella* era su superior y estaba nominalmente al cargo.

Cada tanque de bacta tenía un pequeño armario donde se guardaban los objetos personales. Jan se arrodilló, tiró de la puerta y lo abrió. Las ropas de Kyle estaban allí junto con su arma y sus botas. Ella rebuscó a través de los bolsillos y encontró una billetera, un holocubo y, sí, el misterioso disco.

Jan se sintió dividida. No tenía derecho a fisgar en las pertenencias de Kyle. Pero se supone que los agentes no *tienen* ninguna privacidad… no para sus compañeros. A pesar de que Jan tenía plena confianza en Kyle, era difícil convencer a otros para que sintieran lo mismo, especialmente en momentos como este.

Activó el holoproyector, observó a Morgan Katarn despidiéndose de su hijo, y se mordió el labio inferior. La cartera fue lo siguiente. Ella había mirado a través de los contenidos y estaba a punto de devolverla cuando vio algo inesperado. ¡La agente se encontró con una instantánea en 3D de sí misma! ¿Cuándo y cómo la había obtenido Kyle? No había forma de saberlo. Pero el hecho de que estuviera allí significaba mucho.

Cayeron lágrimas por las mejillas de Jan cuando deslizó el disco en su bolsillo, devolvió el resto de pertenencias de Kyle al armario y se levantó. Sus dedos dejaron contornos en la cubierta de transpariacero. Las huellas se desvanecieron cuando ella quitó las manos.

—Lo siento, Kyle… te quiero.

Entonces, caminando rápido con el fin de completar la tarea lo más rápidamente posible, Jan dejó la sala. El medico la vio irse, deseó que alguien se preocupara lo suficiente para llorar por *él*, y volvió a su trabajo. Había historiales que actualizar, y el Teniente Comandante Nidifer podría comprobarlo para asegurarse de que estaba hecho.



Jan pasó la mayor parte de dos horas tratando de acceder al contenido del disco, pero finalmente se rindió. El contenido estaba encriptado, y no pudo descifrarlo. Necesitaba ayuda, ayuda experta, el tipo de ayuda que residía en la nave insignia.

En lugar de solicitar autorización para despegar con el *Cuervo* y recorrer la distancia relativamente corta hasta la *Nueva Esperanza*, Jan decidió aprovechar el servicio de lanzadera regular. El viaje al acorazado reformado tomó menos de quince minutos. Una vez a bordo, la agente fue en busca de un viejo conocido, un amigo de su padre, actualmente a cargo de la sección de Contramedidas Electrónicas de la nave insignia. Su nombre era Oficial Técnico Jefe Xiong Wong, «Jefecito» para sus amigos y «ese miserable viejo» para aquellos que maltrataban su equipo y se les pillaba haciéndolo.

Encontró a Jefecito de la misma manera que siempre, preguntando a sus subordinados dónde estaba el problema y descendiendo a las entrañas de la nave. Después de eso, era una simple cuestión de seguir un rastro de herramientas abandonadas temporalmente a través de un espacio pequeño hacia una bahía de equipamiento iluminada. El oficial técnico, junto con dos de sus técnicos, trabajaba duro. Los cables se retorcían en cinco o seis direcciones y convergían en una caja de conexiones abierta.

Jefecito le echó una mirada, dio un grito de alegría, y se ofreció a comprar su almuerzo… una invitación puramente simbólica, ya que cualquiera podía entrar en el comedor de forma gratuita.

Jan aceptó, ignoró las miradas y, siguió a Wong fuera. Había muy pocas posibilidades de que él pudiera acceder al disco. Pero él conocía a gente que podría.



Kyle se despertó entre sábanas nuevas y limpias. Recordaba el tanque de bacta, pero no lo veía por ninguna parte. El sueño le abatió. Soñó con la casa de su padre, con Jan mirándole a través de una ventana, y con un hombre que nunca había visto antes. El hombre tenía la piel oscura y vestía una simple túnica blanca. Había algo en su voz, en la forma en que hablaba, que atrajo la atención de Kyle.

—Una encrucijada yace ante ti… El mismo hombre que asesinó a tu padre contempla un mal aún mayor. Su nombre es Jerec, y busca un lugar llamado el Valle de los Jedi, un lugar donde quedaron atrapados miles de espíritus Jedi, un lugar de poder casi inimaginable, un lugar que él nunca debe alcanzar. Porque si lo hace… los resultados podrían ser catastróficos. Imagina a alguien que pudiera destruir una estrella con un susurro, erradicar un sistema solar con un chasquido de sus dedos, o sacar un planeta de su órbita con un pensamiento.

»Tu padre dio su vida por proteger este lugar… y el poder que contiene. Su destino estaba unido a él… y tu destino está unido al suyo.

»Tu aprendizaje ha comenzado desde hace algún tiempo. El disco te ayudará a absorber la senda del Jedi. Apréndela bien y apréndela rápidamente, porque el tiempo apremia.

Rahn se desvaneció de la vista, aparecieron formaciones rocosas de extraña apariencia, y Kyle se esforzó en ver. La imagen se estabilizó por un momento, se

desenfocó y se desvaneció. El nombre de Jerec significaba algo, pero él no podía recordar qué. Kyle estaba pensando en eso, o intentándolo, cuando el sueño le abatió, otra vez.



El Oficial Técnico Jefe Xiong Wong utilizó una llave hidráulica para golpear la escotilla.

—Hey Cables, sé que estás allí, así que abre.

Silencio.

Wong miró a Jan y guiñó un ojo.

—No te preocupes. Tengo una manera segura de conseguir su atención.

La llave golpeó otra vez.

—Está bien, Cables. Como quieras. El Teniente Comandante Olifer parece un hombre razonable… El hecho de que te hayas apropiado del treinta y dos por ciento del exceso de capacidad del ordenador de rastreo para tu propia ganancia personal no le molestará lo más mínimo.

La escotilla se abrió y un hombre pequeño con una nariz larga y fina se asomó. Tenía ojos pequeños, redondos y brillantes. Recorrieron el cuerpo de Jan y se posaron sobre Wong.

—¿Cuál es el problema, Jefecito? Estoy ocupado.

—Ocupado gestionando un casino virtual —dijo Wong sosegadamente—. No es que me importe… siempre que tu ordenador esté listo para el combate.

—¿Y? ¿Has venido a decirme eso?

—No —respondió Jefecito con calma—, he venido para que me ayudes con esto. —Wong sostuvo el disco entre el pulgar y el índice. La luz se reflejó en su superficie—. Está protegido contra lectura, y mi amiga quiere acceder.

Cables miró del disco a la cara del oficial técnico.

—Lo pirateo, ¿y me dejas en paz?

—Afirmativo.

—¿Y Olifer?

—Seguirá dichosamente ignorante hasta que tu codicia te delate.

—Hecho. Vamos a ello.

Jan pasó las siguientes dos horas en el almacén abarrotado que Cables había reformado para sus propios ruines propósitos. Había muy poco que la agente pudiera hacer para ayudar, pero se sintió obligada a quedarse. En parte porque Jefecito lo hizo, y en parte porque Cables no era claramente de fiar.

El experto informático sabía lo que hacía, pero, no obstante, era un proceso lento. En primer lugar, aplicó algunos programas de cifrado extraoficiales estándar. No funcionó. Más que un poco enfadado ahora, y mucho más comprometido ante el reto, Cables lo intentó de nuevo. El siguiente programa que ejecutó usaba un código fuente que él mismo había escrito. Ni siquiera eso funcionó la primera vez, aunque Jan pudo vislumbrar a un hombre de mediana edad que se parecía mucho a Morgan Katarn.

Finalmente, con un grito de triunfo, Cables logró abrir una brecha parcial. Era como mirar fijamente a través de una tormenta de nieve, y la estática hacía que algunas de las palabras fuesen difíciles de oír, pero no había ninguna duda de lo que decían.

Jan hizo jurar a ambos hombres mantener el secreto, tomó el original *y* la copia parcialmente descifrada y dio a Jefecito un abrazo. Cables parecía que hubiera disfrutado de un abrazo también, pero se vio obligado a conformarse con un apretón de manos. El camino desde el almacén hasta el puente del acorazado fue uno de los más largos que Jan hizo en su vida.



Como el acorazado en sí mismo, la cabina databa de los días preimperiales y era muy espaciosa, unos aposentos apropiados para un almirante cuyas funciones eran principalmente ceremoniales.

La nave tenía algunos elementos de Churba, donde había funcionado como un museo de la guerra orbital hasta que fue «liberada» por los rebeldes y reacondicionada. Sin embargo, no había ningún recurso que derrochar en decoración, lo cual explicaba por qué los mismos tapices que decoraron los mamparos antes de la Rebelión todavía colgaban allí, añadiendo un olor algo mohoso. Mon Mothma se había acostumbrado al olor, pero Leia Organa, formalmente *Princesa* Organa, no. Ella estornudó, y su hermano, Luke Skywalker, dijo:

—Salud.

Mon Mothma, quien estaba profundamente ocupada en un problema logístico, se dio poca cuenta. Estornudos y lo que la gente decía ante ellos eran menos importantes que los suministros médicos y los sistemas utilizados para distribuirlos. Mon Mothma llevaba el cabello corto para reducir su mantenimiento al mínimo y prefería túnicas sueltas, vestidas con un solo broche o cierre, a las túnicas y pantalones que Leia prefería. Tal vez fue un hábito que cogió durante sus años como senadora o, y esto parecía más probable, era una cuestión de comodidad. Sea cual fuese la razón, la túnica de la administradora se agitaba de un lado a otro a medida que ella se movía de aquí para allá.

—Y por tanto —continuó ella—, la distribución eficiente de los suministros médicos no sólo salvará vidas, indicará las prioridades del gobierno y nuestra capacidad para cumplir con ellas.

Luke, que sabía que debía preocuparse por tales asuntos, se esforzaba en prestar atención. Los asuntos administrativos y políticos que Mon Mothma y su hermana encontraban tan fascinantes a menudo lo dejaban frío o, más exactamente, aburrido. Siendo el caso, miró esperanzado cuando uno de los ayudantes de Mon Mothma se deslizó en el compartimiento y susurró algo al oído de la administradora. Cualquier tipo de distracción sería bienvenida. La administradora escuchó, asintió y dijo algo en respuesta.

El ayudante se retiró y Mon Mothma se dirigió a sus invitados.

—Disculpad la interrupción, pero parece que algo bastante urgente ha surgido.

Leia y Luke se levantaron para marcharse, pero Mon Mothma les hizo un gesto para que se quedaran.

—No. Agradecería vuestras opiniones en esto.

La escotilla se abrió, y entró una mujer. Leia notó que era bonita, aunque ella no parecía ser consciente de esto, y vestía un traje de vuelo civil. El hecho de que hubiera pasado a través de un control de seguridad y todavía llevara un arma constataba su autorización. Mon Mothma dio a la recién llegada un abrazo y se volvió hacia sus invitados.

—Jan, esta es Leia Organa y su hermano Luke Skywalker… Leia, Luke, esta es Jan Ors. Fue Jan, junto con un agente llamado Kyle Katarn, quien robó los planos de la Estrella de la Muerte del laboratorio de Danuta.

Jan sintió la sangre correr por sus mejillas. ¿Leia Organa? ¿La *Princesa* Leia Organa? ¿Y *Luke Skywalker*? ¿El Caballero Jedi? Ambos eran famosos. Ella no estaba segura de qué tipo de bienvenida podría recibir.

Pero no había ninguna duda en el entusiasmo que mostraban, en la calidez del apretón de manos de Leia, o en la sonrisa en la cara de Skywalker mientras rodeaba la mesa para saludarla.

—Es un *verdadero* placer… Lo que hiciste tuvo agallas. Y salvó muchas vidas. Gracias.

Jan se ruborizó otra vez, tartamudeó algo sobre cómo Kyle había llevado a cabo la parte más difícil de la misión, y se alegró cuando Mon Mothma llevó la conversación de vuelta al presente.

—¿Tienes algo de qué informar? ¿Algo sobre un valle?

Jan asintió.

—Se llama el Valle de los Jedi.

Luke se enderezó.

—¿Qué has dicho? ¿El Valle de qué?

Alarmada y algo desconcertada, Jan repitió el nombre.

—El Valle de los Jedi… ¿Por qué? ¿Has oído hablar de él?

Luke parecía pensativo.

—Sí, he oído hablar de él. Primero a Yoda. Y luego a otros. Sin embargo, ninguno de ellos realmente lo vio… y eso me da que pensar…

Jan se encogió de hombros y sostuvo el disco para que lo vieran.

—Bueno, el padre de Kyle pensaba que era real y dejó un mensaje a tal efecto.

Leia frunció el ceño.

—¿*Pensaba* que era real? ¿Qué le ha ocurrido?

Jan recordó el holo que ella y Kyle vieron a bordo del *Estrella del Imperio* y se estremeció.

—Los imperiales asesinaron a Morgan Katarn y colocaron su cabeza en una pica.

Luke levantó una ceja.

—¿Fue *decapitado?* ¿Así es como lo mataron?

—Eso creo. ¿Marca eso alguna diferencia?

La mano biónica del Jedi se desvió hacia el sable de luz a su lado.

—Tal vez sí, tal vez no —respondió vagamente—. Pero he observado que las decapitaciones son tan raras como las armas utilizadas para llevarlas a cabo.

Jan estaba justo empezando a considerar las implicaciones de eso cuando Mon Mothma hizo un gesto hacia el disco.

—Veamos lo que Katarn tiene que decir.

Jan se disculpó por la calidad y colocó el disco en un reproductor. Lo que pareció una tormenta de nieve se arremolinó, estática crujió, y una imagen apareció. El hombre tenía el pelo gris, casi blanco, y una barba plenamente desarrollada. Sus ojos eran amables pero cansados. Un taller o un área similar aparecía en el fondo.

—Este mensaje está dirigido a mi hijo Kyle Katarn —*crujido… chasquido… crujido*…—. Kyle, he dejado dos elementos muy importantes para ti. El primero es un mapa para llegar al Valle de los Jedi, que está incrustado en el techo de piedra de esta habitación. El otro es un sable de luz que perteneció a un Jedi llamado Rahn. Úsalo bien. Úsalo para el bien.

Mon Mothma conocía a Rahn y se preguntó dónde estaría. Luke había oido del Jedi por Yoda.

Leia rompió el silencio.

—Sin ofenderte a ti o a la familia Katarn, pero, ¿y qué? ¿Por qué debería involucrarse la Alianza? Los recursos son escasos. Deben ser asignados con cuidado. —Mon Mothma asintió en acuerdo.

Jan se sintió a la defensiva y trató de ocultarlo.

—A los imperiales les preocupa, por lo que a nosotros debería preocuparnos. Trataron de quedarse con el disco, lo perdieron ante Kyle, y lucharon por recuperarlo. Esa es la mejor respuesta que os puedo dar.

Luke intervino antes de que Leia pudiera responder.

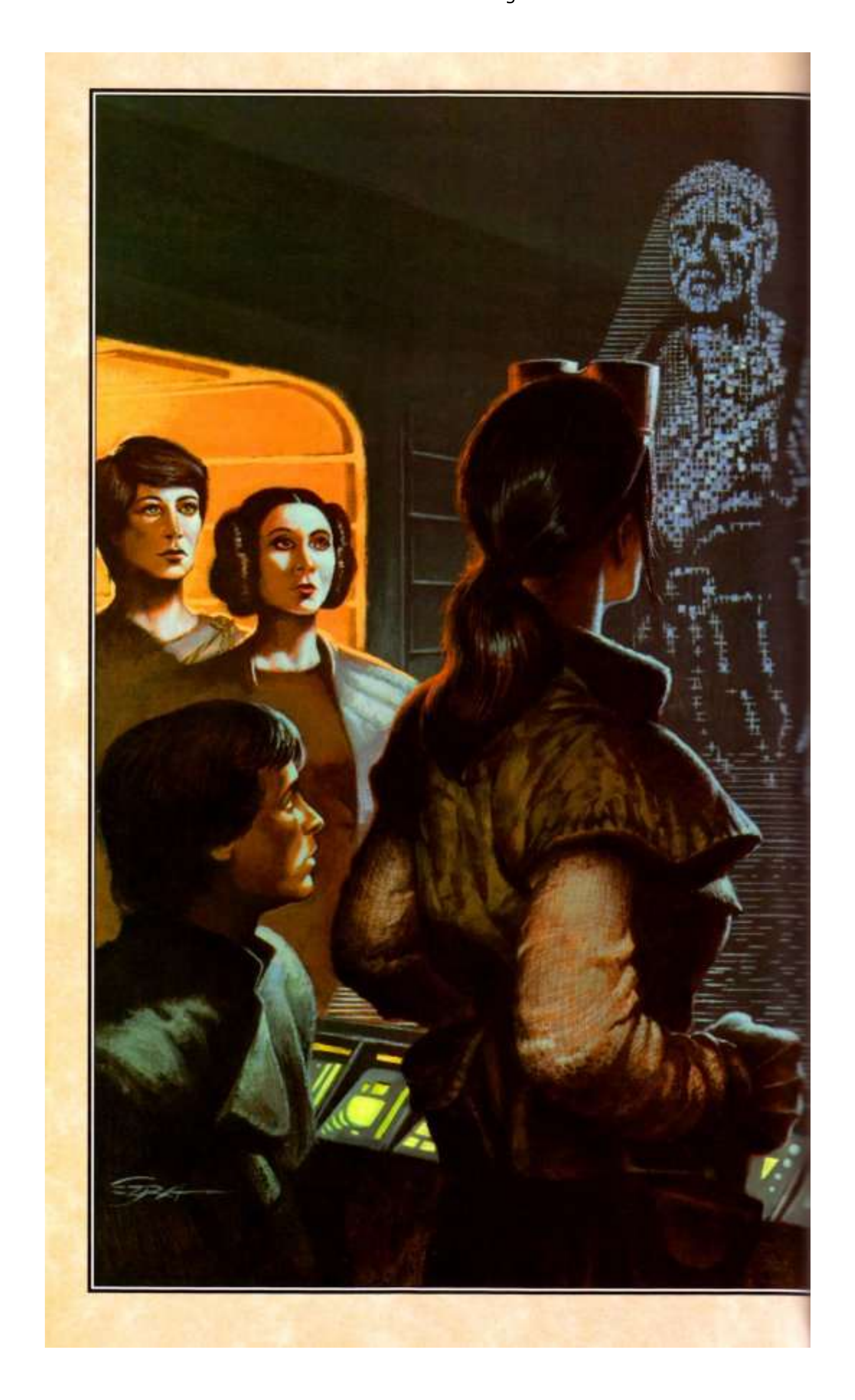
—Escucha la leyenda, y lo entenderás.

Mon Mothma empezó a decir algo aunque se lo pensó mejor. Luke continuó.

—Hace cientos y cientos de años, un Jedi llamado Kaan se apartó de la luz y fundó la Hermandad de la Oscuridad. La Hermandad usó el Lado Oscuro de la Fuerza para construir un imperio e iban por buen camino con su expansión cuando un ejército se alzó para oponerse a ellos.

»El ejército opositor consistía en seres de muchas especies y planetas, representaban a todos los ámbitos sociales. Pero tenían una cosa en común. Eran Jedi.

»Los dos bandos se encontraron en un mundo remoto y poco conocido. Se intercambiaron salvas de pura energía, tormentas rugieron a través de la tierra, y los relámpagos brillaron en el cielo. Ciudades enteras fueron destruidas, una especie fue empujada hasta el borde de la extinción, y los espíritus se separaron de sus cuerpos.



»Finalmente, después de días de combate mortal, la Hermandad fue derrotada. Sabiendo que había perdido pero incapaz de aceptar la derrota, Kaan atrajo a sus oponentes hacia un valle. Y fue allí donde la Hermandad de la Oscuridad se suicidó, llevándose a buenos Jedi con ellos. No a la libertad de la muerte, sino a un estado de animación suspendida en el que permanecen atrapados.

»Sus espíritus deben ser liberados para permitirles unirse a la Fuerza, pero hay quienes quieren explotar la energía que representan y usarla para el mal. Suponiendo que las historias sean ciertas, suponiendo que existe un lugar así, merecería la pena luchar por él.

Hubo un silencio momentáneo mientras el resto del grupo consideraba la historia. Jan fue la primera en hablar.

—Kyle se levantará pronto. Nosotros encontraremos el mapa.

Mon Mothma negó con la cabeza.

—No creo que sea muy buena idea, Jan. Kyle necesita tiempo para curarse.

Leia vio la forma en que los ojos de Jan se estrecharon, la manera en que su boca formó una línea dura, recta, y sabía que la agente no estaba de acuerdo. Lo que ella no sabía era la medida en que Jan había madurado durante el último año, dándole el valor para desafiar la autoridad de Mon Mothma.

—Con el debido respeto, agentes resultan heridos a todas horas y son vueltos a lanzar a la acción en el momento en que pueden caminar. Si esto es por Kyle y el hecho de que fue un oficial imperial, entonces dilo.

El hecho de que el agente en cuestión hubiera sido un miembro de las fuerzas militares imperiales era nuevo para Leia y Luke. Intercambiaron miradas, pero se mantuvieron en silencio. Mon Mothma no sintió tales reparos.

—Está bien, puede que no sea justo, pero no confío en él. Es un graduado de la Academia Militar Imperial. ¿Cómo podemos estar seguros de su lealtad?

Leia miró de una mujer a la otra y dijo lo que sentía.

—Han era un contrabandista, y algunos dicen cosas peores. Se *graduó* en la Academia, sin embargo confías en él. Las personas pueden cambiar.

Jan lanzó a Leia una mirada de agradecimiento. Eso confirmó lo que Leia había sospechado desde el principio. Jan Ors estaba enamorada de Kyle Katarn… para bien o para mal.

Si Mon Mothma estaba molesta, no dio señales de ello.

—Bien, Luke, tú has oído ambos lados de la cuestión. ¿Qué piensas?

El Jedi estaba mirando al suelo, perdido en sus pensamientos. Sus palabras llegaron lentamente, como desde la distancia.

—Creo que la segunda parte del mensaje se apoya en la primera. ¿Qué dijo Katarn? ¿Algo sobre un sable de luz que perteneció a Rahn? El regalo implica el talento… talento y algunas conexiones más que siento pero que no puedo poner en palabras. Creo que podemos confiar en Kyle. La verdadera pregunta es si él puede confiar en sí mismo. ¿Un

Jedi autodidacta? Muchas cosas podrían ir mal. Aun así, el camino es suyo, y él debe recorrerlo.

Mon Mothma pareció pensativa por un momento y se volvió hacia Jan.

—No digas nada de esta reunión. Deja que Kyle haga lo que él quiera. Si es la mitad de hombre de lo que dices que es, todo irá bien. Si se vuelve contra nosotros… mátalo. ¿De acuerdo?

¿Kyle? ¿Un Jedi? ¿Era posible tal cosa? ¿Y qué pasaba con las órdenes de Mon Mothma? Jan recordaba Danuta y el momento en el que había apuntado con el bláster a la cabeza de Kyle. Ella no fue capaz de hacerlo entonces. ¿Podría hacerlo ahora? Probablemente no. Pero asintió de todos modos.

—De acuerdo.

Leia vio la mentira y se permitió la más pequeña de las sonrisas. La vida nunca había sido, y nunca sería, simple.



Kyle se cernía en algún lugar entre el sueño y la vigilia. Escuchó al médico entrar en la habitación, lo miró a través de ojos cuidadosamente entrecerrados y mantuvo silencio. La herida del hombro la sentía mejor, *mucho* mejor, pero no estaba de humor para hablar.

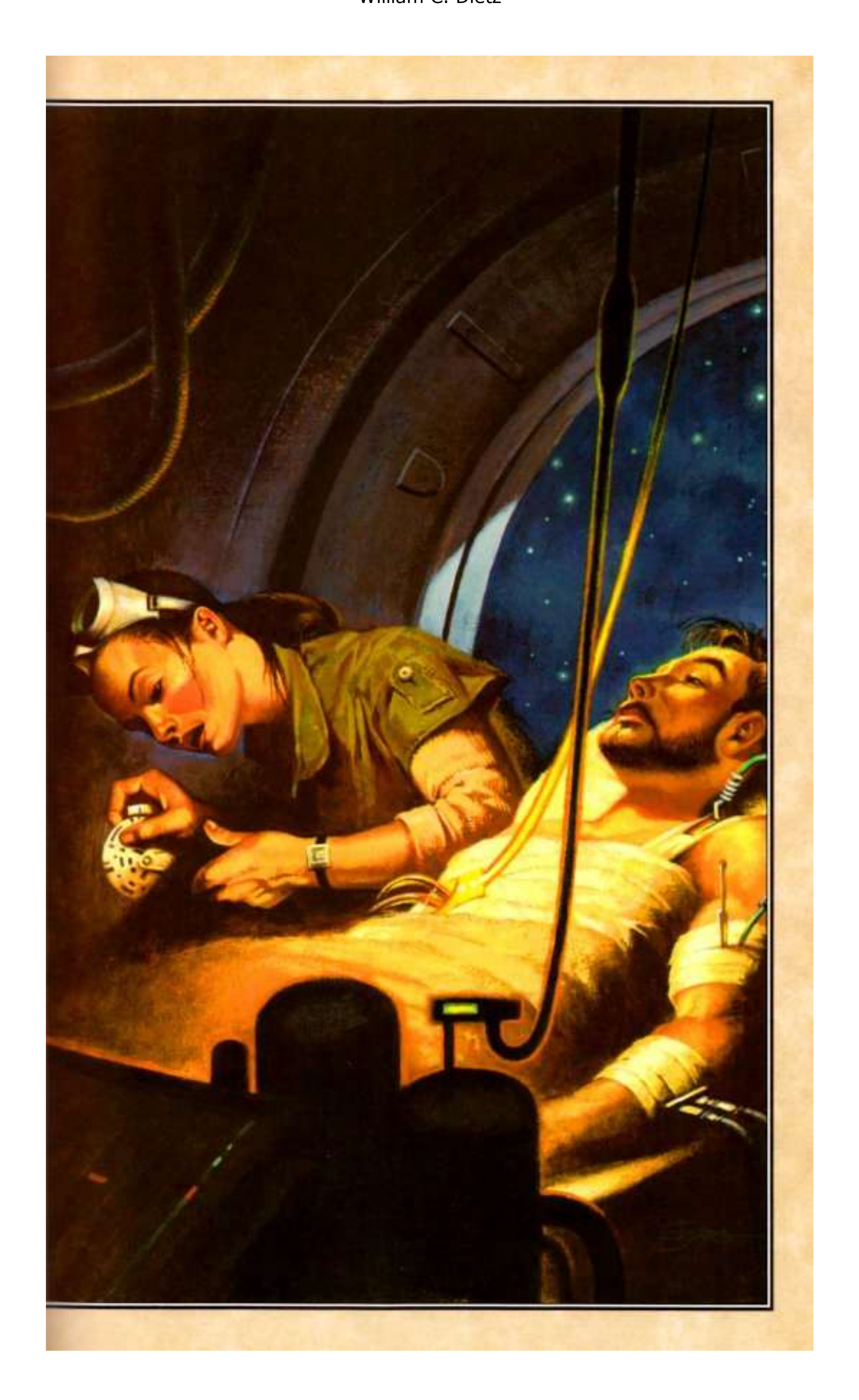
El médico miró en su dirección como para asegurarse de que el agente estaba bien y fijó su atención en el oficial de la siguiente cama. Tubos serpenteaban dentro y fuera de su cuerpo, y el respirador hacía un sonido suave de respiración silbante cuando enviaba oxígeno a sus pulmones. El médico se aseguró de que todo estaba funcionando correctamente, introdujo algunas lecturas en un datapad, y dejó el compartimiento.

Kyle se dejó llevar y estaba a punto de echarse otra siesta cuando alguien entró. ¿El médico? ¿Ya de vuelta? Miró con los ojos medio cerrados.

Jan entró, miró a su alrededor y se acercó a los pies de su cama. Se veía simplemente maravillosa… bonita a pesar del mono que llevaba, sin embargo pensativa, como si estuviera preocupada por algo.

Kyle iba a saludar a Jan, para decirle que se sentía mejor, cuando ella se dio la vuelta. Dos taquillas, una para cada paciente, estaban atornilladas a la pared. Jan abrió la de Kyle, sacó los pantalones y deslizó su mano en un bolsillo. Luego, después de darle un beso en la frente, ella se fue.

Kyle esperó para asegurarse de que no volvía, sacó sus pies por el lado de la cama y se puso de pie. La cubierta estaba fría y era dura. Abrió el armario, agarró los pantalones y revisó los bolsillos. Todo, incluyendo el disco de suma importancia, estaba tal como él lo había dejado. ¿O no lo estaba? ¿Qué había estado haciendo Jan de todos modos? Y si ella hubiera quitado algo, sólo para reemplazarlo, ¿qué habría sido? ¿Su cartera? ¿El disco? ¿El holocubo? ¿Y por qué?



El agente frunció el ceño, se quitó la bata y comenzó a vestirse. El disco, el sueño, y Jan. Las piezas estaban delante de él. Pero, ¿cómo podían encajar? La respuesta estaba ahí afuera… y él la encontraría.

CAPÍTULO 5

Sullust colgaba enorme en el cielo mientras Boc observaba a las tropas guiar la pesada y cargada plataforma gravitatoria por la rampa hacia la bodega de la lanzadera. Los azulejos estaban numerados y preparados para rearmarse. Balanceó su peso e hizo una mueca por el dolor.

El dolor se originaba en el punto donde su tendón había sido cercenado y reconectado. Boc favoreció su pie opuesto cuando se giró hacia Yun.

—Esa fue la última carga.

El joven Jedi asintió.

—¿Ahora qué?

—Aquí viene Sariss… Pregúntale a ella.

Yun se volvió hacia su mentora.

—¿Y a qué fabuloso destino nos dirigimos?

—A Barons Hed, para que 8t88 pueda examinar el mapa y tratar de darle sentido.

—Ah —respondió Yun suavemente—, y él es una fina pieza de maquinaria… Vamos, Boc. Las brillantes luces invitan.

No hubo respuesta.

Yun y Sariss se giraron para ver adónde había ido el otro Jedi. Estaba parado de espaldas a ellos. Sus ojos escaneaban el paisaje. Yun habló otra vez.

—¿Boc? Vamos… es hora de irse.

—Alguien está observando. Puedo sentirlo.

—¿Y? —respondió Sariss con impaciencia—. ¿Qué esperabas? Esto es más actividad de la que los lugareños habían visto desde hace mucho tiempo. No pasamos desapercibidos.

—La Fuerza es poderosa en este —continuó Boc—, y pretende destruirnos.

—Él y unos cuantos millones más —dijo Yun despectivamente—. Vamos. El almuerzo espera.

—Entra en la lanzadera, Boc —ordenó Sariss severamente—. Jerec quiere el mapa, y lo quiere pronto. —Boc echó una última mirada, se dio la vuelta y se dirigió hacia la

rampa. Los restantes Jedi intercambiaron una mirada, sacudieron las cabezas con asombro, y le siguieron.



Kyle no podía oír lo que decían los imperiales. Y realmente no le importaba. Desde su posición estratégica encima de la colina podía ver los campos, el árbol espita que había delante de la casa, y la lanzadera imperial posada más allá. El calor hacía resplandecer el casco de la nave y distorsionaba el vehículo estacionado más allá. Contenía una media docena transportes, algunos aerotrineos, y un puesto de mando móvil.

El momento lo es todo, como decía el dicho, y el suyo de llegar había sido malo. Las plataformas gravitatorias cargadas significaban que los imperiales habían quitado algo. ¿Pero qué? Lo que fuera, tenía que ser mucho más valioso que las herramientas y el equipo de su padre para justificar el gasto de tantos recursos.

Kyle sintió un momentáneo sentimiento de orgullo. El Imperio habría asesinado a Morgan Katarn… pero su influencia perduraba.

Parecía como si los imperiales estuvieran preparándose para marcharse. Algunos de ellos, al menos. El agente alzó los electrobinoculares y echó una última mirada. Dos hombres y una mujer permanecían frente a la lanzadera. Eran Jedi, a juzgar por los sables de luz que llevaban. Pero ninguno era Jerec. ¿Donde estaría él de todos modos?, la misteriosa figura que había asistido a la graduación de Kyle, había asesinado a su padre y había enviado a 8t88 a encontrarle. Cerca, muy cerca, pero fuera de alcance.

Kyle tocó un botón y amplió la imagen al máximo aumento. Examinó a cada Jedi a su vez. La mujer llevaba lápiz labial rojo brillante, el joven mostraba una mueca de «yo soy mejor que tú», y el último era un twi'lek, una rareza entre las fuerzas imperiales. El alienígena se volvió hacia Kyle. El agente sintió que su corazón comenzaba a latir con fuerza cuando hizo contacto con los espaciados ojos negros.

Kyle bajó los electrobinoculares, seguro de que había sido descubierto. Pero se dio cuenta de que no. No en un sentido normal, en cualquier caso…

Los otros hablaron al Jedi de aspecto extraño, y este se dio la vuelta. Kyle se sintió mareado y luchó por controlar su respiración. El encuentro había sido aterrador y emocionante al mismo tiempo. Aquí había una validación parcial de su sueño. Tal vez, sólo tal vez, podría convertirse en un Jedi, no del tipo que asesinaba a gente sino del que luchaba para protegerla.

Los Jedi, junto con un contingente de soldados de asalto, ya habían abordado la lanzadera, y la nave estaba elevándose. Los repulsores relucieron, el morro giró hacia el este, y los propulsores llamearon.

Kyle se puso boca abajo cuando la lanzadera pasó directamente sobre su posición. Los arbustos se mecieron y polvo llenó el aire. El rebelde miró hacia atrás sobre su hombro, escupió hierba y estuvo agradecido cuando la nave desapareció.

Se levantó, dio gracias de que Jan no hubiera estado alrededor para presenciar su caída algo indigna, y limpió la hierba de su ropa.

Una comprobación rápida confirmó que aunque los Jedi se habían ido, soldados y mercenarios todavía patrullaban los alrededores de la casa mientras que un AT-ST labraba un campo yermo.

Probabilidades difíciles, pero no imposibles, especialmente para alguien que había pasado su niñez allí y conocía cada centímetro cuadrado.

Kyle comprobó su bláster, lo metió de nuevo dentro de la funda y se movió a lo largo de la ladera de la colina. Las tropas imperiales tenían una fuerte tendencia a seguir al pie de la letra los manuales, y habiendo estudiado sus manuales, él sabía qué esperar.

Centinelas estarían apostados alrededor de la estructura para defenderla. No muchos, sólo los suficientes para frenar una incursión y pedir refuerzos. Una vez que eso ocurriera, una fuerza de respuesta fuertemente armada se lanzaría a la zona y proporcionaría cualquier músculo que fuera necesario.

Así las cosas, Kyle esperaba deslizarse entre los centinelas y evitar la respuesta masiva. Permaneció fuera de los senderos establecidos y tomó los que sólo un niño conocería, rutas que eran mucho más propensas a estar libres de centinelas, sensores y alambres trampa. Tales caminos, que ahora eran poco más que senderos de animales, requerían que Kyle se tumbara sobre su estómago y avanzara con los codos. Los arbustos se cerraban sobre su cabeza y rozaban sus lados.

La marcha era mucho más difícil de lo que recordaba. Por supuesto, ahora tenía un cuerpo adulto, y la maleza se había cerrado sobre sí misma durante su ausencia.

Sin embargo, los olores eran los mismos, especialmente el olor vigoroso de las amapolas poro silvestres y el olor dulce, casi nauseabundo, de las flores nantha.

Los insectos se apresuraban a apartarse de su camino.

Una inofensiva serpiente ojo-ojo siseó, dirigiendo el ojo de su cabeza en el sentido de la marcha, y utilizando el ojo de la cola para vigilar su retaguardia.

Un bola-agujero, con su pelaje eternamente enmarañado con los deshechos que le proporcionaban el camuflaje, echó un vistazo al enorme invasor, dio un chillido de alarma, y rodó hacia uno de sus multitudinarios agujeros.

Kyle sonrió. Todas las criaturas a su alrededor eran viejos amigos, o descendientes de los viejos amigos que se encontró antes durante su infancia.

La maleza disminuyó, y la casa apareció a través del follaje. El rebelde se arrastró hacia delante, divisó un pedazo revelador de armadura blanca, y cesó todo movimiento.

El soldado de asalto se detuvo, examinó los alrededores, y continuó con su patrulla. Kyle esperó a que el centinela se fuera, se abrió paso hacia delante, y asomó la cabeza. El camino estaba despejado, excepto por un droide agrícola destrozado por fuego de bláster.

Kyle corrió a través del espacio intervenido, probó la puerta trasera y la sintió abrirse bajo su mano. La cerradura, tal como estaba, había sido volada.

La cocina era un desastre. Las puertas de los armarios estaban abiertas, pintadas cubrían las paredes, y escombros crujían bajo sus botas. El agente se detuvo, escuchó y siguió adelante.

Parecía como si la casa hubiera sido saqueada en repetidas ocasiones. Los imperiales fueron los primeros, seguidos por ladrones que vieron la cabeza de Morgan Katarn exhibida en el espaciopuerto, luego gente sin nada mejor que hacer.

Alguien había acampado en la sala de estar. Una colección de ollas y sartenes sucias se apilaba junto a la chimenea, y la basura llenaba la esquina noreste de la habitación. Más que un poco nervioso, Kyle se dirigió a la habitación delantera y se asomó por la ventana. Un comando apareció, y el rebelde se retiró.

Entrar era una cosa… salir sería otra. Sin embargo, nadie había mostrado ninguna inclinación a entrar en la casa, por lo que estaba agradecido. Tal vez la mayor parte de ellos ya habían estado o tenían órdenes de permanecer fuera. Cualquiera que fuera la razón, era buena para Kyle.

Una senda de mampostería trazaba una línea entre la muy abusada puerta delantera y el taller de Morgan Katarn. Kyle la siguió hasta que una imagen llamó su atención. Colgaba torcida, como si estuviera a punto de caer. No era demasiado sorprendente, teniendo en cuenta por lo que había pasado el lugar.

Kyle se acercó, quitó la impresión tridimensional de la pared, y miró la cara de su madre. Tenía un solo recuerdo de ella… siendo sostenido en sus brazos, llorando por algo, algo que no pareció tan malo con sus brazos envueltos alrededor de él.

Con ternura y reverencia Kyle quitó la imagen del marco y la enrrolló en un cilindro. Un trozo de alambre sirvió para asegurar el rollo, el cual fue a su bolsillo derecho. Puede que resultara apaleado durante las próximas horas, pero cualquier cosa era preferible a dejar la impresión donde estaba.

El agente entró en el taller. Su padre y él pasaron incontables horas allí, desarmando cosas, rearmándolas, o simplemente pasando el tiempo. El taller había sido el centro de la casa y, en cierto modo, el de su relación.

Una sola mirada fue suficiente para determinar que, también, había sufrido a manos de los invasores. Parecía como si al menos una pequeña explosión hubiera tenido lugar allí. La gran mayoría de las herramientas de su padre había desaparecido, y una gruesa capa de escombros oscurecía el suelo. Por supuesto, eso era de esperar. Pero, ¿dónde había ido el techo? ¿Y por qué?

Kyle se acordó de las plataformas gravitatorias pesadamente cargadas y se preguntó si ambos hechos estaban conectados de alguna manera. Pero espera, ¿qué era eso? ¿Un patrón en los azulejos restantes del techo?

Kyle sacó una vara luminosa de su cinturón, se subió a una caja vacía, y examinó la zona en cuestión. Se dio cuenta de que los azulejos, ninguno de los cuales había estado allí el día que se fue a la Academia, coincidían con los encontrados en la cocina. Eso significaba que se habían originado en la misma cantera, un lugar ubicado a veinte kilómetros al norte. Grabados habían sido tallados en los cuadrados, algunos de los cuales

eran claramente decorativos, mientras que otros se parecían a un mapa… un mapa del que la parte central y más importante faltaba.

¿Qué había dicho Rahn? ¿Algo sobre un Valle de los Jedi? ¿Era eso a por lo que los imperiales habían venido? ¿A por una pista que les guiara al Valle? No había ninguna evidencia directa para apoyar su teoría, pero Kyle *sintió* que era cierta y había aprendido a confiar en tales impresiones.

El agente se agachó, dirigió la luz hacia una de las esquinas más oscuras de la habitación, y vio algo familiar. Estaba cubierto con yeso suelto pero sin embargo, era reconocible.

—¿WeGé? ¿Eres tú?

No hubo respuesta mientras Kyle se abría camino a través del cuarto, apartaba los trozos de yeso del camino, y recogía la figura familiar. Aunque capaz de una amplia variedad de configuraciones, el droide actualmente se asemejaba a una *U* invertida con una vaina sensora montada en la parte superior. WeGé tenía dos pinzas, una diseñada para la fuerza y otra destinada a tareas más delicadas. Kyle arrastró al droide hacia el centro de la habitación y revisó sus lecturas.

—Hey, Weg, ¿qué te han hecho? Lo que fuera ha hecho algunas abolladuras en la carcasa de tu procesador. Aunque no hay daños importantes. Vamos a echar un vistazo.

Morgan Katarn había construido el droide él mismo, pero Kyle había realizado el mantenimiento rutinario al robot desde la edad de doce años y conocía su mecánica al dedillo. Tras el polvo, la mugre y las abolladuras, la máquina estaba intacta.

Las ranuras parecían no relacionarse entre sí hasta que Kyle rotó ambas para alinearlas y empujó el disco a través de la abertura. Partes rechinaron, cliquearon y zumbaron. Un holograma apareció, y con él, la imagen de su padre. Era clara como el cristal.

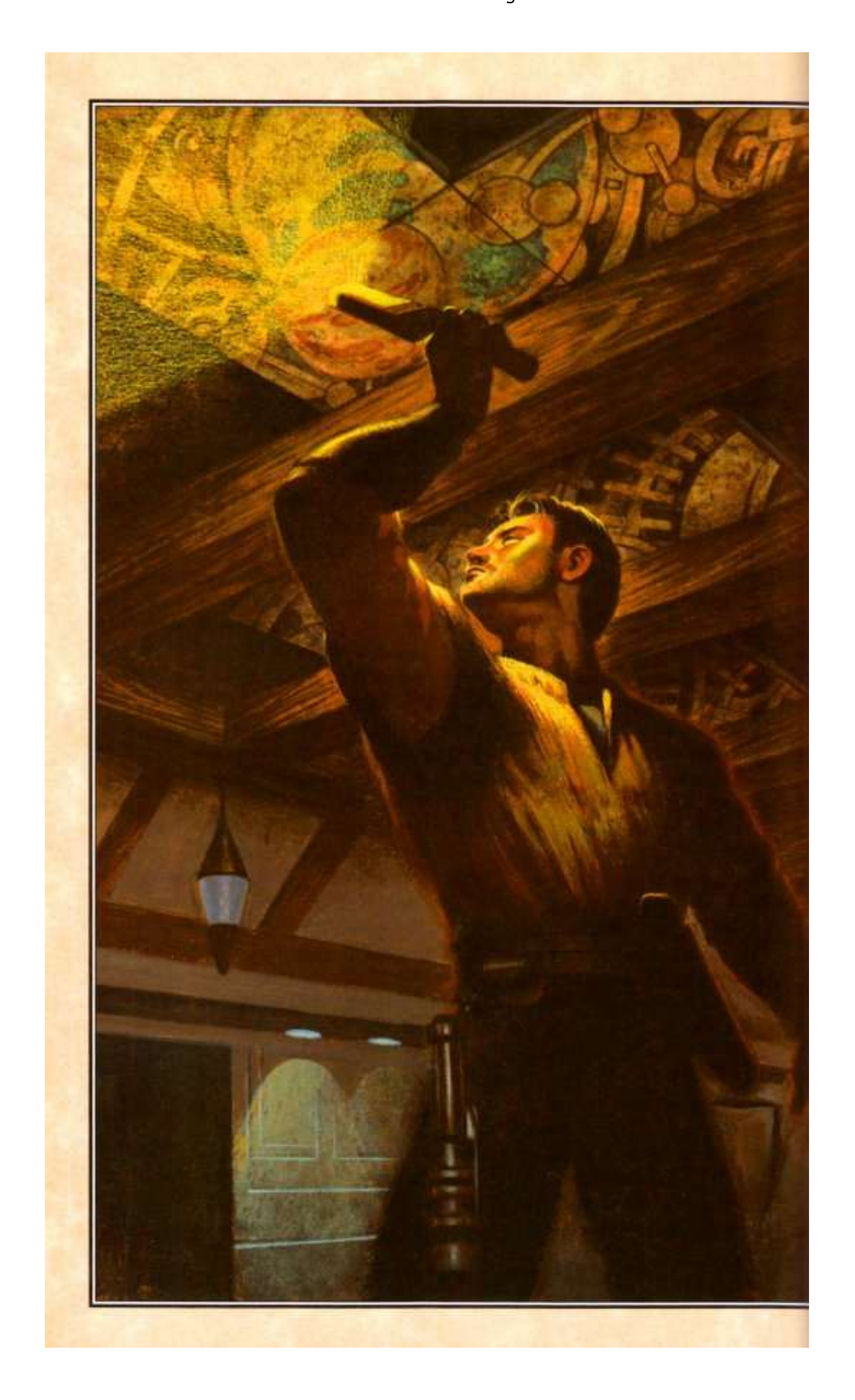
—Este mensaje está dirigido a mi hijo Kyle Katarn. Kyle, he dejado dos elementos muy importantes para ti. El primero es un mapa para llegar al Valle de los Jedi, que está incrustado en el techo de piedra de esta habitación…

Kyle vio a su padre gesticular hacia el techo anteriormente liso y supo que su teoría había sido correcta. Algo zumbó; el agente se giró y sacó su bláster. WeGé permanecía inmóvil. Una trampilla se abrió a su lado, y apareció un cilindro. El agente cogió el objeto y la narración continuó.

—El otro es un sable de luz que perteneció a un Jedi llamado Rahn. Úsalo bien. Úsalo para el bien.

El holo cesó. Una sensación de calor envolvió el cuerpo de Kyle. La nueva imagen de su padre no sólo sustituiría la de su cabeza en una pica, también significaba que su padre había sido consciente de su talento y quería que lo desarrollara.

Kyle activó un interruptor, y el sable de luz cobró vida. El aire crepitó, y el olor a ozono impregnó la habitación. Hizo algunos pases experimentales, regocijándose en el poder que el arma transmitía, y oyó el eco de las palabras de su padre atravesar su mente. «Úsalo bien… Úsalo para el bien».



El pensamiento tuvo un efecto aleccionador, como el saber que los imperiales habían tomado posesión de la información que su padre había protegido con tanto esfuerzo. Volvió a presionar el interruptor, sintió el mango frío, y colocó el sable de luz en su cinturón.

Hubo una serie de pitidos y silbidos. El agente se giró para encontrar a WeGé flotando a dos metros del suelo. El droide sostenía un pedazo de roca en su pinza de fuerza y parecía dispuesto a tirármela.

—Hey Weg. Soy yo, Kyle.

El droide pareció dudar y se acercó para mirar más de cerca. Los pitidos y silbidos adquirieron un tono melancólico.

Kyle sacudió la cabeza.

—*Parezco* mayor porque *soy* mayor. Pero no tan mayor como para no recordar cómo me pescaste en el río, sacándome, y no se lo dijiste a papá.

El droide respondió con una serie de sonidos rápidos y alegres. Kyle le dio unas palmaditas a la carcasa del droide.

—Has estado fuera de juego un tiempo Weg, y las cosas han cambiado. Nada me gustaría más que ver a papá otra vez, pero los imperiales lo asesinaron. Ahora lucho para los rebs.

Tomó casi cinco minutos poner al día al droide. Una vez que lo hubo logrado y WeGé asumió todos los cambios, fue el turno de Kyle de hacer preguntas.

—Entonces, Weg, ¿qué es lo que pasa con el techo? ¿Qué lo hace tan valioso para que los imperiales se hayan tomado el tiempo y la molestia de arrancarlo?

El droide dirigió su entrada de vídeo hacia la zona en cuestión y emitió una larga secuencia de pitidos y silbidos. El rebelde realizó la traducción necesaria. Parecía que su padre había hecho un largo viaje y parecía preocupado a su regreso. Era como si supiera algo importante pero no estuviera seguro de qué hacer al respecto. El droide continuó.

—Más tarde, después de que el amo Rahn llegara para quedarse, tu padre trabajó en el techo. Tardó más de un mes, y yo le ayudé. Me gustaban los grabados. Pero a tu padre no debían gustarle, porque me ordenó cubrirlos con yeso.

Kyle sintió su corazón latir más rápido.

—¿Rahn? ¿Un hombre llamado Rahn llegó para quedarse?

—Bueno, sí —el droide bipeó—. Un caballero maravilloso. Tu padre le tenía en gran estima.

La boca de Kyle estaba seca.

—Describe al amo Rahn.

WeGé proyectó un holograma en el aire. Un nudo se formó en la garganta de Kyle mientras observaba al hombre que conocía como Rahn entregar un libro y un sable de luz a Morgan Katarn. Su amistad era evidente.

Kyle tragó con dificultad. A pesar de todo lo que había aprendido, el primer premio continuaba eludiéndole. Dado el hecho de que la lanzadera había desaparecido en dirección a Barons Hed, ese parecía el lugar donde empezar. Pero, ¿cómo llegar hasta

allí? Especialmente con WeGé a remolque. Sí, podía dejar al droide atrás, pero sabía lo que le sucedería. WeGé era como un miembro de la familia, el único miembro que quedaba aparte de sí mismo, y no podría sobrevivir por su cuenta. No, tenía que haber una manera…

La respuesta vino a su mente como si hubiera estado esperando allí todo el tiempo. Kyle chasqueó los dedos y se movió hacia el droide.

—Vamos, Weg. Salgamos de aquí.

El imponente árbol espita que estaba plantado en frente era más que un ornamento. Sus raíces descendían cientos de metros, donde «conectaban» con un acuífero subterráneo y llevaban agua a la superficie. *Más* agua de la que el árbol y sus diferentes simbiontes podían usar. Siendo ese el caso, Morgan Katarn y sus vecinos habían utilizado los árboles como bombas biológicas, desviando el exceso de agua hacia sus cultivos, complementando las lluvias a veces insuficientes.

Sin embargo, llevar el agua a la superficie era una cosa y distribuirla a los cultivos otra. Al igual que sus vecinos, Morgan Katarn había empleado la fuerza de los droides para establecer y mantener una extensa red de túneles, tuberías y tubos subterráneos que llevaban la humedad donde era necesaria. Podía accederse al sistema desde varios lugares, uno de los cuales estaba situado a menos de diez metros de la puerta trasera.

El agente se abrió camino a través de la cocina, empujó la puerta en cuestión, y se asomó por la rendija. Un soldado de asalto estaba a cinco metros de distancia. Un mercenario se acercaba para saludarlo. El gamorreano tenía la piel verde, un hocico porcino, y colmillos de aspecto desagradable. Llevaba un morrt chupasangre en cada bíceps; una indicación de que había ahorrado algunos créditos y de que estaba prosperando en la vida. Emitió algunos gruñidos y el humano respondió.

—Hey Brollo. Cuánto tiempo. ¿Preparado para perder la paga de esta semana?

La respuesta del gamorreano se perdió mientras Kyle retrocedía en la habitación. ¿Qué era más importante, el sigilo… o el tiempo? El rebelde pensó en los Jedi, lo fácil que habría sido para ellos salir del planeta, y tomar la decisión debidamente.

—Weg, ¿ves la puerta? Cuando diga «ya», atraviésala y gira a la izquierda. No a la derecha, porque estarías en la línea de fuego. ¿Entendido?

Servos chirriaron mientras el droide se colocaba frente a la puerta trasera y bipeaba dispuesto.

Kyle asintió, sacó su bláster, y echó un último vistazo. El soldado había sacado un cuaderno de datos de su bolsillo y apuntaba a la pantalla.

—Entonces, ¿a quién quieres? ¿A tu primo Blotho… o al sargento mayor Kine? Kine es dinero fácil.

El agente se echó atrás.

—Bien Weg… preparado… listo… ¡ya!

Kyle había esperado que el droide empujara la puerta para abrirla y se sorprendió tanto como los imperiales cuando WeGé *atravesó* la madera, dejando nada más que

astillas colgando de las bisagras. Sin embargo, no había tiempo para discutir el asunto… y la estrategia había funcionado.

Los imperiales aún se estaban recuperando de la conmoción, todavía alcanzando sus armas cuando Kyle les disparó. El gamorreano murió primero, con su rostro registrando sorpresa, y el soldado cayó el segundo. Se necesitaron tres disparos para penetrar su armadura, pero el resultado fue el mismo.

Kyle giró rápidamente trescientos sesenta grados para asegurarse de que el incidente había pasado inadvertido, y se dirigió a la puerta de acceso, que se encontraba a ras del suelo, donde las capas de polvo y escombros servían para camuflarla. Kyle encontró el mango y tiró de él. Nada. Estaba atascada.

WeGé emitió un pitido, silbó, y se colocó en posición. La pinza de fuerza del droide se deslizó a través del mango y un servo chirrió. El metal gimió cuando la puerta se abrió y un conjunto de escaleras quedó expuesto.

—Baja por la escotilla —ordenó Kyle—, y enciende tus luces.

El droide bipeó obedientemente y bajó al pasaje subterráneo. Kyle tiró de la puerta para colocarla en posición vertical y descendió a medida que esta caía el último par de metros. Había tenido mucha suerte (o los imperiales habían sido extremadamente estúpidos) de que la trampilla no hubiera sido descubierta.

El túnel era oscuro, o lo habría sido si no fuera por WeGé y sus focos. Juntos iluminaban de quince a veinte metros de túnel.

Las paredes de tierra todavía mostraban las marcas de herramientas dejadas por los droides que habían cavado y posteriormente mantenido los túneles. Estos rezumaban humedad aquí y allá a medida que el agua de una tormenta reciente se filtraba hacia abajo.

Los túneles secundarios, algunos de los cuales eran demasiado pequeños para que el Kyle adulto los sorteara, se ramificaban a izquierda y derecha. Tubos negros o, en algunos casos, cañerías los seguían en la oscuridad. El aire era húmedo y olía a tierra. Este conducto en particular, un pasaje etiquetado como «eje central», se dirigía hacia el noroeste y a la zona donde se había establecido el parque de vehículos. El lugar perfecto para tomar prestado un transporte…

El ataque se produjo sin previo aviso. El pasaje estaba vacío un momento y repleto al siguiente. El droide de guerra era algo torpe y anticuado, pero no obstante amenazante. No había manera de saber si había sido *enviado* a los túneles o simplemente se había perdido. Cualquiera que fuese la razón, la máquina había detectado su aproximación, había estado al acecho, y había aparecido desde un pasaje secundario.

La máquina *podría* y probablemente *habría* matado a Kyle en los primeros segundos de combate, pero WeGé era un oponente más difícil. Aunque extremadamente apacible y no equipado para el combate, el droide había sido programado por Morgan Katarn para proteger a Kyle a toda costa. Eso, más el hecho de que WeGé había sido construido para el duro trabajo agrícola, igualaba las probabilidades.

Metal resonó contra metal cuando las máquinas se encontraron. El droide de guerra contaba con una gran variedad de armas, pero descubrió que era demasiado tarde para usarlas.

Kyle trató de ver más allá de WeGé, blandió el bláster, y gritó consejos… ninguno de los cuales era muy útil.

La cuestión era realmente muy simple desde la perspectiva de WeGé. Al carecer de la programación y la iniciativa de hacer cualquier otra cosa, su oponente estaba usando tácticas que podrían haber sido eficaces contra un humano, pero que eran inútiles contra él.

Mientras que el droide de guerra iba a por los órganos vitales no existentes de WeGé, WeGé utilizó su pinza de fuerza para agarrar la garganta de la otra máquina y arrancarle la cabeza. Una columna de chispas se disparó hacia arriba, un servo gimió, y la batalla había terminado.

WeGé pasó sobre el armatoste decapitado, bipeó una advertencia, y continuó su camino.

Kyle sacudió la cabeza con asombro, caminó sobre el pecho del droide de guerra, y le siguió por detrás.

Cauteloso ahora, con el bláster desenfundado y barro succionando sus botas, Kyle esperaba otro ataque. Pero, con la excepción de un pequeño derrumbe, no hubo más obstáculos cerrando el paso. WeGé se abrió paso a través del bloqueo sin dificultad y se detuvo cuando el túnel llegó a un abrupto final. Los silbidos, pitidos y zumbidos terminaron con un signo de interrogación apenas audible.

—Ahora toca reconocimiento —respondió Kyle, indicando la escalera y la escotilla de arriba—. Si no recuerdo mal, esto debería llevarnos al centro de su parque de vehículos.

La entrada de vídeo del droide se balanceó atrás y adelante mientras diversos aspectos de su programación entraban en conflicto y lo ponían nervioso. Los ruidos que produjo fueron duros y exigentes.

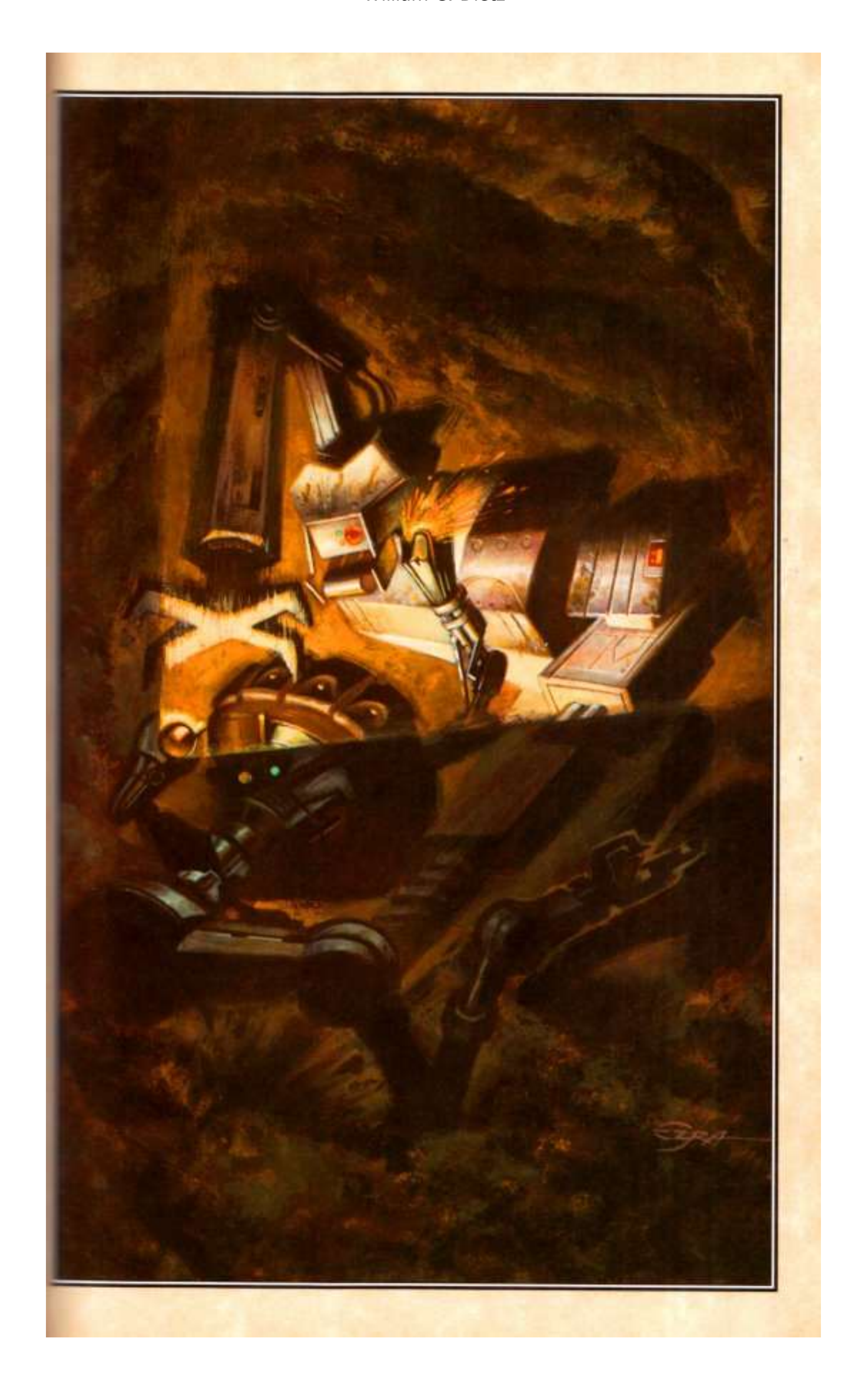
—Gracias —respondió Kyle con sinceridad—, pero mi padre se ha ido, y yo apreciaría que aceptaras mis decisiones en lugar de las suyas.

Hubo un breve momento de silencio mientras WeGé consideraba la solicitud de Kyle. La respuesta fue a la vez breve y contrita.

—Bien —dijo Kyle con firmeza—. Voy a echar un vistazo… espera aquí.

El droide vio cómo el agente rebelde subía por la escalera oxidada, empujaba la escotilla, y empujaba de nuevo. Kyle hizo una mueca mientras el metal chirriaba y la cubierta se movía. Esperó para ver si el ruido había llamado la atención y se sintió aliviado al ver que no.

El agente empujó hacia arriba la tapa, que se detuvo al chocar con algo sólido, y coló la cabeza por el hueco. El «algo» era un transporte. Había tenido suerte, *mucha* suerte, ya que había un montón de imperiales, y el vehículo lo ocultaba a la vista.



Un par de botas relucientes de color negro crujieron, una unidad de comunicaciones chasqueó, y alguien tosió. Luego, con una brusquedad que hizo que el corazón del agente diera un vuelco, se escuchó un grito. ¿Le habían visto? El rebelde miró de un lado a otro, buscando a alguien a quien disparar… Sin embargo las botas, y los cuerpos por encima de ellas, estaban huyendo. Corriendo hacia la casa. ¿Por qué?

Y entonces lo comprendió. Alguien había descubierto los cuerpos y había alertado al resto. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que encontraran la escotilla y siguieran el túnel hasta el punto donde WeGé esperaba? No mucho.

Kyle sabía que los segundos eran preciosos mientras avanzaba sobre los codos para salir de debajo del vehículo, echó un rápido vistazo a su alrededor, y no vio más que la espalda de los soldados de asalto, mercenarios y comandos que se dirigían a la casa.

El T-4 era un vehículo grande con la cabina abierta. Normalmente se utilizaba para mover equipo y tropas, contaba con una capacidad de carga de cinco toneladas, blindaje ligero a los lados, y un cañón doble de energía multipropósito montado detrás de la cabina.

Kyle usó el estribo del vehículo para meterse en el asiento del conductor, y examinó el tablero de instrumentos. Al igual que sus compañeros de clase, se había preparado para los T-4 durante su segundo año en la Academia. El transporte tenía no menos de cuatro motores repulsores y, como la mayoría de los vehículos militares, estaba asegurado con un bloqueo de teclado. Un bloqueo que muchos comandantes decidían ignorar dado que ello significaba que todo conductor potencial tenía que memorizar el código necesario. El ajuste de fábrica consistía en cuatro ceros. Muchos ajustes se dejaban así.

Kyle cruzó mentalmente los dedos, apretó el botón del cero cuatro veces, y recibió una luz verde. El rebelde sonrió mientras accionaba los cuatro interruptores del seleccionador de motor a la posición «encendido», pulsó el botón de arranque, y escuchó los motores chirriar cobrando vida. Cada uno tenía su propio tono especial que pronto se perdía entre el sonido hecho por los demás.

Una vez que el T-4 se levantó de sus patines, fue una simple cuestión de apartarse a un lado y ver a WeGé flotar saliendo de su escondite. En el momento en que el droide estuvo a bordo y asegurado en su asiento, Kyle despegó.

Un mercenario gritó algo incoherente, los imperiales se volvieron para mirar, y la persecución comenzó… Los disparos de bláster crepitaban junto a la cabeza del agente, y uno de ellos hizo un agujero a través del parabrisas. WeGé emitió una serie de silbidos y pitidos urgentes.

—Excelente consejo —respondió Kyle con gravedad—. Agárrate a tus circuitos… ¡porque allá vamos!

Vacío y poseedor de una considerable potencia, el T-4 alcanzaba los ochenta kilómetros por hora. Aceleró por el camino, arrojando grava en todas direcciones, y rugió saliendo a la carretera. Barons Hed se encontraba al este, un viaje de treinta minutos como máximo.

La carretera había tenido un uso intenso, pero eso fue antes de que los imperiales establecieran un sistema de permisos de viaje e impuestos basados en el «uso». Con el fin de minimizar los costes y defenderse contra los bandidos, los granjeros utilizaban convoyes fuertemente armados para llevar sus cosechas al mercado y viajaban con animales de granja exentos de impuestos para el transporte local. Los excrementos de animales se alineaban en la cuneta de la carretera, que por lo demás estaba limpia.

Lo que había sido un convoy apareció más adelante, la línea de cascos quemados acreditaba no sólo los peligros que acechaban sino el grado en que los imperiales permitían a los bandidos aterrorizar el territorio.

Kyle giró en una curva y sintió al T-4 inclinarse con el fin de compensarse. Una salida daba acceso a lo que había sido un área de descanso. Actualmente era el hogar de un grupo de incursores tusken. Aunque eran nativos del planeta Tatooine, los tuskens habían sido llevados allí por los imperiales para cumplir la función de «guardianes», un rol que ellos disfrutaban. Los mercenarios habían adoptado las motos deslizadoras como un aqualish el agua y las usaban para «patrullar» los caminos locales. Ninguno de ellos parecía echar de menos a los banthas, las enormes bestias que montaban en Tatooine.

Se había enviado un aviso en cuestión de segundos tras la fuga de Kyle, y los tuskens estaban preparados. Los motores rugieron a medida que las motos se tambaleaban en el aire. Aunque verticales mientras estaban estacionadas, las largas y elegantes máquinas se pusieron rápidamente en horizontal y en formación con su líder, un incursor llamado Rogg.

Rogg sabía que sus seguidores estarían mirándole en busca de coraje. Agitó una mano sobre su cabeza y aulló un grito de guerra. Se perdió en su estela. Pero lo hizo sentir mejor.

El tusken disfrutaba de su posición de liderazgo, le gustaba el poder que conllevaba, pero no le gustaban los momentos como este. Rogg consideraba la noción de liderar desde el frente como poco práctica, sobre todo porque significaba que el líder eventualmente moría, lo que resultaba en la pérdida de su valioso conocimiento y experiencia, por no hablar de su vida.

El líder tusken había abierto el tema a discusión, esperando que el resto de la banda se diera cuenta de lo estúpido que era el sistema tradicional, pero fue bloqueado por Bordo, su número dos de facto, y uno de los dos o tres individuos que esperaban heredar su posición.

Ah, bueno, el amuleto que llevaba alrededor de su cuello le había protegido durante este largo tiempo y lo haría otra vez. El tusken disparó el cañón dual del morro y se regocijó cuando la energía coherente avanzó hacia el portón trasero del T-4 y ampolló la pintura del transporte.

Kyle comprobó su retrovisor, vio a los estrechamente agrupados motoristas, y habló entre dientes.

—Toma el control, Weg. Les voy a enseñar algunos modales.

WeGé pitó a modo de respuesta, activó el segundo conjunto de controles, y se preguntó si tenía la programación adecuada. Una revisión rápida reveló que los botones, interruptores y pedales dispuestos ante él no eran tan diferentes de los de una cosechadora, lo cual era una suerte porque Kyle había desaparecido.

La torreta estaba asentada en un cubo ligeramente blindando situado tras la cabina de control. El agente trepó por un costado, se acomodó en la silla del artillero, y accionó el interruptor de encendido. Una fila entera de luces indicadoras destelló en verde.

Los disparos de bláster salpicaron el blindaje, destellaron sobre la cabeza del rebelde, y volaron ampliamente a medida que los primeros tuskens disparaban sus armas.

Kyle se refugió, cambió a «fuego real», y echó un vistazo a través de la mira. Aunque zigzagueaban de un lado a otro en un intento de arruinar su puntería, los motoristas aún formaban un objetivo altamente concentrado. Los disparadores se encontraban a cada extremo de los controles del manillar. El rebelde presionó con ambos pulgares, observó la parpadeante luz coherente viajar hacia la formación apretujada, y aulló cuando una moto explotó.

Los restos volaron en todas direcciones y cortaron la cabeza de un motorista, dejando intacto el cuerpo. El torso estaba todavía en su lugar, todavía agarrando los controles, cuando el vehículo se estrelló contra el soporte de un puente. Las piezas se esparcieron por todas partes, vomitando nubes de polvo, no alcanzando por poco el final de la formación.

El puente de veinte kilómetros conducía a Barons Hed. Seis carriles se estrecharon a cuatro cuando WeGé guio el transporte por el tramo. Miró por un retrovisor, vio que los tuskens estaban ganando terreno, y empujó con su pinza de fuerza. No pasó nada. El droide se dio cuenta de que el acelerador ya estaba tocando el suelo.

Rogg había sobrevivido. El conocimiento le hacía feliz. Levantó la mano derecha, hizo una señal, y viró a la derecha. Kyle siguió el movimiento con el manillar, disparó una ráfaga de tres disparos, y maldijo cuando otro piloto fue arrancado de su asiento. La moto se tambaleó, evitando a otra por poco, y cayó.

Si Kyle estaba decepcionado porque Rogg hubiera sobrevivido, no era nada comparado con lo que Bordo sentía. Él era el número dos y lo había sido durante tres largos años. Tres años de «sí, Rogg, lo que digas Rogg, y gracias, Rogg». Era suficiente para atragantar incluso a un dragón krayt.

Así que Bordo lideró al segundo grupo hacia el lado izquierdo del transporte, puso los controles en automático, y se lanzó hacia la parte posterior.

Perdió el equilibrio, cayó, y se levantó. Una comprobación rápida fue suficiente para asegurarse de que el humano estaba ocupado con la necesidad de repeler asaltantes adicionales. Bordo se tambaleó hacia el lado opuesto del transporte. Una sola mirada confirmó que su cobarde líder se había tomado su tiempo para colocarse en posición. Bordo sonrió por detrás de sus vendas, esperó a que Rogg mirase en su dirección, y le disparó en las lentes.

La moto deslizadora corcoveó, se alejó, y se precipitó sobre el cañón. El motor se apagó y la moto cayó como una roca. Seguro de que sus acciones se habían perdido en la confusión de la batalla, Bordo incitó a la banda a avanzar, se giró en dirección a la cabina de control, y se abrió paso adelante.

WeGé vio una mancha irreconocible por delante, amplió la imagen, y supo lo que era. ¡Una barricada! Una gran barricada, capaz de detener al T-4 en seco… Llamó a Kyle, supo que el humano no podía oírle, y se preguntó qué hacer.

Jan llevó el *Cuervo Oxidado* por debajo de los cinco mil metros, encontró la línea de la carretera, y la siguió hacia el puente. Había sido difícil vigilar a Kyle sin ser descubierta, pero se las había arreglado para hacerlo. Ahora, con el transporte huyendo hacia la ciudad y los motoristas persiguiéndolo, no había necesidad de fingimiento. Si un solo caza TIE llegaba, y se le permitía atacar, la batalla habría terminado.

—*Cuervo* a Kyle, ¿me recibes?

Kyle había insertado el auricular de comunicaciones en su oreja hacía tanto tiempo que había olvidado que estaba allí. Un tusken había subido a bordo y se dirigía hacia él. El agente sacó su bláster.

—Sí, te recibo, ¿por qué has tardado tanto?

—Me dijiste que me mantuviera al margen, ¿recuerdas?

Kyle levantó su arma y observó al tusken hacer lo mismo.

—¿Cuándo empezaste a aceptar órdenes mías?

—Nunca —dijo Jan solemnemente—, como puedes deducir del hecho de que el *Cuervo* esté flotando sobre tu cabeza hueca.

—Correcto —respondió Kyle mientras disparaba a Bordo en el pecho—, lo cual nos lleva de nuevo al punto de partida. ¿Por qué has tardado tanto?

Jan sonrió y estaba a punto de contestar cuando divisó la barricada.

—Han levantado una barricada en la carretera. Prepárate para la recogida.

Kyle vio al *Cuervo* empezar a descender y se volvió hacia la cabina. Se lanzó hacia delante.

—¡Hey, Weg! ¡Pon los controles en automático! ¡Jan nos va a recoger!

El droide no sabía quién era Jan. Pero no tenía ningún deseo de acabar como chatarra. Hizo lo que le habían dicho, se elevó de la posición del copiloto y se volvió hacia la parte trasera. Un disparo de bláster impactó en un lado de su carcasa del procesador. Emitió un largo pitido interminable.

Kyle disparó. Un tusken cayó hacia atrás sobre el portón trasero, fue golpeado por una de las motos deslizadoras, y rodó por la carretera.

El viento azotó el pelo de Kyle y el calor envolvió sus hombros cuando el *Cuervo* descendió. Los tuskens dispararon contra la nave mientras una escotilla se abría, una rampa era extendida, y Jan gritaba en la oreja de Kyle.

—¡Aquí viene la barricada! ¡Salta!

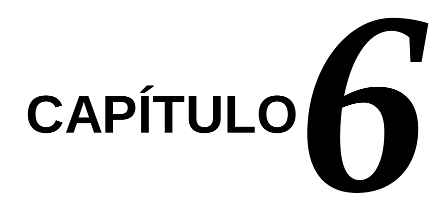
El rebelde la oyó y estaba a punto de transmitir la orden cuando fue elevado por los aires. El droide había visto la rampa, había agarrado el cinturón de herramientas del

humano y había disparado su motor repulsor. Ya habían atravesado la escotilla cuando el transporte golpeó la barricada.

El impacto y la explosión resultante tiraron a un AT-ST del puente, mataron a un pelotón de soldados de asalto, y crearon un muro de fuego. La mayoría de los tuskens supervivientes iban demasiado rápido para detenerse. Gritaron mientras sus motos se precipitaban hacia la conflagración y estallaban.

Unos pocos, aquellos bendecidos con reflejos rápidos o colocados en la parte trasera del grupo, giraron. Un denso y oscuro humo se elevó hacia el cielo, señalando como un dedo hacia la nave llamada *Venganza*, posteriormente se dispersó.





CAPÍTULO 6

Kyle se adelantó, esperó a que Jan se uniera a él, y miró abajo hacia Barons Hed. Fue una ciudad atractiva una vez, durante su infancia, pero las cosas habían cambiado desde entonces. Llevó los electrobinoculares hasta sus ojos, hizo un pequeño ajuste, y examinó la extensión que se abría por debajo.

Una estructura parecida a un castillo servía como el punto focal natural de la ciudad. Se le llamaba la Casa Gubernamental y se situaba en lo más alto de una colina llamada la Loma del Barón, que era la característica geológica en torno a la cual la ciudad fue construida.

Aunque no era tan alta como la colina en la que yacían los agentes, la torre era lo suficientemente alta como para ofrecer una ventaja táctica a cualquiera que tratara de defenderla. También obligaba a los de abajo a mirar hacia arriba como si se tratara de una autoridad superior; un truco psicológico que era cualquier cosa menos casual. Nada menos que una entidad cuya construcción había supervisado el mismo Jerec durante su breve mandato como Gobernador.

La ciudad se extendía hacia abajo desde la casa de piedra en diversos niveles, una disposición no muy diferente a la de un pastel de boda tradicional, con los ciudadanos más ricos viviendo en la parte superior y los pobres en la parte inferior.

Muros que Kyle recordaba llamativamente blancos se habían vuelto grises, casi negros, y los jardines, tradicionalmente rojos con flores pyro en esa época del año, estaban ahora en gran parte desatendidos, o eran hogar de emplazamientos de armas, parques de antenas, y otros equipos militares desplegados para hacer frente a los ataques de los rebeldes. Ataques que se habían incrementado desde que un día apareció la cabeza de Morgan Katarn en una pica.

El espaciopuerto estaba situado a medio kilómetro al este y mostraba signos de uso regular. Repulsores llamearon cuando un carguero se elevó, se detuvo para orientarse, y partió hacia el sur.

—Entonces —dijo Jan, permitiendo que sus lentes cayeran—, ¿qué piensas?

—Creo que va a ser difícil —respondió honestamente Kyle—. La ciudad está repleta de tropas imperiales, cazarrecompensas y mercenarios.

—La Casa Gubernamental parece el objetivo lógico.

—Sí, pero, ¿cómo entro? ¿Llamando a la puerta?

—Podría dejarte en el tejado.

—Gracias, pero no, gracias —contestó Kyle—. Tendrías que esperar, y eso les daría tiempo para organizarse. Mira esos emplazamientos de armas. Te cortarían en pedazos.

Jan levantó una ceja.

—¿A mí? ¿O al *Cuervo Oxidado*? —Hizo que sonara como una broma, pero ella sabía que no lo era.

Kyle se encontró con sus ojos y apartó la mirada.

—A *ti*. El *Cuervo* puede ser remplazado.

Era lo más cerca que el agente había estado de declarar sus sentimientos por ella, y aunque Jan lamentó la manera en la que el comentario fue suscitado, le gustó la respuesta. El silencio se hizo incómodo. Ella lo rompió.

—Ten cuidado ahí abajo… llama, y llegaré corriendo.

Kyle sonrió y señaló la unidad de comunicaciones de su muñeca.

—No te preocupes. Lo haré.

Jan asintió. Quería decir algo más, pero no estaba segura de cómo hacerlo.

—Bien, luego te veo.

—Sí —respondió Kyle, tragándose el nudo de su garganta—. Luego.

La agente femenina retrocedió, dejando a Kyle contemplando la ciudad a sus pies. El sol se ponía por el oeste, y las luces centellearon entre la bruma del atardecer. La ciudad *parecía* atractiva, especialmente en el crepúsculo, pero Kyle la conocía bien. Suspiró y se abrió camino descendiendo hacia el perfil urbano. Un camino conducía hacia la parte inferior. La gravedad lo empujó hacia abajo.



La habitación era grande, pero carecía de ventanas exteriores y se sentía lúgubre. Una mesa había sido colocada en el centro del espacio y estaba bañada en luz. 8t88 se movió ligeramente, lo que causó que el brazo hiciera lo mismo. Era nuevo, para él en todo caso, había sido retirado de otra unidad 88 que mantenía para repuestos. Cómo se sentiría esa máquina o cómo se las arreglaría sin una de sus extremidades no era de interés para el droide. El brazo había llegado ese mismo día. A falta de los servicios de un experto cualificado en robótica, el droide había instalado la parte él mismo.

El cableado había sido conectado al igual que los tubos que llevaban el fluido hidráulico a esa extremidad en particular. Ahora afinaría el relé de la muñeca, ajustaría los roto-actuadores, y lo pondría a prueba. Una vez esto estuviera hecho, se ocuparía de la cuestión de la habitación.

8t88 tendió la mano izquierda.

—Lápiz sintonizador.

El droide mantenía un gran séquito de sirvientes, todos los cuales eran biológicos. El hecho de que los «naturales» le hubieran creado y él los hubiera esclavizado complacía a la máquina. Metal resonó contra metal cuando un humano colocó una herramienta en la mano de 88. El droide la arrojó al otro lado de la habitación.

—¡El *lápiz sintonizador,* idiota! Ahí, dame eso.

El robot cogió el instrumento correcto, hizo los ajustes necesarios y terminó poco tiempo después.

—Así —dijo 8t88 mientras cerraba el puño—, eso está mejor, *mucho* mejor. Ahora llama al idiota que está al cargo.

Los esbirros de 8t88, dos humanos y un gamorreano, se miraron entre sí, se encogieron de hombros, y se tomaron la petición como una de las numerosas excentricidades del droide. Un humano llamado Rol, el mismo que no podía distinguir entre un lápiz sintonizador y una sonda de análisis, salió de la habitación.

La persona que buscaba (un espécimen bastante estirado que se jactaba de haber servido a Jerec durante el periodo en que este fue gobernador planetario y a cada administrador desde entonces) había adquirido lo que sólo podía ser descrito como ínfulas. Se tomó su tiempo para responder a la llamada, precedió a Rol subiendo las escaleras y llegó a los cuartos en cierto modo espartanos del droide. La más pequeña de las sonrisas apareció en los labios cuidadosamente fruncidos del mayordomo cuando entró en la habitación y se inclinó ante 8t88.

—Saludos, su eminencia. ¿Puedo serle de utilidad? —Las palabras goteaban condescendencia. Incomodaban incluso a Rol.

—Puedes contarme la historia de esta casa —respondió 8t88 suavemente.

—Por supuesto —replicó el mayordomo—. ¿Qué le gustaría saber?

—Empecemos con esta sala —dijo el droide con indiferencia, ondeando una mano hacia sus alrededores—. Me he dado cuenta de que limita con el salón de baile. Un lugar bastante inusual para los cuartos de los huéspedes. Dime para qué propósito este magnífico recinto estaba dedicado originalmente… y por qué fui elegido para ocuparlo.

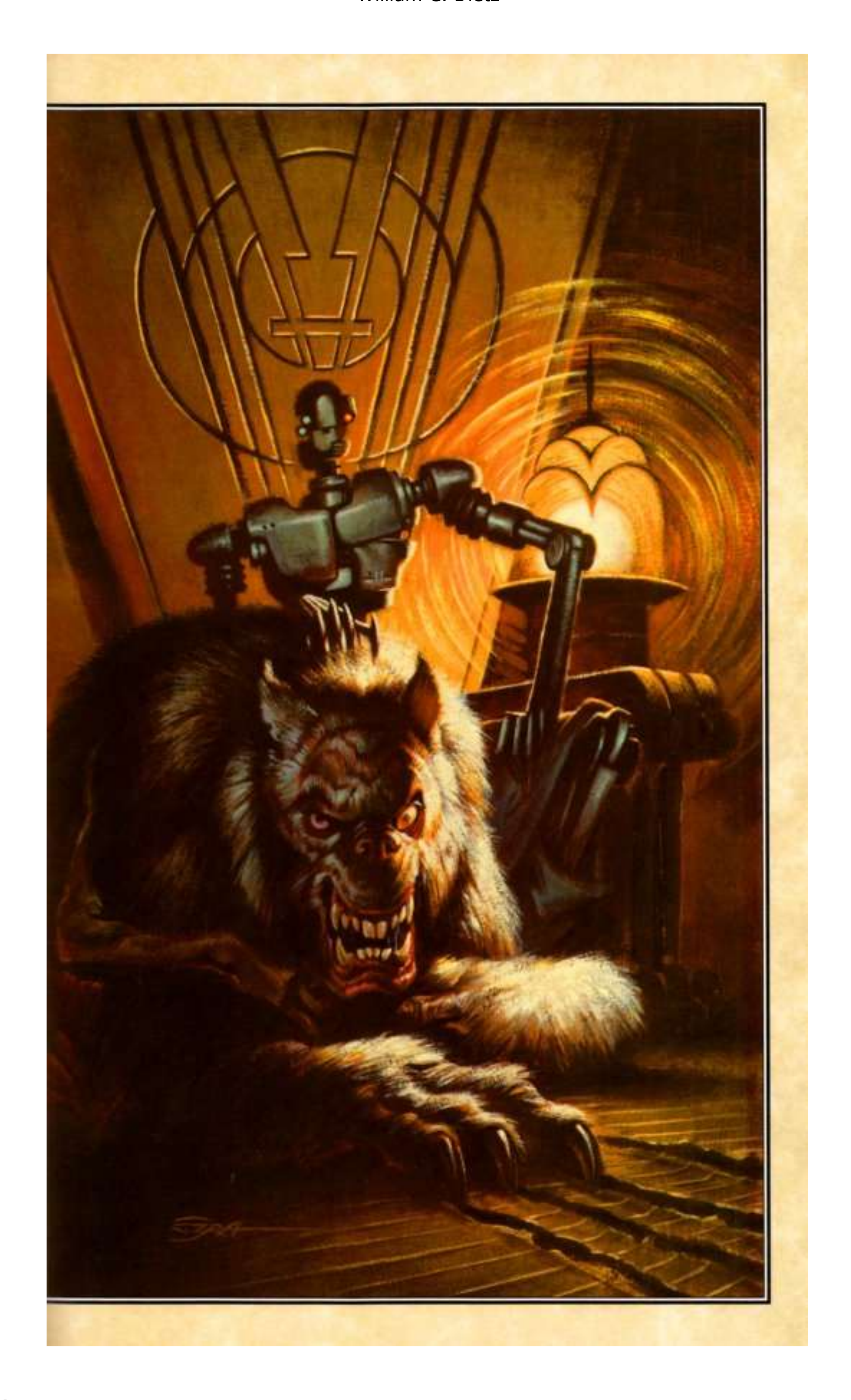
El mayordomo tragó saliva con nerviosismo. La asignación había sido una burla, su manera de poner a una máquina arrogante en su lugar mientras que impresionaba al personal. La posibilidad de que el droide pudiera y quisiera reprenderle por ello nunca se le ocurrió al cada vez más nervioso humano. Pequeñas gotas de sudor aparecieron en su frente. Sus manos comenzaron a temblar. ¿Debería disculparse… o echarse un farol? Eligió lo segundo, una alternativa menos humillante.

—Esta es una suite VIP, señor, elegida debido a su importancia y rango. Y situada en las proximidades de su trabajo.

8t88 movió su dedo índice derecho. Funcionaba sin problemas, lo cual le complació.

—Acércate un poco, por favor. Mis amplificadores no son lo que solían ser.

Rol intercambió miradas con el gamorreano. Sabían que 8t88 podía oír caer un alfiler a un centenar de metros de distancia.



Convencido de que su historia había sido aceptada, y teniendo ganas de caer en gracia a la máquina, el mayordomo avanzó arrastrando los pies. Llevaba un elaborado uniforme confeccionado por él mismo. Un manto se arrastraba tras él. Estaba sucio donde el borde tocaba el suelo.

8t88 esperó hasta que el humano estuvo dentro del alcance de su nuevo brazo derecho, lo extendió, y agarró un puñado del manto. La cabeza de mayordomo dio un latigazo adelante cuando el droide tiró de él.

—Mira mi cara, es la última cosa que verás.

El criado anteriormente altivo pareció deshacerse cuando miró el semblante metálico de la máquina.

—¡Por favor! Siento haberle ofendido… ¡dígame como enmendarlo!

—Ah —dijo 88 juiciosamente—, si sólo pudieras… Pero la disfuncionalidad se oculta en el interior de tu cráneo, un lugar difícil donde hacer reparaciones. No sé si últimamente has visto algún cerebro, pero son difíciles de arreglar. Una CPU tiene más sentido.

El humano ya estaba fuera de sí para entonces. Había aparecido un charco a sus pies y los guardias arrugaron la nariz, excepto el gamorreano, claro, que no se había dado cuenta.

—¿Mi cerebro?

—Claro —respondió el droide—. Suponiendo que tengas uno… Ya sabes, el órgano que se cree superior a las máquinas y goza burlándose de ellas.

El mayordomo intentó protestar, intentó explicarse mientras la fría mano metálica envolvía su rostro, pero pronto perdió las ganas. Parecía que la presión, más el sonido de los huesos faciales rompiéndose, le hicieron desmayarse. Sin embargo, no antes de que gritara… e hiciera que los pájaros salieran volando desde los aleros.



Si la seguridad dentro y en los alrededores de Barons Hed anteriormente había faltado, ciertamente no faltaba ahora. La presencia de Kyle en la granja y la posterior huida habían resultado en un mayor nivel de seguridad.

Se formaban colas frente a las puertas de la ciudad. Los residentes eran escaneados ocularmente antes de admitirles, y los no residentes eran sometidos a interrogatorios. No era un proceso que el agente quisiera soportar, especialmente teniendo en cuenta su condición de renegado y el precio sobre su cabeza. No, tenía que haber una manera mejor de acceder, o eso esperaba.

Pasó una hora mientras Kyle se escondía en un portal ensombrecido y observaba la puerta occidental. Disfraces, artimañas y todo tipo de inteligentes y no tan inteligentes estratagemas fueron concebidas, consideradas y rechazadas, incluyendo un plan potencialmente suicida que incluía escalar el muro y disparar a los guardias. Tenía tantos planes en mente, de hecho, que casi no reconoció la oportunidad cuando llegó.

Las imperiales enviaban patrullas hacia el campo periódicamente, lo que significaba que volvían a todas horas durante el día y la noche. Un par de comandos con motos deslizadoras pasaron por la puerta, seguidos por un explorador flotante blindado cargado de soldados de asalto.

Kyle había estado en patrullas similares y sabía lo agotados que estarían. Los soldados querrían quitarse la armadura, tomar una ducha y buscar una cerveza. Su moral, así como su estado de alerta, estarían en su peor momento… Perfecto para alguien tan desesperado como lo estaba él.

Un AT-ST seguía al explorador flotante, y este (además de una distracción inesperada) proporcionó la oportunidad que el rebelde había estado esperando.

La distracción fue cortesía de un desafortunado ciudadano que tuvo la monumental mala suerte de conducir su rebaño hacia la ruta principal en el momento exacto en que la patrulla pasaba.

Las motos deslizadoras habían partido el rebaño por la mitad, los gra corrían en círculos, y su dueño trataba de poner las cosas en orden. Sin embargo, no era fácil, y los comandos no ayudaron cuando patearon a los animales parecidos a cabras, que entraron en pánico.

Con los gritos del dueño, los balidos de los gra, y los imperiales maldiciendo, Kyle lo tuvo fácil para salir del portal, correr a través de una sección del pavimento, y saltar sobre uno de los pies con aspecto de vaina del AT-ST. Entonces, después de haberse pegado contra el interior de la pata del caminante, Kyle hizo todo lo posible por aferrarse, una tarea aparentemente simple que resultó ser mucho más difícil de lo que había previsto.

Cabalgar sobre la vaina mientras volaba por encima del pavimento recalentado era relativamente simple. La parte difícil venía después. El pie de un cuarto de tonelada caía a una velocidad alarmante y golpeaba el suelo con tanta fuerza que Kyle apenas mantenía su agarre. El impacto doblaba las rodillas del agente, enviaba una sacudida por su columna vertebral y hacía repiquetear sus dientes.

Todo el asunto era *tan* malo que apenas se dio cuenta de que la máquina aplastó un gra, atravesó sin rodeos los restos del rebaño, y giró hacia la puerta fuertemente custodiada.

El agente contuvo la respiración mientras el centinela dirigía un saludo al comandante del AT-ST y miraba arriba cuando tendría que haber mirado abajo, fallando así en ver un par de brazos sospechosos.

Kyle se aferró con todas sus fuerzas a la máquina mientras esta se abría paso a través del laberinto de calles que formaban la parte baja de la ciudad, la sección de Barons Hed donde vivían los ciudadanos más pobres y donde se encontraban la mayoría de los negocios.



La patrulla dobló una esquina preparándose para dirigirse a su cuartel. El rebelde esperó a algo parecido a una sombra, saltó justo antes de que la vaina golpease el suelo, y corrió a esconderse.

El agente se escondió en el abrigo de una pared cubierta de enredaderas, se aseguró de que su partida había pasado desapercibida y enderezó sus ropas. El hecho de que todavía tuviera marcas de barro y grasa trabajaría a su favor. La idea era la de encajar, y los ciudadanos de la ciudad baja no eran conocidos por su esplendor en el vestir.

Kyle salió a la calle, adoptó el aire de alguien que pertenecía al lugar, y se dirigió hacia el centro de la ciudad. Las casas de la ciudad alta estaban bien iluminadas, definiendo la colina en la que se asentaban. La Casa Gubernamental, que resplandecía con luces, coronaba la parte superior. Encontrarla sería fácil… entrar sería más difícil.

Una calle lateral daba paso al Paseo del Bordero, una vía larga llamativamente iluminada que llevaba a la base de la colina. Carteles brillaban, luces parpadeaban, y música sonaba más allá de las puertas eternamente abiertas. Los callejones apestaban a orina, vómito, y al incienso utilizado para cubrir el hedor.

El tráfico, que era mayoritariamente peatonal, aumentó, y lo mismo hizo el peligro. Kyle dejó que su mano se desplazara hacia su arma cuando un par de soldados de asalto aparecieron en el lado opuesto de la calle, se detuvieron para interrogar a un vendedor ambulante, y continuaron su camino. El agente se sintió aliviado, pero sabía que los adversarios más peligrosos serían menos evidentes.

Un viajero espacial salió precipitadamente de un bar, se tambaleó en la acera, y vomitó.

Un droide, con las extremidades retorcidas por accidente o diseño, pedía limosna.

Una mujer, con su maquillaje brillando como si se iluminase desde el interior, sonrió y pestañeó.

Ninguno era una amenaza, pero los que se escondían entre ellos sí. El cazarrecompensas rodiano, con sus ojos en busca de presas, el informador escuchando mientras paseaba por la calle, y el agente imperial evidenciado por sus botas… todos eran enemigos.

Kyle caminó a lo largo de la calle tan rápido como pudo sin llamar una indebida atención sobre sí mismo. No fue hasta que salió de la calle principal y entró en la relativa oscuridad de una zona residencial cuando el rebelde supo que le seguían. *Sintió* la presencia de la otra persona antes de que realmente la viera con los ojos. La Fuerza se ondulaba evitando a la perseguidora de la misma forma en que el aceite se separa del agua.

Kyle esperó a llegar al círculo de luz que ofrecía una de las farolas ampliamente separadas, se detuvo como si estuviera buscando un punto de referencia, y se volvió.

La perseguidora no intentó ocultar su interés y asintió cortésmente. La mujer había sido atractiva, pero eso fue antes de que su ojo izquierdo hubiera sido destruido e instalaran un implante biónico en su lugar. El dispositivo estaba equipado con una torreta de tres lentes que zumbó cuando giró y ofreció un primer plano al cerebro altamente

cableado de la mujer. Kyle se dio cuenta de que la mujer llevaba dos blásters frente al único suyo. Una esfera flotaba sobre uno de sus hombros, su propósito no estaba claro. Su voz era profunda y ronca.

—¿Buscas algo, ciudadano? Tal vez yo pueda ayudarte.

—Gracias —respondió Kyle—, pero no, gracias. ¿Qué hay de ti? ¿Quieres algunas indicaciones? ¿O planeas seguirme toda la noche?

—Tienes un arma interesante ahí —respondió la mujer con naturalidad—. Un poco rara, ¿no?

Kyle maldijo su propia estupidez. El sable de luz no sólo era raro sino valioso y ciertamente llamaba la atención. Debería haberlo ocultado. La mujer podría o no tener refuerzos. Kyle no tenía ningún deseo de averiguarlo; tendría que ocuparse de ella, y rápidamente.

—Sí, es un poco rara, como esa esfera sobre tu hombro… ¿Interesada en un intercambio?

Kyle movió su mano izquierda hacia el sable de luz y fue a por el bláster con su derecha. Sacó el arma y disparó una décima de segundo antes de que la aspirante a ladrona disparase la suya. El disparo de ella falló por muy poco mientras que el de él impactó en su garganta. Ella gorgoteó y cayó desmadejada.

Kyle volvió su atención hacia la esfera, vio un pincho de ocho centímetros emerger, y retrocedió. La esfera zumbó amenazante, osciló de un lado a otro, y se acercó a Kyle con intención de perforar.

El agente retrocedió de nuevo, trató de corregir su puntería, y tropezó con un bordillo. Cayó hacia atrás, sintió el bláster salir volando de su mano y lo oyó repiquetear sobre el pavimento. Estaba a punto de rodar en esa dirección, a punto de exponer su espalda a la afilada aguja de la sonda, cuando una voz se introdujo en su mente. La había oído antes… y sabía que pertenecía a Rahn.

¿Recuerdas Nar Shaddaa? Encuentra la paz en tu interior.

Kyle se acordó de la plataforma de aterrizaje, la manera en la que se ralentizó el tiempo, y la consiguiente batalla. Alcanzar el estado necesario fue más fácil esta vez. La esfera desaceleró, y el zumbido se convirtió en un gruñido grave.

Ahora, continuó Rahn, *lucha como un Jedi*.

Kyle se puso en pie, pulsó un botón, y oyó el aire crujir cuando el sable de luz cobró vida. Aunque más lenta ahora, la esfera continuaba su hipnótico movimiento.

Bien, dijo Rahn. *Ahora, cierra los ojos.*

Kyle contempló la esfera de aspecto letal y negó con la cabeza.

—No creo que sea muy buena idea.

Cierra los ojos, o me marcharé. Hay otros estudiantes, algunos de los cuales muestran ser muy prometedores.

El reproche le hirió, pero el hecho de que Rahn le considerase un estudiante hizo que Kyle se sintiera bien. Recordó al instructor de esgrima de la Academia, un hombre que

esperaba la obediencia incondicional de sus estudiantes y nunca abusaba de su confianza. Kyle cerró los ojos.

Ahora, continuó Rahn, *«siente» la esfera, «siente» la forma en que se mueve*, *y sé uno con ella.*

Kyle trató de verse a sí mismo de la manera en que la esfera lo hacía, como una firma térmica, moviéndose, pero de un modo que su ordenador integrado podía analizar y extrapolar.

Excelente, dijo Rahn alentando. *Sabes adónde irá la esfera a continuación. Apunta a ese punto.*

Kyle «sabía» que la esfera se movería hacia la derecha, llevó el sable de luz hacia el punto donde estaría, y supo que había fallado.

Has estado cerca, dijo Rahn, *muy cerca*. *Inténtalo otra vez.*

Kyle lo intentó de nuevo. Esta vez visualizó una rejilla, verde, con líneas blancas, y «vio» a la esfera mostrada en ella. Se movió a la izquierda, a la derecha, y a la izquierda otra vez. Percibía adónde iría el objetivo y actuó en consecuencia. Cuando el agente abrió los ojos, fue para confirmar lo que ya sabía…

La esfera explotó, y un pequeño fragmento de plástico caliente le golpeó en la mejilla. Metralla voló, y el tiempo volvió a la normalidad. Sintió como si hubiera pasado una hora, pero un vistazo rápido a su crono sugirió otra cosa. Todo el incidente no había durado más de tres o cuatro minutos.

El rebelde pulsó el interruptor, enganchó el sable de luz en su cinturón, y recuperó su bláster. El tiempo pasaba… y había razones para apresurarse.



Jerec no podía ver a 8t88 a pesar del hecho de que la proyección holográfica era de ocho metros de alto y de más de once metros de ancho. Sin embargo, fingía que podía, sabiendo que sus acciones alimentarían los mitos cuidadosamente moldeados que le rodeaban. Mitos que exageraban su considerable poder en un factor de diez.

No obstante, podía *imaginar* el aspecto de 8t88, junto con la recreación del mosaico y el mapa estelar holo-animado. Imaginar, y vanagloriarse en el conocimiento de que estaba a punto de convertirse en la persona más poderosa no de los mundos civilizados, sino del *universo*… una posición para la que él era sumamente apropiado.

—Bien hecho, 8t88. El Valle de los Jedi pronto será mío. Reúnete con el carguero *Estrella de Sulon* en la estación de repostaje de las afueras de Barons Hed. Tus honorarios esperan.

El droide balanceó la cabeza en lo que podría haber sido interpretado como un asentimiento o una reverencia, tocó un botón, y desapareció.

Jerec dio la espalda al holo-tanque y dejó que la tripulación del puente contemplara sus ojos hacía tiempo muertos. Sariss estaba allí, él podía *sentir* su presencia.

—Tenemos lo que habíamos venido a buscar… Sariss, prepara el *Venganza* para el hiperespacio.

Sariss se inclinó.

—Sí, milord.

Órdenes fueron dadas, se encendieron motores, y la nave dejó la órbita.



Aunque no poseía los matices emocionales que experimentan los seres humanos, 8t88 sentía lo que él imaginaba ser un enorme sentimiento de satisfacción.

Para completar su tarea, el droide había creado un mapa estelar tridimensional del mosaico del techo y había transmitido la información digitalizada hacia el *Venganza*. El original, que 8t88 continuaba proyectando hacia el centro de la habitación, flotaba ante él. Tenía algo de belleza… Echó una última mirada antes de apagar la imagen. El mapa había sido entregado, el pago asegurado, y podía permitirse el lujo de regodearse.

La muerte del mayordomo había funcionado de maravilla con el personal doméstico, que tenía un respeto repentino y sin precedentes a las máquinas inteligentes. Quizá el asiento similar a un trono era un poco excesivo, pero apreciaba el simbolismo, y a 8t88 le placía usarlo. Su mascota, un monstruo alado con una mandíbula sobresaliente y párpados gruesos, gruñó y se agazapó a su derecha. Su cola corta y rechoncha hizo un sonido sordo cuando golpeó el suelo de madera.

Una mesa larga y tallada con adornos se extendía hacia el otro extremo de la habitación. Unas sillas estaban paradas a cada lado, algunas echadas hacia atrás para permitir el acceso, otras empujadas hacia delante. El mosaico reconstruido ocupaba la mayor parte de la superficie de la mesa. La bestia gruñó y olfateó el aire. El droide dio unas palmaditas en la cabeza del monstruo.

—¿Qué ocurre, mi mascota? ¿Otra vez hambriento?

Las sombras se agitaron. Kyle Katarn salió a la luz. Sostenía un bláster en la mano. La bestia se levantó sobre sus pies. Saliva goteaba de sus mandíbulas, y un gruñido retumbó en su garganta. 88 sujetó al arnés del animal.

—Todavía no, mi mascota… podrás comértelo más tarde.

—Veo que has encontrado un brazo nuevo —comentó Kyle a la ligera—. Debería haber apuntado a tu cabeza.

El droide se puso en pie. Una señal electrónica fue enviada.

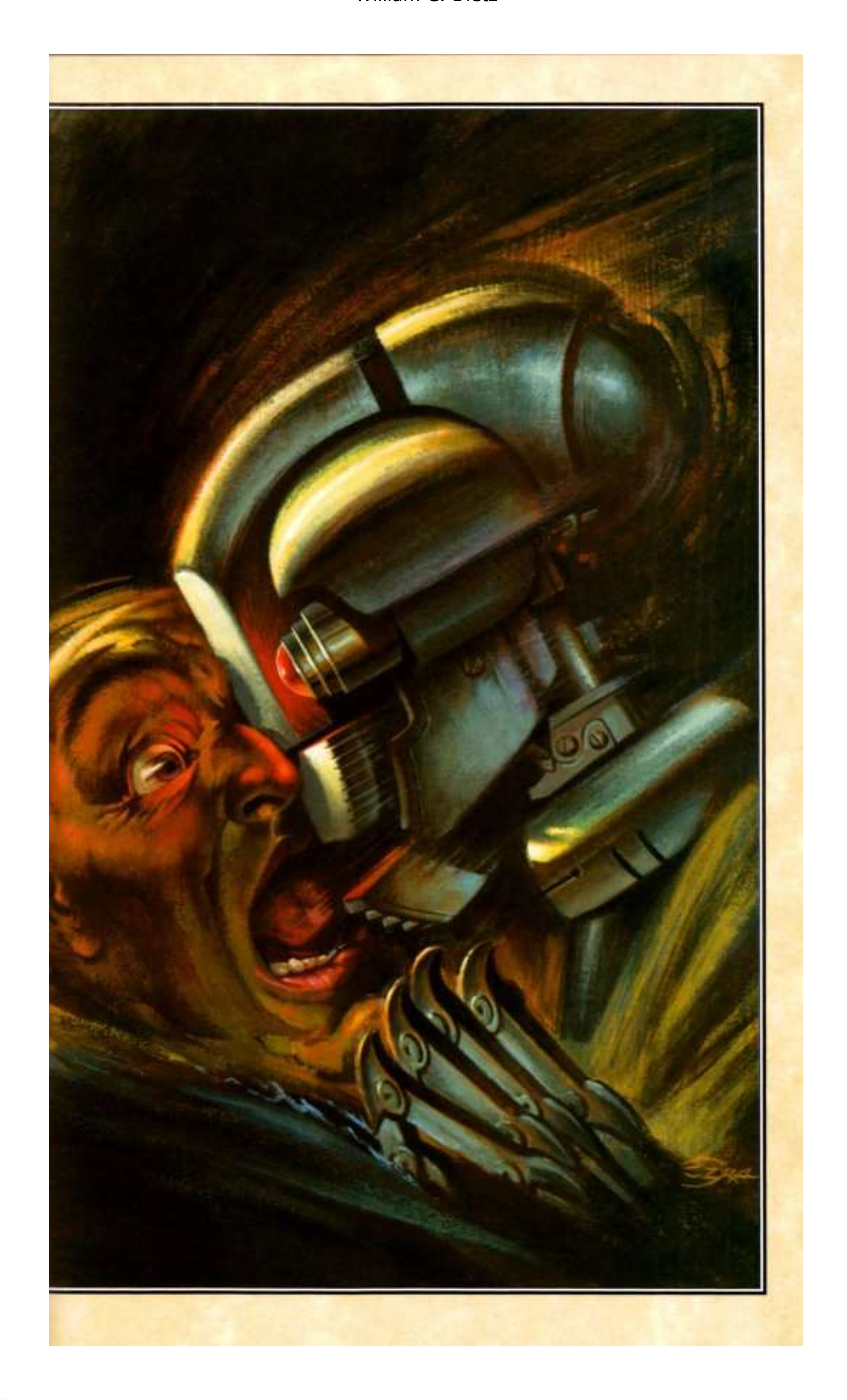
—¡Rol! ¡Hontho! ¡Trox! ¡Cogedle!

El rebelde negó con la cabeza burlonamente.

—Lo siento, viejo cubo oxidado, pero Rol y sus amigos están indispuestos permanentemente. Quiero el mapa.

El droide hizo un gesto hacia la mesa.

—¿En serio? Coge el mapa. Adelante… guárdalo en tus bolsillos.



—Gracias —dijo Kyle secamente—, pero no, gracias. La versión digital sería mucho más conveniente.

Un motor chirrió, una sección del techo comenzó a descender, y se filtró luz a su alrededor. Kyle movió el arma para cubrir la plataforma cuando aparecieron un par de piernas. 88 retrocedió. Su mascota se resistió y dejó marcas de garras en el suelo.

Yun sonrió, se dejó caer sobre la mesa, y activó su sable de luz. Este cobró vida.

—¿Quieres el mapa? Bien, te lo cortaré a medida.

El sable láser se elevó y descendió. Volaron piezas sobrecalentadas. Kyle apuntó su arma pero sintió que un martillo golpeaba contra su pecho. No un martillo *real*, sino uno moldeado con la Fuerza, e igual de eficaz. Él retrocedió y se golpeó contra una silla. El bláster cayó lejos, y Yun sacudió la cabeza.

—Así que esto es lo que el Lado Luminoso envía contra nosotros. No me extraña que tengamos éxito. —dicho esto, con el sable de luz zumbando en su mano, anduvo a lo largo de la mesa. Azulejos rotos se dispersaban bajo sus pisadas.

Kyle reconoció al Jedi como uno de los tres que vio en la granja… el joven.

El rebelde se puso en pie, dio una patada a la mesa, e hizo un salto mortal hacia atrás. La silla cayó al suelo, y el agente aterrizó sobre sus rodillas.

8t88 arrastró a su mascota todavía poco dispuesta hacia una alcoba. Una puerta de duracero se cerró de golpe ante él. La maquinaria chirrió cuando el turboascensor lo llevó hacia arriba.

Sorprendido por el movimiento de Kyle y un poco más que intrigado, Yun se movió adelante. Kyle, que todavía estaba de rodillas y en desventaja, sacó su sable de luz. La energía crujió y el olor a ozono llenó el aire cuando el rebelde logró levantar su arma y bloquear el ataque del Jedi.

Yun frunció el ceño. Parecía que su rival era más capaz de lo que le había sugerido la primera impresión. El Jedi sintió un goteo mínimo de miedo penetrar en sus entrañas.

Kyle sintió la duda del otro hombre, logró ponerse en pie, y permitió a su oponente centrarse. A pesar de que en sus lecciones de esgrima había usado una hoja fija y su duelo con la esfera había sido algo breve, la combinación daba al rebelde experiencia desde la que igualarse con su rival. Se concentró en los ojos del Jedi, *sintió* el flujo de Fuerza a su alrededor, y se lanzó a la derecha.

Yun vio cambiar de posición a su adversario, se movió para interceptarlo y se agachó cuando la energía letal barrió a través del espacio donde había estado su cabeza. Había estado cerca. Demasiado cerca para un completo novato.

Kyle atacó de nuevo. Aunque ligeramente, su golpe cortó a través de la parte superior del brazo de Yun y derramó sangre, que se cauterizó por el calor del arma.

Un grito escapó de los labios del Jedi mientras el sable caía de su mano, perdió el equilibrio y derrapó sobre su espalda. Kyle se acercó, y Yun levantó su brazo. Estaba asustado, *muy* asustado, pero decidido a mantener su orgullo.

—¡Mátame, rebelde, justo como yo te mataría!

Parecía un buen consejo, y Kyle levantó su arma. Pero cuando estaba a punto de golpear, las palabras del otro hombre resonaron en su cabeza. «Justo como yo te mataría». ¿Era esa la clase de hombre que quería ser? ¿De la clase que mataría sin motivo? 8t88 tenía el mapa, y el Jedi había sido neutralizado. Kyle retrocedió tres pasos, bajó su arma, y apagó el dispositivo. Rahn, ausente hasta ese momento, reapareció.

Tu padre y yo estamos orgullosos de ti, hijo mío, la piedad es la primera y principal entre las virtudes de un Jedi.

Yun estaba sorprendido aunque pensativo al mismo tiempo. Había algo en las acciones del otro Jedi que *sentía* correcto. ¿Cómo era posible? La piedad era sinónimo de debilidad. Pensó en Sariss, en lo avergonzada que su mentora estaría, y deseó estar en cualquier otro lugar. Yun flotó hacia el techo. Su arma le siguió.

Kyle lo observó por un momento, sus ojos fijos en los de Yun, y se dio cuenta de su error. ¡8t88! El agente se giró y levantó su arma. Pero la habitación estaba vacía, o así parecía hasta que un disparo de bláster chisporroteó pasando más allá de la cabeza del agente.

—¡Ahí está! ¡Matadlo!

Disparos de bláster brillaron en la oscuridad y rebotaron cuando Kyle usó el sable de luz para desviarlos. La acción fue instintiva, pero asustó a los soldados de asalto.

—¿Has visto eso? ¡Es un Jedi!

Hubo una pausa mientras algunos de los soldados intentaban correr y eran detenidos por un sargento, bláster en mano. Fue necesario disparar a uno de ellos en la rodilla para que los demás se dieran la vuelta.

Kyle recuperó su bláster, dio la vuelta hacia una escalera y se llevó el comunicador de la muñeca a la boca.

—Hey, Jan, ¿qué te parece recogerme?

Jan rodeaba la casa, esperando a que una lanzadera imperial dejara libre la plataforma del tejado y así poder aterrizar.

—Lista y a la espera, Kyle… encuéntrate conmigo en el tejado.

—Me alegra oírlo —contestó Kyle, rociando el salón de baile con fuego de bláster—. Creo que mis anfitriones se han hartado de mí.

—A veces tienes ese efecto sobre la gente —acordó Jan—. Yo soy la excepción.

Kyle subió por las escaleras disparado, abrió una puerta y caminó hacia la noche. Los repulsores llamearon mientras el *Cuervo* se posaba sobre la plataforma. El agente sonrió.

—Qué suerte la mía.

—Sí —convino Jan—, qué suerte la tuya. Ahora, a bordo.

Kyle corrió por la rampa, entró por el vientre de la nave y se abrió paso hasta la sala de control.

—¿Has visto a alguien irse?

—Sí, una lanzadera despegó antes de que yo llegara.

Kyle maldijo.

—Ese era 88… ¡El miserable montón de chatarra tiene el mapa! ¡No lo dejes escapar!

Jan sabía que tendría que haber respondido «¿qué mapa?», pero estaba cansada de la farsa.

—No, señor. Sí, señor.

El *Cuervo* se elevó del tejado y giró mientras una batería antiaérea se desplegaba y disparaba hacia el sur. Una ráfaga de disparos energéticos cortaba el paso a proa. Jan emprendió una acción evasiva. Kyle fue arrojado a la cubierta. Se puso en pie.

—Gracias por el aviso.

—Lo siento. Se me ha ido la mano, eso es todo. Mejor agárrate.

Kyle hizo lo que le dijo y miró a Jan por el rabillo del ojo. Era maravillosa y exasperante al mismo tiempo. ¿Cómo se las arreglaba para hacerlo?

Luces aparecieron en el horizonte, y Jan sonrió.

CAPÍTULO 7

Ciudad Combustible estaba situada a diez kilómetros al sur del espaciopuerto por razones de seguridad. Incluía filas de tanques de almacenamiento, que estaban conectados por un laberinto de tubos y alimentaban nueve estaciones de repostaje elevadas. Las luces, que parecían colocadas desordenadamente por todo el complejo, proyectaban miles de sombras misteriosas.

El *Estrella de Sulon* flotaba sobre la estación seis y se mantenía trabado en su lugar por una red de rayos tractores. El combustible entraba en la nave a través de mangueras lo suficientemente extensas como para alcanzarla.

8t88 guió la lanzadera bajo el vientre del carguero y esperó a que los ordenadores se comunicaran entre sí. Una escotilla se abrió, y la lanzadera se elevó bajo un cono de luz de color azul verdoso. La bahía era intencionalmente pequeña para maximizar la capacidad del carguero. Había cuatro huecos para naves pequeñas, tres de los cuales estaban ocupados; dos por naves de escape y uno por una lanzadera imperial.

8t88 registró una sensación de satisfacción cuando activó el piloto automático de la nave y salió de la cabina. La lanzadera pertenecía al *Venganza*. Jerec era eficiente, una cualidad poco común cuando se trataba de biológicos, y una que valía la pena celebrar.

La bestia se lamió, oyó un ruido y se volvió en esa dirección. Su cola golpeó inquisitivamente. 88 asintió.

—Sí, mi mascota, puedes venir.

La bestia ronroneó y estiró las alas mientras 88 liberaba su arnés. La máquina habría preferido dejar al animal, pero sin guardaespaldas para protegerle, la bestia era mejor que nada.

Salieron de la lanzadera, se dirigieron a una escotilla, y esperaron a que se abriera. No había nadie para recibirlos… un insulto que el droide no olvidaría, y otra manifestación de prejuicios anti-máquinas.

Pasos resonaron entre los mamparos y garras cliquearon contra el metal mientras el dúo se abría paso a través de pasillos vacíos y entraba en la cámara de oficiales de la nave. La luz se reflejaba en la superficie de una mesa metálica rayada, las sombras se

profundizaban en los rincones de los mamparos, y no había señales de vida. La cadera del droide chirrió cuando se volvió.

—¿Hola? ¿Hay alguien aquí?

Algo se movió. Una, no, *dos* figuras se separaron de la oscuridad y salieron a la luz. 8t88 sintió la misma sensación de vacío que los humanos llamaban un «mal presentimiento» sobre algo cuando la tenían. ¿Gore? ¿Pic? ¿Por qué Jerec enviaría Jedi para lo que resultaba ser un asunto rutinario? ¿O alguien había decidido ofrecerle el respeto que se le debía? Sí, decidió el droide, eso lo explicaba. Habló con la autoridad casual de un ser superior.

—Estoy aquí para recoger mi pago.

Los «gemelos» sonrieron, pero las expresiones estaban vacías de humor. Fue Pic quien habló.

—Bien… porque estamos aquí para entregarlo.



Jan todavía estaba disculpándose con el control aéreo de Ciudad Combustible, seguía inventándose excusas, mientras el *Cuervo* partía.

—Lo siento, control. Estaba confusa, eso es todo. Cambio.

El Capitán Zyak era muy consciente de cómo podían confundirse los pilotos civiles. Sacudió la cabeza disgustado. Llevaba un bigote fino y una mueca de edición estándar.

—Recibido, uno-nueve-dos. Sólo saque ese montón de chatarra de mi pantalla. Y sea más cuidadosa en el futuro.

Jan sonrió.

—Entendido, control.

A Zyak le gustó el sonido de su voz y decidió darle un consejo.

—Vigile su vector, uno-nueve-dos, hay problemas en Barons Hed, y sería muy fácil para una de esas baterías de misiles cometer un error. Cambio.

Jan se esforzó por sonar preocupada.

—Problemas… sí, señor… gracias por el aviso. Corto.

Zyak se acercó a la ventana y observó las luces de posición de la nave perderse en una galaxia de luz. Se preguntó qué aspecto tendría la piloto y sabía que nunca lo averiguaría. La vida, si se podía llamar así a este período de servicio, era cualquier cosa menos justa.



Kyle observó partir al *Cuervo*, esperó el tiempo suficiente para asegurarse de que Jan estaba bien, y se centró en la tarea entre manos. Rastrear a 8t88 era una tarea difícil por el hecho de que las máquinas no parecían perturbar la Fuerza de la manera en que los seres vivos lo hacían.

Sin embargo, gracias al hecho de que sólo tres de las nueve estaciones de repostaje estaban ocupadas, el agente fue capaz de reducir sus opciones. Una de las naves era demasiado pequeña, y otra estaba totalmente automatizada, lo cual dejaba un carguero llamado *Estrella de Sulon*. El rebelde eligió lo que parecía ser la pasarela correcta. Estaba vacía y resonaba con sus pasos.

Como la mayoría de las naves de su tipo, el *Estrella de Sulon* estaba equipado con una escotilla de emergencia situada en la superficie superior de su casco. La pasarela pasaba aproximadamente a diez metros por encima de ella. Kyle se detuvo, comprobó los alrededores, y pasó las piernas por encima de la barandilla. El salto parecía factible, a pesar de la curvatura del casco.

Después de revisar sus armas para asegurarse de que estaban seguras, el agente saltó al aire y cayó como una roca. Absorbió la mayor parte del impacto con las rodillas dobladas, se aseguró de que el salto había pasado inadvertido, y se dirigió a la escotilla.

La escotilla superior, al igual que el resto de puertas de la nave, estaba abierta en cumplimiento de las normas de seguridad de la estación. Las compuertas abiertas permitirían entrar a las auto-mangueras en caso de incendio mientras la tripulación escapaba.

Kyle se había inventado una historia para explicar su presencia en caso de encontrarse con un miembro de la tripulación. Pero no tuvo que utilizarla. El agente bajó a través de la escotilla y se dejó caer en el pasillo sin mayores problemas.

¿Estaba la nave desierta? Pareció así hasta que Kyle *sintió* la Fuerza ondular desde algo y supo que había otros. ¿8t88? No, pero la sensación era una reminiscencia de la repugnante mascota del droide. Y si la mascota estaba presente…

Cauteloso ahora, y no teniendo ganas de enfrentarse cara a cara con la bestia alada, Kyle sacó el bláster.

El pasillo se curvaba a la derecha, y él giró con él. Podía *sentir* a la criatura. Y también algo menos definido, como si estuviera de alguna manera apantallado.

El agente dobló una esquina, vio luz derramarse a través de una escotilla, y avanzó en paralelo al mamparo. Se detuvo junto a la abertura, aguzó el oído en busca de movimiento, y oyó el aire silbar a través de los conductos sobre su cabeza. Era extraño, *muy* extraño, y a Kyle no le gustaba.

El rebelde entrecerró los ojos, envolvió sus dedos alrededor del bláster, y se movió. Se deslizó por la escotilla, dejó una pared de duracero a su espalda, y examinó el camarote.

Vio a 88 y oyó el gruñido al mismo tiempo. El droide estaba sentado en una silla, de espaldas a la puerta, y el monstruo estaba agazapado más allá. Sus ojos eran rojos y penetraban la oscuridad. Kyle medio esperó que la bestia le atacara, pero se quedó donde estaba. Algo más tranquilo pero listo para disparar en caso de necesidad, el rebelde se movió adelante.

—He estado esperando este momento.

—Yo también —dijo una voz.

Una serie de cosas sucedieron a la vez. La cabeza de 8t88 cayó de sus hombros, rebotó en su regazo y rodó por la cubierta. El monstruo se lanzó, se la tragó de un bocado, y pareció sorprendido.

Kyle oyó la voz y se giró hacia el sonido. Un escudo mental cayó, y de las sombras salió algo enorme. Llevaba un casco, protección para la barbilla y armadura pectoral… Pero de mayor importancia aún era el enorme sable de luz que el Jedi Oscuro agarraba con una mano de tres dedos. El aire crujió cuando la monstruosa arma segó a través del aire.

Kyle frunció el ceño, se preguntó cómo un Jedi podía ser tan estúpido, y disparó a Gore en la cara. El gigante se tambaleó y cayó hacia atrás. Aterrizó con un ruido sordo. Su sable de luz se precipitó girando a través del aire, el mango golpeó el suelo y se apagó.

Kyle seguía pensando en lo que había ocurrido cuando un lunático cayó sobre su espalda y hundió sus afiladas garras en la carne.

—¡Has matado a Gore! ¡Ahora *tú* lo pagarás!

Kyle intentó sacudirse al agresor, sintió una hoja cortarle al lado de la garganta, y soltó el bláster. Dedos buscaron los ojos del agente mientras este extendía las manos hacia su espalda. Encontró un brazo de huesos finos y forcejeó con él mientras retrocedía a través del cuarto. El agente golpeó el mamparo tan fuerte como pudo. Sonó un crujido.

Pic profirió un grito agudo que alcanzó la mente de Kyle como un disparo energético y cayó a la cubierta.

Aturdido por el ataque y sangrando por media docena de heridas punzantes, Kyle se alejó tambaleándose.

Estimulada por el olor de la sangre y ávida ante una muerte fácil, la bestia inició su ataque. Las garras del monstruo arañaron la cubierta buscando mejor tracción. Un rugido emanó de las profundidades de su garganta mientras cargaba.

Aunque ralentizado por el dolor en su cabeza, Kyle aún logró coger el sable de luz de su cinturón y girarse. El arma fue un borrón a través del aire, alcanzó al monstruo en la boca, y cortó la parte superior de su cabeza.

Kyle no fue consciente de que el animal había muerto… las piernas continuaron avanzando hasta que el monstruo golpeó un armario de equipo y se derrumbó. El metal cedió, las puertas se abrieron, y piezas se esparcieron por la cubierta.

Aturdido y encantado de estar vivo, Kyle apagó el sable de luz y se dejó caer en una silla. La una vez inmaculada habitación se había transformado en una morgue. La visión, por no mencionar el olor, le daba náuseas.

Lentamente, con el fin de minimizar el dolor, el agente se puso de pie. Estaba situado sobre el monstruo y reflexionó qué hacer. La criatura estaba de cara al suelo, o lo habría estado, si su cara hubiese sobrevivido.

El rebelde agarró una pata que rápidamente se estaba poniendo rígida, le dio la vuelta al monstruo, y encendió nuevamente el sable de luz. El olor a pelo quemado llenó las fosas nasales de Kyle cuando hizo una larga incisión ligeramente ondulada.



El agente sintió náuseas cuando rollos de intestino azul verdoso salieron de la cavidad abdominal del monstruo y se derramaron sobre la cubierta. Había tres estómagos para elegir. Pero sólo uno parecía del doble de su tamaño normal.

Arrugando la nariz con asco, Kyle cortó el órgano abriéndolo, vio la cabeza de 88 y alargó la mano para cogerla. Los dedos del agente se deslizaron a través de una capa de bilis verde, encontró las tomas oculares del droide y las usó para asegurar la adquisición. Kyle sacó la carcasa y reprimió una serie de arcadas.

Después de haber limpiado y secado la cabeza con ropa sacada de un armario, el agente estaba a punto de irse cuando un grito agudo le hizo girarse.

Pic había recuperado la conciencia. El Jedi era poco más que un borrón. Ya había cubierto la mitad de la distancia entre ellos y estaba por el aire para cuando el rebelde empezó a reaccionar. No había tiempo para pensar. El instinto asumió el control.

La cabeza pesaba unos buenos diez kilos y estaba hecha de metal. Describió un arco alrededor del cuerpo de Kyle y golpeó con considerable fuerza. Hubo un fuerte crujido cuando cráneo golpeó contra cráneo, y Pic, que no parecía otra cosa que un muñeco de trapo, voló a través del compartimiento, se estrelló contra un mamparo, y cayó a la cubierta.

Paranoico para entonces, el rebelde recuperó su bláster, revisó cada cuerpo buscando señales de vida, y dejó el compartimiento: lo más seguro y más conveniente era volver por el camino por el que había venido.

Kyle giró a la izquierda, escuchó a alguien gritar y sintió, más que vio, el disparo de energía que voló más allá de su cabeza. El agente gritó hacia su comunicador de muñeca y se cubrió tras una esquina. Tenía lo que había ido a buscar. ¿Pero podría escapar?



La impresión 3D había sido enrollada en un cilindro y asegurada con un trozo de alambre. Jan se había encontrado con el artículo mientras buscaba su multiherramienta y lo había abierto. Una mujer le devolvía la mirada, una mujer tan bonita que Jan se sintió momentáneamente celosa hasta que reconoció los ojos de Kyle en ella y supo de dónde le habían venido. Aquí había una mujer que también había amado a Kyle, aunque de una manera diferente.

El sonido de la voz de Kyle la sobresaltó.

—Hey, Jan. Tengo lo que he venido a buscar, pero estos payasos lo quieren de vuelta. ¿Qué tal un paseo? Cambio.

Jan quitó las botas de la consola y habló por su auricular.

—Aguanta. Estoy de camino. Corto.

Todos los sistemas principales estaban en línea. Jan accionó algunos interruptores, esperó las correspondientes luces verdes, y encendió los repulsores de la nave. El *Cuervo* se elevó.

Un campesino regresando de un recado nocturno vio la nave salir de un hueco, perdió el control de su aerotrineo, y cayó de manera desagradable.

Jan giró la proa hacia Ciudad Combustible y dio potencia. El humor ligero de Kyle no la engañó ni por un momento… estaba en problemas. Cada segundo contaba.

Volaba bajo esta vez… tan bajo, que control de Ciudad Combustible no la vería hasta que fuera demasiado tarde. Un rebaño de gra se dispersó cuando sobrevoló la cima de una colina. Luces brillaban en el horizonte.



Parecía como si alguien hubiera pedido ayuda porque la nave estaba llena de tropas. Kyle disparó a un oficial, se abalanzó por el pasillo y vio la escalera de acceso.

Unas piernas blindadas aparecieron, seguidas por el torso de un soldado de asalto. Sus botas golpearon la cubierta; se volvió, vio a Kyle, y fue a por su arma de asalto. Colgaba a través de su espalda y no era fácilmente accesible. El agente disparó tres veces al imperial en una rápida sucesión y lo vio caer.

Un indicador brilló en rojo señalando la necesidad de un nuevo paquete de energía. Había paquetes de repuesto en el cinturón del agente pero no había tiempo que perder, no con un rifle de asalto en perfectas condiciones esperando ser recogido. Enfundó el bláster, agarró el arma más potente y giró hacia el otro extremo del pasillo.

Un trío de comandos rodearon la esquina, se detuvieron junto al cuerpo de su oficial y abrieron fuego.

Kyle se agachó, disparó tres ráfagas cortas y derribó a dos de ellos. El tercero se lo pensó mejor y huyó.

Kyle aprovechó el respiro para trepar por la escalera y cerrar la escotilla interna. Dos minutos de fuego sostenido fueron suficiente para soldarla, bloqueándola.

Una vez hecho esto, el rebelde subió por la esclusa y asomó la cabeza al exterior. No había señales de Jan. Pero había mucha oposición. Eran visibles diez o doce imperiales en las pasarelas que le rodeaban. Un soldado lo devisó, gritó algo incoherente y abrió fuego.

Agradecido por la protección ofrecida por la esclusa, Kyle les devolvió el favor. El imperial extendió los brazos y cayó en la oscuridad de abajo. Se gritaron órdenes, y el fuego vino de todas partes.



El Capitán Zyak había completado su turno y estaba a punto de irse a sus cuartos cuando se desató todo el revuelo. La información llegaba con dificultad, pero a juzgar por las comunicaciones fragmentadas y la forma en que los haces de energía se entrecruzaban de un lado a otro, un tiroteo en toda regla estaba teniendo lugar.

Dado el hecho de que su reemplazo (un espécimen de rostro cetrino llamado Nomo) acababa de graduarse en la escuela de control de tráfico aéreo, el oficial decidió quedarse. Miró a través de unos electrobinoculares y habló con un murmullo.

—Teniente Nomo. Póngase en contacto con el idiota que esté al cargo de esas tropas y recuérdele que bautizaron este complejo como «Ciudad Combustible» por una razón. Un disparo en el lugar equivocado y cada uno de nosotros acabará muerto.

La mano de Nomo temblaba mientras levantaba un comunicador y hacía la llamada necesaria.

—Nave entrando —dijo un técnico escuetamente—. Vector ocho… y se acerca rápidamente.

—Dígales que se larguen —ordenó Zyak, escudriñando la batalla—. Tengo suficientes problemas.

—He hablado con su oficial al mando —dijo Nomo con urgencia—. Tiene órdenes de matar a los infiltrados sin importar el coste.

—Su trasero será el primero en arder —dijo el oficial con cansancio—, pero no se puede razonar con gente como esa. Llame a operaciones, dígales que detengan las bombas y purguen los conductos. Ordene cerrar las válvulas de la uno a la cuarentaiséis. Cuanto menos combustible haya en circulación, mejor.

—La nave entrante sugiere que realicemos un acto antinatural sobre nosotros mismos —dijo el técnico pacientemente—. ¿Respuesta?

Zyak se volvió, se acercó a la posición del técnico y examinó sus pantallas. Había visto antes al objetivo. Uno-nueve-dos había vuelto, y había muy pocas dudas de por qué…

La piloto con la voz agradable había dejado un equipo de agentes en *su* complejo y estaba planeando extraerlos. Zyak recordó el consejo que le dio y se sintió traicionado. Era estúpido, lo sabía, pero así es como se sentía.

—Bórrela del cielo —dijo Zyak con aplomo—, y hágalo ahora.



Jan movió el *Cuervo* de babor a estribor en un esfuerzo por confundir a las baterías de misiles tierra-aire. Oía un tono cuando se disparaban las armas. El ordenador de la nave encontraba los misiles, los clasificaba por tipo y trasladaba la información a su consola.

Jan eyectó contramedidas en un esfuerzo por crear más blancos, disparó cuatro misiles antimisiles, y usó su cañón de energía para hacer estallar un tanque de combustible periférico. Este explotó, atrayendo a cada misil rastreador de calor que estaba en el aire, y volvió a erupcionar. Una obscena flor rojo-anaranjada floreció, consumiendo todo a su alrededor, y envió pétalos hacia el cielo.

—Por todos los dioses —dijo Nomo, con la voz llena de asombro—, ¡miren eso! ¡Hemos hecho desaparecer la nave del cielo!

—*Eso* era el tanque de almacenamiento dieciséis, idiota —respondió Zyak con desdén—. ¿Han purgado ya los conductos?

Nomo comprobó una consola.

—No completamente, señor. Indican setenta por ciento y bajando.

—¿Y las válvulas?

—Están trabajando en ello… algún tipo de relé ha caido. ¿Por qué es tan importante purgar las…?

La pregunta de Nomo fue interrumpida cuando los tanques quince, catorce y trece explotaron en rápida sucesión. Las explosiones hicieron temblar las ventanas de transpariacero e hicieron caer una taza que se estrelló contra la cubierta. Incendios, cada uno solapando al siguiente, iluminaron la noche.

—Por eso los conductos son tan importantes —dijo Zyak amargamente—. Mientras tengan combustible en su interior y las válvulas permanezcan abiertas, funcionarán como mechas. Bien, Nomo, es *su* guardia. Solucione este asunto y será capitán el lunes. Falle, y trabajará en las minas.

El color se desvaneció de la cara del joven oficial mientras veía a Zyak recoger sus objetos personales de un cajón.

—¿Minas? ¿Qué minas? ¿Adónde va?

—Tan lejos como pueda —dijo Zyak lúgubremente—. Tan lejos como pueda.



El *Cuervo* viró a la izquierda y luego a la derecha mientras Jan guiaba la nave entre los pilares de fuego. La torre de control apareció a la izquierda y pasó a cincuenta metros de ella. Una cara asustada se asomó y desapareció.

—¿Kyle? ¿Dónde diablos estás? No tendremos una segunda oportunidad. Cambio.

Kyle vio cómo otro tanque de almacenamiento explotaba en el norte, se dio cuenta de que la destrucción se dirigía hacia él, y habló por el comunicador de muñeca.

—Busca la estación seis. Estoy en la superficie superior de un gran carguero. Cambio.

El sistema de acoplamiento informatizado de Ciudad Combustible seguía funcionando. Un diagrama apareció en la pantalla de navegación del *Cuervo*. Jan localizó la estación seis, esquivó un pilón de comunicaciones y disparó los retros. La nave desaceleró, descendió hasta situarse en un curso de aproximación apropiado y avanzó. Fuego de bláster salpicó el casco de la nave, pero carecía de la fuerza para penetrarlo. Las armas más grandes y poderosas, las asignadas a defender todo el complejo, estaban equipadas con retenciones que les impedían disparar hacia una estación de repostaje… una precaución bastante sabia, considerándolo todo.

El *Cuervo* se perfilaba a contraluz de un fuego lejano. Kyle levantó los brazos y juntó las muñecas mientras la nave se colocaba en posición. La rampa zumbó y se detuvo bruscamente. Una ráfaga de viento había golpeado el lado de estribor del casco, y Jan luchaba por controlar la nave.



El agente comprobó que tenía bien agarrada la cabeza de 88, esperó a que la rampa se abriera, y dio el salto necesario. La rampa rebotó, se balanceó, y subió a Kyle. Disparos de energía destellaban, pero ninguno se acercó lo suficiente como para preocuparse.

Una vez dentro, Kyle se dirigió a la cabina. Jan arrugó la nariz.

—¿Quién es tu amigo? Podría usar un desodorante.

Kyle sonrió.

—Jan, te presento a 8t88. Lo que queda de él, de todos modos. 8t88, te presento a Jan. Es un poco gruñona a veces. Pero es muy guapa. Algo que no se puede decir de *ti*.

Era un buen cumplido, y uno que Jan habría disfrutado mucho más si las circunstancias hubiesen sido distintas. Los sensores se dispararon cuando un caza TIE se acercó. Jan ejecutó una vuelta sobre el ala, rodeó una unidad de almacenamiento intacta, y abrió fuego. La nave enemiga pareció tambalearse, penetró en el tanque de cabeza y desencadenó una explosión masiva. Metralla voló en todas direcciones, perforando un conducto y derramando combustible en el suelo. Un pedazo de escombro aún ardiendo se estrelló en el líquido y le prendió fuego. El lago se expandió y envolvió la instalación en un abrazo candente.

Kyle tragó y luchó contra el deseo de coger los controles.

—¿De dónde demonios ha salido *ese*?

—Creo que los cazas TIE son fabricados por Sistemas de Flota Sienar —replicó Jan con dulzura—, ¿o te referías al piloto?

—Ex-piloto —dijo Kyle secamente—. Dirígete a los cañones Nefra. Tal vez podamos perderlos.

Aunque no estaba tan familiarizada con Sulon como Kyle, Jan sabía que los cañones eran parte de la región seca y semiárida que se encontraba justo más allá de la cordillera Hanto, a sólo unos minutos de distancia del vuelo del *Cuervo*[1]. Para entonces el sol se había levantado por el horizonte oriental e inundaba la tierra con luz rosada.

Jan viró hacia el este, vio a Kyle levantarse de su silla, y supo lo que tenía intención de hacer. El *Cuervo* era vulnerable por detrás.

Aparecieron las montañas por delante. Un grupo de cazas TIE tomó posición detrás de ellos y abrió fuego. Jan se movió de un lado a otro. El fuego de cañón se perdió desviado.

Un par de picos escarpados apuñalaban el cielo. Estaban ambos tan cerca el uno del otro que los locales se referían a ellos como «los gemelos». Jan habló a través de un micrófono de cable fino.

—Agárrate a algo sólido… y sujétate fuerte.

El *Cuervo* se colocó sobre su ala derecha para pasar entre los picos. Kyle, que había abierto la escotilla superior y estaba mirando hacia atrás, vio a vista de pájaro lo que sucedió después.

---

[1] Aquí el autor hace un juego de palabras intraducible utilizando el nombre de la nave en la expresión «*as the* Crow *flies* (en línea recta)». *(N. del T.)*.



El primer caza TIE imitó el movimiento de Jan y consiguió pasar a través de la brecha. El segundo no fue tan afortunado. Era difícil saber qué salió mal, si el piloto malinterpretó las distancias involucradas o experimentó un mal funcionamiento momentáneo. Sea cual fuere la razón, la nave imperial se estrelló contra el costado de un pico, explotó y envió una avalancha atronadora hacia la base de la montaña.

El piloto superviviente vaciló por un momento, pareció recuperar su confianza, y continuó la persecución.

Kyle luchó contra la presión ejercida por la corriente y sacó su bláster. Contenía un paquete de energía nuevo, y el indicador brillaba en verde. El agente se esforzó por mantener firme el arma, presionó el gatillo y observó la energía precipitarse hacia el caza. Realmente era una tontería, como cazar a un dragón krayt con un lanzaguisantes, pero algo era mejor que nada. El imperial ignoró a Kyle y abrió fuego. Los disparos fallaron.

Jan observó el laberinto de cañones, deseó conocerlos mejor, y puso la nave en un descenso largo.

Paredes de color marrón rojizo se alzaron alrededor del *Cuervo* cuando la agente se metió en uno de los barrancos más grandes, lo siguió hacia la derecha, y pasó bajo un puente de tierra.

Kyle observó los acantilados erosionados pasar rápidamente a su lado deseando que Jan supiera lo que estaba haciendo, y se obligó a dejarlo estar. El rebelde sintió una tremenda sensación de calma mientras todo parecía ralentizarse. Ahora tenía tiempo para pensar, para concentrarse. Disparó, avanzó mentalmente con el disparo de energía, y pasó desviado del blanco.

El agente corrigió su puntería, «vio» dónde estaría a continuación el caza TIE y disparó de nuevo. Siguió el disparo hasta la cubierta de transpariacero que protegía al piloto imperial y lo sintió disiparse contra esta. Aunque no era lo suficientemente fuerte para perforarlo, el disparo de energía consiguió ampollar la superficie exterior del parabrisas.

El piloto se inclinó hacia los lados tratando de ver alrededor de la obstrucción, perdió su concentración, y pagó el error con su vida.

Jan divisó una pared de roca inmediatamente por delante, tiró de la palanca de control, y sintió cómo la parte inferior trasera de la nave se golpeaba contra la dura roca.

El *Cuervo* se detuvo sobre su cola con Kyle luchando por aferrarse, en cambio el caza TIE siguió avanzando. Se estrelló contra la pared, explotó, y roció el cañón con restos.

Jan niveló la nave, comprobó los sensores y habló por el micro.

—¿Kyle? ¿Estás bien?

La voz llegó justo desde su lado, ya que Kyle se dejó caer en el asiento del copiloto.

—No, *no* estoy bien… me has quitado cinco años de vida.

Jan sonrió.

—¿Y por qué no? Te la he salvado suficientes veces. ¿Adónde?

—A la granja… 88 puede decirnos lo que sabe.

—¿Eso tiene sentido? La casa de tu padre estaba repleta de imperiales.

Kyle asintió.

—Sí, pero supongo que ya se habrán ido, retirados para lidiar con los problemas de Barons Hed y Ciudad Combustible.

Jan miró hacia el sur. Una columna de humo marcaba el lugar donde se encontraba el complejo de repostaje. Y, a juzgar por la forma en que el humo brotaba, los fuegos continuaban ardiendo.

—Puede que tengas razón. Pero, ¿qué tal si dormimos un poco? Digamos, ¿unas ocho horas al menos?

Kyle se lo pensó. Un descanso sentaría bien… y daría a los imperiales mucho más tiempo para despejar la granja.

—Recibido… Dormir primero, la granja lo segundo.



El sol colgaba bajo en el cielo, las sombras apuntaban hacia el este, y el día estaba llegando a su fin. Jan rodeó la granja por tercera vez, buscando en el terreno señales de tropas imperiales, pero no vio nada.

—Parece que tenías razón, Kyle. Voy a descender.

El agente asintió. Jan había ocultado el *Cuervo* en las ruinas de una fábrica hacía tiempo abandonada, donde una sección del techo parcialmente intacta había protegido a la nave del escrutinio orbital. Acomodados en su lugar oculto y con WeGé como vigilante, habían dormido durante la mayor parte del día.

Habían despertado bien pasado el mediodía y se habían turnado en la estación de aseo. Jan le había curado los cortes, arañazos y heridas punzantes, y Kyle había hecho la comida. Habían comido fuera, sentados en las ruinas de la una vez próspera fábrica, hablando de cosas sencillas… cosas que nada tenían que ver con la guerra, el miedo y la muerte. Había estado bien y ambos habían recuperado energías.



La nave golpeó suavemente el suelo cuando aterrizó. Salieron de la nave con los blásters en la mano. Había huellas, pero ninguna señal de las tropas que las habían hecho. Kyle devolvió el bláster a su funda, llamó a WeGé, y se dirigió a la casa.

Las bisagras chirriaron cuando abrió la puerta. Kyle comprobó si había trampas explosivas, no encontró ninguna y caminó adentro. Las cosas estaban tal y como las dejó. Jan nunca había estado en la casa antes y trató de imaginar cómo había sido: el hombre con barba haciendo su trabajo mientras que un niño desmontaba cosas y las ensamblaba de nuevo… algo no muy diferente de las muchas horas felices que había pasado ella con *su* padre. La voz de Kyle la trajo de vuelta al presente.

—¿Jan? ¿Por qué sonríes?

Sorprendida y un poco más que avergonzada, Jan se encogió de hombros.

—Por nada en especial. Bueno, ¿dónde está ese taller sobre el que tanto he oído hablar?

—Por aquí —contestó Kyle—. Cuidado por donde pisas, nuestros invitados se olvidaron de limpiar antes de irse.

Las luces se encendieron, y después de un poco de búsqueda, Kyle encontró lo que necesitaba. Tomó casi diez minutos localizar los cables apropiados, hacer las conexiones correctas, e interconectar a los droides.

—Bien —dijo Jan—, eso debería bastar. ¿Ahora qué?

—Ahora, sabremos algo muy importante —dijo Kyle con gravedad—. Algo que protegieron con sus vidas mi padre y al menos un Jedi; las coordenadas de un mundo hace tiempo perdido y el Valle de los Jedi.

La forma en que lo dijo envió un cosquilleo por la espalda de Jan. WeGé sostenía la cabeza del droide en alto y envió la señal necesaria. Haces de luz salieron de los ojos de 88 y aparecieron una serie de imágenes aparentemente al azar, seguidas de la que Kyle había estado esperando: una del mosaico del techo reconstruido, seguida de capa tras capa de mapas estelares y un mundo naranja-verdoso.

Kyle soltó un grito de alegría, agarró a Jan y la hizo bailar alrededor de la habitación. Ella se rio y tropezó con una pila de escombros.

Kyle la salvó de la caída, la sostuvo entre sus brazos, y la miró a los ojos. Le gustó lo que vio allí, y lo que sintió cuando sus labios se tocaron.

Finalmente, después de lo que pareció mucho tiempo pero realmente no lo había sido, el beso llegó a su fin. Kyle se sintió incomodo y un poco avergonzado.

—Lo siento. No pretendía aprovecharme.

Jan sacudió la cabeza.

—No lo sientas. Yo no lo hago.

Unos repulsores retumbaron, sacudieron las paredes, y Kyle fue a por su bláster. Una personalidad extremadamente fuerte había llegado. Una que enviaba ondas a través de la Fuerza y parecía irradiar fortaleza.

—¡Los imperiales! ¡Han vuelto! Desconecta la cabeza. Vamos, Weg, tenemos que salir de aquí.

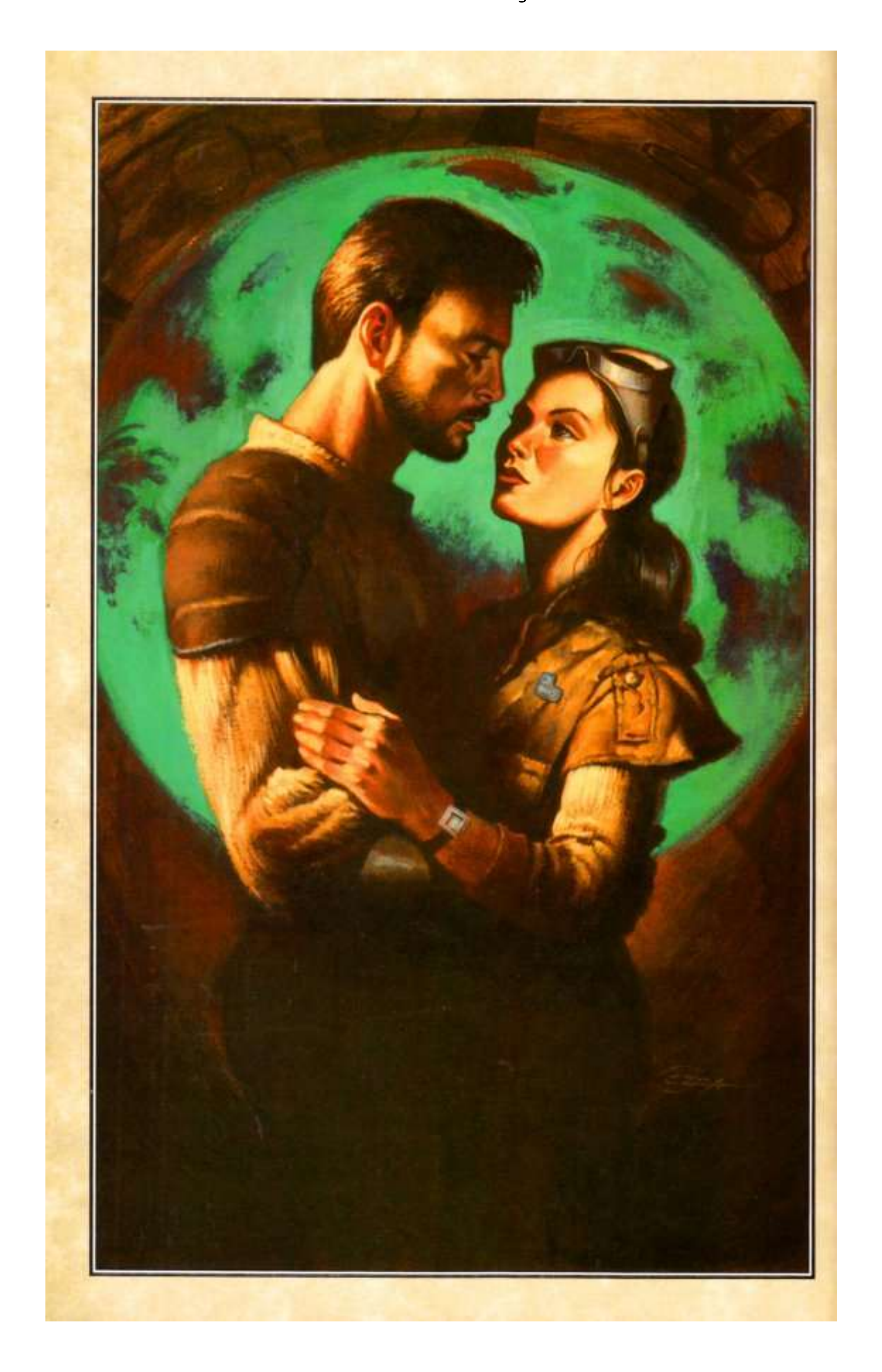
El agente salió corriendo del taller y entró en la sala de estar. Tras un rápido vistazo por la ventana derrapó hasta detenerse. Una nave había aterrizado, de acuerdo. Pero no era del tipo que había esperado. El ala-X rebelde había aterrizado a más de cien metros de distancia. Su piloto, un hombre no mucho mayor que Kyle, estaba delante del árbol espita.

Había algo en la postura del hombre, en la manera en que hizo una pausa para presentar sus respetos a otra forma de vida, que era más elocuente que las palabras. Eso, además del sable láser que colgaba a su lado, indicaba quién y qué era: un Caballero Jedi.

Jan habló a su lado.

—Ese es Luke Skywalker. Lo conocí a bordo de la *Nueva Esperanza*.

Kyle frunció el ceño.



—¿*Skywalker*? ¿Aquí? ¿Por qué?

—Creo que ha sido enviado para controlarnos —dijo Jan suavemente—, para ver cómo nos va.

De repente, Kyle estuvo postrado otra vez en la cama, mirando a través de ojos entrecerrados cómo Jan colocaba algo en uno de sus bolsillos.

—¡Tú cogiste el disco y se lo diste a ellos! ¡Te enviaron para espiarme!

Su voz estaba llena de ira, y Jan se endureció ante ella.

—Sí, lo hice.

La barbilla de la agente se elevó, y sus ojos brillaron con desafío.

—Y lo haría otra vez. Te amo, Kyle Katarn. Pero amo aún más la libertad… El Valle de los Jedi es *demasiado* importante, *demasiado* peligroso, para que tú te encargues solo.

Kyle negó con la cabeza.

—Y pensar que confiaba en ti.

Ahora era el turno de Jan de estar enojada.

—¿Sí? ¿Por eso te lo guardas todo para ti, y me pides que arriesgue mi vida por algo que desconozco, y me tratas según te conviene, y pasas por alto la cadena de mando, y actúas como si fueras más listo que todos los demás?

Eran palabras duras agravadas por el hecho de que Kyle sabía que eran verdad. Una parte de él quería contraatacar, herir a Jan de la misma forma en que ella lo había herido, pero otra parte más sabia de su personalidad ofreció consejo. ¿Qué era más importante? ¿Su orgullo? ¿O la relación que podían destruir sus palabras?

Un manto de silencio colgó entre ellos. Jan esperaba. ¿Qué diría Kyle? ¿Qué haría?

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, él tomó sus manos entre las suyas.

—Lo siento, Jan. No volverá a ocurrir.

Jan besó a Kyle en la mejilla, le tomó de la mano y lo llevó fuera. Skywalker, quien parecía que estaba esperando ese movimiento, se volvió en su dirección. Sonrió y tendió la mano.

—Kyle Katarn, soy Luke Skywalker. Es un placer conocerte.

Kyle se ruborizó por el inesperado cumplido.

—Gracias. El placer es mutuo.

Skywalker gesticuló hacia el sable de luz que colgaba del cinturón de Kyle.

—Eso viene con un precio, lo sabes.

Kyle se encogió de hombros.

—Todo lo tiene.

—¿Has encontrado las coordenadas?

Kyle asintió.

—Sí, pero Jerec las obtuvo primero.

El otro Jedi pareció pensativo.

—¿Piensas ir allí?

Kyle miró a Jan, la vio asentir, y miró de vuelta a Luke.

—Alguien tiene que hacerlo.

Skywalker mantuvo silencio por un momento… como si escuchara a alguien que ellos no podían ver u oír. Las palabras que dijo pusieron la piel de gallina en los brazos de Kyle Katarn.

—Sí… porque está escrito que un Caballero vendrá, una batalla se librará, y los prisioneros serán liberados.

Jan fue la primera en romper el silencio que siguió.

—¿De dónde proceden esas palabras?

Skywalker sonrió.

—No estoy seguro. Pero *yo* las he escuchado de un Jedi que nunca lo fue… un soldado que dio su vida por la libertad… y un padre que cree en su hijo… Un hombre llamado Morgan Katarn.

El árbol espita no se enteró de la marcha de los rebeldes. Fiel a su naturaleza, bailaba con el viento, comulgaba con las estrellas, y obtenía sustento a través de sus raíces. El árbol espita, como todos los de su tipo, sabía que el sol regresaría.



William C. Dietz ha publicado dieciséis novelas de ciencia ficción, la última de las cuales, *Where the Ships Die*, fue lanzada en julio de 1996. Dietz pasó un tiempo en la Marina, se graduó en la Universidad de Washington, y ha ostentado diversos empleos como técnico quirúrgico, escritor de noticias, instructor universitario, director de televisión, y director de relaciones públicas. Vive en el área de Seattle con su esposa, dos hijas, y dos gatos. Le gusta el buceo, el piragüismo, y la lectura de libros.



Ezra Tucker recibió su primera medalla de oro de la Sociedad de Ilustradores de Los Ángeles en 1988 y fue galardonado con una segunda en 1990. Ha ganado numerosos otros premios al mérito y condecoraciones por su trabajo, y entre sus clientes se incluyen *Anheuser-Busch*, *Capitol Records*, *Coca-Cola*, *Nintendo*, y *Walt Disney*. Graduado en la Academia de Artes de Memphis, Tucker vive en California y actualmente está trabajando con Cheryl Ladd en una serie de libros infantiles, *The Adventures of Little Nettie Windship*.